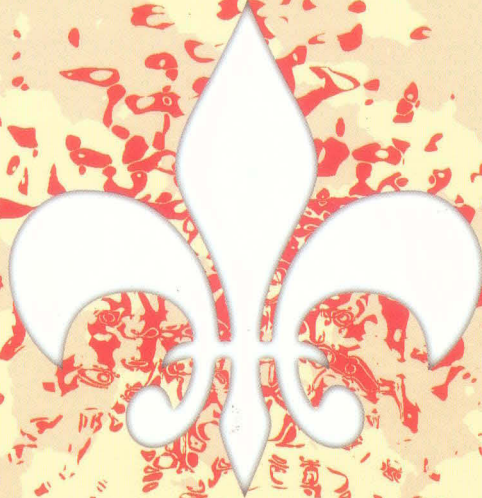


Operación Bayyana Matar al Rey



Joaquín Socías Márquez

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

Narrativa

Operación Bayyana: Matar al Rey

Operación Bayyana: Matar al Rey



Joaquín Socías Márquez

Instituto de Estudios Almerienses
Diputación de Almería
2000

Operación Bayyana: Matar al Rey
Instituto de Estudios Almerienses
© Joaquín Socías Márquez

<i>Maquetación</i>	Manuel Gálvez Martínez
<i>ISBN</i>	84-8108-226-0
<i>Dep. Legal</i>	Al-381-2000
<i>Imprime</i>	Gráficas Alpe (Roquetas de Mar, Almería)

*A mi amigo Juma, por orientarme como
un faro en la tortuosa ruta de la vida.
Y a mi familia y amigos por soportarme,
especialmente durante el largo parto
de este libro.*

El autor.

*La verdad, si existe, no se puede
exagerar. En la verdad no puede haber
matices. En la semiverdad o en la mentira,
muchísimos.*

Pío Baroja
Novelista español

PRÓLOGO

Podemos asegurar como una primicia la publicación de una novela de género policiaco por el IEA. Tal vez era necesario romper si se quiere, o ampliar si se prefiere, la temática de las publicaciones que tradicionalmente el IEA venía ofreciendo a un público interesado por la producción literaria y científica que tiene como marco de referencia y señas de identidad Almería.

El autor, Joaquín Socías Márquez, es un almeriense en ejercicio, curioso, analista y muy activo en el campo de las relaciones institucionales. En su compromiso político, buscó el referente de la juventud y obtuvo la representación como Concejal del Ayuntamiento de Almería, colaborando posteriormente con distintas iniciativas institucionales. Durante tiempo, se ha dedicado a conocer realidades políticas y geográficas tan diferentes como las repúblicas de la extinta Unión Soviética. Ello le ha permitido generar una opinión propia de las transformaciones y crisis que este gigante político ha ido sufriendo en su reciente evolución histórica. En esta línea podemos citar sus ensayos.

La novela de Joaquín Socías, "Operación Bayyana. Matar al Rey", la podemos considerar pionera en el género policiaco en este contexto de producción literaria netamente almeriense. Desde un punto de vista conceptual, su relato, constituye una interesante aproximación a la realidad almeriense a la vez que busca provocar al lector excitando su imaginación en un intento

imposible de ajustar los personajes de ficción a personas concretas y por ello identificables.

La trama de la novela queda definida, como un intento de asesinar al Rey Juan Carlos I en su visita a la ciudad de Almería por terroristas de ETA. La forma del magnicidio es un reto tan interesante como verosímil y constituye una de las claves del texto y del relato en su conjunto. No hay excesivas concesiones a la descripción de situaciones y escenas fuera del eje de la trama y de sus personajes centrales. Describe lo que considera clave para entender el desarrollo del argumento buscando tal vez aligerar el desenlace.

La lectura del texto nos evoca una de las preocupaciones del autor y que no puede apartarla, y es que en el fondo se evidencia una necesidad de justificar y ofrecer una imagen mas positiva, de instituciones que se han visto muy recientemente afectadas por actuaciones formalmente encausadas por los tribunales de justicia que le han provocado una pérdida de imagen o de estima social. Es por ello que interpretemos la obra, como un intento secundario si se quiere, de reivindicación de la profesionalidad y capacidad de las referidas instituciones.

Joaquín Socías, se nos muestra como un profundo y documentado conocedor de un aspecto de la sociedad, tal es el mundo de la seguridad del Estado. Con descripciones precisas, nos introduce en la estructura y funcionamiento, real o posible, nunca lo podrá asegurar el lector, de los servicios secretos españoles encarnados en el CESID. Busca en los desarrollos de la acción, como hemos señalado, ofrecer una buena imagen de las personas e instituciones que tienen la responsabilidad de la seguridad de la sociedad, de ahí que insista en el relato, en aquellos elementos que evidencian la profesionalidad y eficacia de sus miembros en las acciones que desarrollan, rodeándolos de una liturgia en sus conductas y modos de vida que, en el caso del personaje central adquiere el carácter de sublimación.

La visión de la banda terrorista ETA, sus conexiones y la utilización de apoyos territoriales, se ofrecen con una clara identi-

ficación perfectamente asumible por el lector, pero cuando las referencias abordan el plano local, la imaginación se desborda y comienza ese inquisitorial proceso de relación, pues son tantas las coincidencias entre la ficción y la realidad que hace obligados estos intentos de relación, situación que creemos está buscada por el autor para generar la tensión del relato.

Joaquín sabe y conoce, explicita tanto algunas situaciones que siembra la duda entre la verdad y la ficción, que en el fondo es el objetivo del relato y que hace preguntarse al lector si realmente ocurrió ese suceso.

Andrés García Lorca
15 de Marzo de 2000

Capítulo I

El Subcomisario Torregosa

Eran las 6'35 horas de la mañana cuando sonó el despertador en la casa de Jesús Torregosa, subcomisario de policía adscrito al Centro Superior de Información de la Defensa (CESID).

• -¡Joder! - Exclamó golpeando bruscamente el reloj de la mesita de noche.

-¡Lunes! ¡Y encima entrevista con el jefe!

Jesús Torregosa era un hombre maduro -bien entrado en los 40- desde siempre había sido policía, incluso podría ser comisario jefe y regentar el mando de una Comisaría, pero era un hombre de acción y no servía para la burocracia. Nacido en Almería, toda su vida había transcurrido en esta ciudad. Su trabajo lo era todo para él y por ello no había tenido tiempo de casarse. Su signo zodiacal, cáncer, le había marcado para siempre y le hacía ser una persona muy hogareña y de humor cambiante, algo que algunas veces le perjudicaba en su trabajo.

Era un hombre de carácter enérgico, aunque su poca estatura - 1'65 cm. - no lo aparentaba. Bien vestido, nunca le faltaba un buen traje y una corbata a la moda, con su peinado de toda la vida, con raya a la izquierda, aunque en la actualidad bastante poblado de canas, las cuales eran muestra palpable de una vida ajetreada y cargada de problemas.

De joven, con 20 años, ingresó en el Cuerpo Superior de la Policía y pronto fue reclamado para formar parte del nuevo servi-

cio de inteligencia que se estaba formando en España tras el advenimiento de la democracia, el Centro Superior de Información de la Defensa. Servicio que aún dependiente del Ministerio de Defensa, contaba con agentes provenientes de la Guardia Civil y de la Policía, cuyo principal trabajo eran las labores típicas del espionaje y contraespionaje. Torregosa estaba adscrito a la "contra".

Mientras se preparaba una buena taza de café, siempre con leche y poco azúcar, hablaba en voz alta, lo que no en pocas ocasiones le había asegurado una buena reprimenda de sus superiores.

-A las 9'00 horas, reunión con el comisario jefe.

-A las 11'00 horas, reunión de trabajo en el Gobierno Civil.

-¿Hasta cuándo tendré que soportar las tonterías de unos y otros? ¡Ineptos! ¡Sólo saben recoger las felicitaciones! ¡Pero cuando algo va mal...! ¿Para qué está Torregosa?

Una vez hubo desayunado - le bastaba con un café con leche para mantenerse activo hasta el almuerzo - Torregosa se colocó su traje gris oscuro, mientras escuchaba una emisora local de radio, una camisa blanca que tenía bordada sus tres iniciales, JTM y una corbata de color amarillo plátano decorada con diferentes animalitos a juego, como se llevan ahora. Torregosa siempre había destacado por vestir bien. Como colofón se calzó sus zapatos, siempre negros y bien limpios.

Una vez vestido, introdujo en la chaqueta de su cartera su placa de policía y se colgó en el cinturón su pistola Beretta, del 9 mm. parabellum, con un cargador de 15 cartuchos y uno más en la recámara. Era un arma que le gustaba mucho y al portarla se sentía seguro, aunque Almería no fuera una ciudad donde este tipo de armas tuviera mucha utilidad y menos para su trabajo, que requería más astucia que fuerza. Pero si Torregosa no se enfundaba su automática, se sentía como desnudo y eso era peor que las molestias por llevarla.

Antes de salir, preparó cuidadosamente toda la documentación que llevaría a la reunión. La mayor parte eran notas de sus informadores y algún que otro recorte de periódico. Introdujo

todo en su maletín de cuero marrón y tomó el ascensor hasta el garaje de su vivienda.

Torregosa, ese hombre bajito, algo grueso y que aparentaba más edad debido a sus canas, era un hombre muy inteligente, intuitivo y obstinado en su trabajo. Dedicado por entero a su profesión, era odiado -más por envidia que por otra cosa- y al mismo tiempo respetado por sus compañeros, que no dudaban en calificarlo como un buen policía y el mejor técnico en información de Almería. Pero no le perdonaban que trabajara para el CESID

Al llegar al garaje de su vivienda Torregosa se cruzó con la vecina del quinto, que también iba a recoger su vehículo para acudir al trabajo.

-Buenos días señor Torregosa. -Dijo la señora.

-Adiós doña Cristina. - Respondió él.

Antes de poner en marcha su vehículo, un Renault 21 gris metalizado, lo observó por los lados y comprobó que bajo él no había ningún objeto sospechoso. Para otras personas esta actitud parecería algo extraña en una ciudad como Almería. Pero Torregosa era muy concienzudo en su trabajo, además lo hacía sin pensar, era algo mecánico y monótono.

-¡Todo correcto!, murmuró y arrancó su vehículo en dirección a la Comisaría de Policía de Almería.

Mientras sorteaba el denso tráfico de la mañana, iba repasando mentalmente el material que portaba en su maletín.

-Los dos recortes de prensa, las tres notas del informador. ¡Creo que está todo! Pero no me fío del comisario jefe ¡Bueno está! ¿Y que más quiere?

Eran las 7'55 horas cuando Torregosa estacionaba su Renault 21 en el aparcamiento de la Comisaría. En Almería las distancias eran muy cortas y si tardó algo más en llegar era por su excesiva prudencia al conducir.

Mientras subía las escaleras que le llevaban del aparcamiento al despacho del comisario se cruzó con Arturo - un joven policía nacional al que Torregosa admiraba por su entrega y espontaneidad-.

-¡Torregosa! - Interrogó Arturo.

-¿Qué hay Arturo? - Respondió Torregosa.

-¡No vea como está hoy el jefe!

-¿Tan mal empieza el día?

-¡Malísimamente! - Respondió Arturo mientras descendía a toda prisa las escaleras.

Antes de abrir la puerta del despacho, Torregosa se arregló el nudo de la corbata y aspiró un poco de aire como para coger fuerzas. Bruscamente abrió la puerta y vio que aún no había llegado el Comisario Jefe, sólo estaban los responsables de las diferentes brigadas de la policía, el Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Almería acompañado del Comandante Jefe del Servicio de Información de la Guardia Civil (S.I.G.C.) y el Jefe de la Policía Local, una reunión que no era muy frecuente, ni en los asistentes ni en el lugar de celebración, salvo en alguna de las reuniones de la Junta Local de Seguridad que se celebraban cuatro veces al año, y que evidenciaba que algo gordo se estaba cocinando; a los que saludó con un seco y energético, ¡Buenos Días!

El despacho era amplio, moderno y funcional - no en balde la Comisaría había sido construida recientemente -, al fondo estaba el escritorio del jefe, presidido por un retrato del Rey, y a su derecha una bandera española. El resto del despacho estaba compuesto por dos sillones frente al escritorio, a la derecha dos amplios sofás -donde estaban sentados en ese momento los asistentes a la reunión, y tras estos un amplio mueble librería donde destacaban trofeos y otros recuerdos entregados al comisario. A la izquierda, una amplia ventana desde la cual se podían ver los Pabellones Municipales en donde ya unos jóvenes jugaban un partido de tenis.

Torregosa cogió una silla que estaba junto a la puerta de entrada, la acercó hacia donde estaban los demás y se sentó.

-¿Qué hay Torregosa? - Le preguntó el segundo comisario.

-¡No esperaba encontrarme tanta gente hoy aquí! ¡Creía que el jefe me había llamado para comentarme alguna cosa!

-¡Hay Torregosa! -Exclamó el jefe de la brigada de seguridad ciudadana- ¡Me parece que algo gordo se cuece y que los próximos días van a ser de mucho trabajo!

-¿Sabéis de qué se trata? - Preguntó uno.

-Creo que nos visita algún pez gordo. - Contestó el segundo comisario.

-¡Alguien de mucho peso! - Apostilló el jefe de Seguridad Ciudadana.

De pronto se abrió la puerta y apareció Santiago - el comisario jefe- que refunfuñaba algo al entrar, lo cual motivó un cruce de miradas entre los allí presentes como intuyendo que nada bueno debía estar pasando. Santiago, de pelo castaño rizado, baja estatura y muy delgado; había nacido en Valladolid hacía cuarenta y cinco años. Nieto e hijo de policías, desde muy pequeño su única obsesión era seguir los pasos de sus familiares. Primero de su promoción, accedió a la plaza de Comisario Jefe Provincial de Policía de Almería por méritos propios desde hacía 5 años. Y aunque, para los que no le conocían, su carácter gruñón podía dar lugar a equívocos, en el fondo era un buen jefe, preocupado por el bienestar de sus subordinados y que dejaba trabajar. Aunque no lo exteriorizaba, Santiago admiraba a Torregosa, veía en él un excelente profesional, pero sobre todo valoraba su total entrega por el trabajo. Algo que en la actualidad era muy difícil de encontrar en las nuevas promociones que llegaban de la Academia de Policía.

Santiago se dirigió a su escritorio, se sentó en su sillón y después de sacar una cuartilla de su chaqueta dijo.

-¡Bueno señores! He recibido una nota del Gobernador Civil en la que me dice que el próximo día 27 visitarán oficialmente Almería los Reyes.

-¡Lo que faltaba! - Exclamó Torregosa en voz alta.

-¿Qué dice? - Preguntó Santiago.

-Perdone jefe, pensaba en voz alta.

-Pues siga pensando en voz alta y háganos partícipes de sus pensamientos.

-Digo que, después de la visita de los familiares de los presos etarras encarcelados en la prisión de El Acebuche y del rumor de que el robo al Banesto del otro día era obra del GRAPO, no nos faltaba ya más que preparar la seguridad de los Reyes.

-¡Torregosa! - Interrumpió Santiago- ¡De más sabe Vd. cuál es nuestro trabajo y nos limitaremos a cumplirlo!

-Sí estoy de acuerdo jefe, pero sabe Vd. que esto no es Madrid, que tenemos poca gente para esto y además sólo quedan 20 días para la visita.

-No se preocupe, - exclamó Santiago - a la reunión con el gobernador civil acudirá un compañero de seguridad de la Casa Real y él nos explicará el desarrollo de la visita y la labor que nos van a encomendar. Además me han asegurado que vendrán bastantes efectivos de refuerzo.

-¡Bueno, bueno! ¡Siempre dicen lo mismo!

-¡Bien! - Dijo Santiago llamando la atención al resto de los asistentes- Como he dicho antes, el próximo día 27 vendrán a Almería los Reyes a inaugurar el nuevo Ayuntamiento. Les he reunido a todos Vds. hoy aquí para informarles de esta noticia y para que vayan trabajando sobre el tema. Desde ahora todos los días nos reuniremos aquí a la misma hora, con el objeto de coordinar todos los efectivos necesarios para garantizar la seguridad de los monarcas. Mañana les comentaré el programa de la visita. ¿Vale? Bueno, pues mañana nos vemos aquí a la misma hora y me traen una relación de los efectivos disponibles para esa fecha. ¿De acuerdo? - Dijo el jefe dirigiéndose a sus subordinados.

-¡De acuerdo! - Contestaron todos al unísono mientras se levantaban y comenzaban a abandonar el despacho.

-¡Torregosa! - dijo en voz alta Santiago- Vd. no se vaya, que quiero comentarle algo.

-¡Dígame! - Contestó el policía mientras el resto de los asistentes a la reunión abandonaban el despacho.

-¿Vd. tiene un informador en esa asociación que apoya a los etarras encarcelados en Almería? No recuerdo ahora como se llama, ummmm...

-Plataforma de Apoyo a los Presos de ETA. - Contestó presto.

-¡Eso! Y bien dígame. ¿Están controlados? ¿Tendremos algún problema con ellos y con la visita de los Reyes?

-¡No lo sé jefe! Son cuatro gatos, pero cabezones. Pueden que hagan algo pero será de poca importancia.

-¿Torregosa? - Interrogó Santiago.

-¡Sí, jefe!

-¿Ha recibido el parte de su informador de la reunión del martes de esta plataforma?

-Sí.

-¿Y qué?

-Pues lo de siempre, que van a editar un folleto, que van a mandar un comunicado a la prensa yyyyyyy..... -Dudó un momento-.

-¿Y qué? - Interrogó impaciente Santiago.

-No sé, el informador comenta algo de que viene alguien de San Sebastián para ayudarles en sus acciones en apoyo a los presos de ETA encerrados en El Acebuche... ¡Dios mío! -Exclamó Torregosa-.

-¿Qué pasa? - Preguntó Santiago alarmado.

-¡Pues que la fecha prevista para esa acción es el día 27 de este mes!.

-¡El día de la visita de los Reyes! - Exclamó Santiago ¿Será una coincidencia?

-No lo sé jefe, pero mi informador asegura que la acción será el 27 y que la llaman «Operación Bayyana».

-¿Bayyana? Preguntó pensativo el comisario. Torregosa... me gustaría que investigase ese tema, no creo que tenga nada que ver con la visita de los Reyes, ya que nosotros hemos tenido conocimiento de la visita hoy y no es posible que ellos lo supieran con antelación. Pero de todas formas quiero que me mantenga informado sobre el tema.

-Sí jefe. - Contestó Torregosa.

-¡Por cierto! ¿Es fiable su informador? - Preguntó Santiago.

-¡Es de mi total confianza! - Contestó Torregosa.

-¡Vale, vale! Manténgame informado.

-¡De acuerdo jefe! - Contestó Torregosa mientras abandonaba el despacho.

-Voy a llamar a mi informador, quiero que me explique más detalladamente lo sucedido el martes. - Pensaba Torregosa mientras se dirigía a coger su vehículo.



Capítulo II

Alberto, colaborador del CESID

-¡Alberto, despierta, que ya son las nueve y vas a llegar tarde a la Universidad! - Incepaba María, la madre del joven.

¡Ya va, mamá! - Contestó incorporándose de la cama, restregándose los ojos y abriendo los brazos como si quisiera coger a alguien y hacerle pagar el tener que levantarse un lunes.

-Ring, Ring, Riiiiing. - Sonó el teléfono.

-¡Mamá, ya lo cojo yo!

-¡Dígame! - Interrogó Alberto, con voz del que aún no se ha despertado del todo.

-¿Aun estás durmiendo? - Interrogaba una voz grave y pausada tras el teléfono que inmediatamente Alberto reconoció como la de «Sancho», nombre clave que era el utilizado por Torregosa en el CESID.

-¡Ya no! - Contestó Alberto que se mostraba algo extrañado por lo inhabitual de la llamada de Sancho.

-¡Alberto! - He leído tu informe sobre lo que tratásteis en la reunión de la plataforma del viernes y hay algo que me ha llamado la atención. Dices en tú nota que viene alguien de San Sebastián y que piensan hacer algo el día 27 de este mes, algo que llaman «Operación Bayyana» ¿Qué es eso de Operación Bayyana?

-No lo sé muy bien Sancho - Alberto siempre llamaba con su nombre clave a Torregosa, a pesar de tener una buena amistad con

él-. Creo que quieren acercarse a la prisión provincial llevando cacerolas y cosas parecidas, para golpearlas frente a ésta y así llamar la atención por los etarras que están en huelga de hambre.

-¿Y ese tío de San Sebastián, qué pinta en todo esto?

-No lo sé Sancho, escuché algo referente a que venía a coordinar una nueva campaña de protestas. Pero creo que no tienen nada que ver con lo del día 27, o tal vez venga por ello. No lo sé.

-¿Cuándo tienes la próxima reunión?

-Pasado mañana, a las nueve de la noche.

-¡Bien! Abre bien los oídos y procura enterarte bien de lo que van a hacer el día 27 y la relación del tío que se desplaza desde San Sebastián. - ¡Y no dejes de llamarme con lo que sea a mi casa, en cuanto termine la reunión! ¿Vale, chico?

-No te preocupes Sancho, lo haré.

Alberto era un joven de 25 años y estudiante de derecho en la recientemente creada Universidad de Almería. Era un chico bastante inteligente y muy despierto, de los que no se le pasa una. De ideas izquierdistas radicales, cuando tenía 15 años tuvo un pequeño problema con la policía, que le detuvo por realizar una protesta en el instituto donde estudiaba; fue entonces cuando conoció a Torregosa, que fue quien le interrogó y que al comprobar que el pobre chico no era más que un joven con ilusiones y utopías propias de su edad, decidió apartarlo del asunto.

Desde aquel incidente Alberto quedó muy agradecido a Torregosa ya que si su madre, de una familia de derechas de toda la vida, hubiera sabido que le habían detenido protestando violentamente por la muerte a manos de la policía de un terrorista de ETA, le hubiera matado.

Inexplicablemente se estableció una relación de amistad entre ambos. Por un lado, Torregosa había visto en este chico el hijo que no había tenido. Por otro, Alberto encontró en Torregosa el hueco dejado por su padre tras morir en accidente de circulación. El caso es que, desde aquel día, Torregosa y Alberto habían ido conociéndose y haciéndose amigos, amistad que poco a poco fue derivando en una colaboración de Alberto con

el trabajo de Torregosa, ya que podía obtener información de los ambientes izquierdistas en donde se movía y facilitársela a su amigo policía.

Lo que empezó como simples informaciones, en agradecimiento por lo que hizo Torregosa tras su detención, se convirtieron en auténticos operativos de infiltración en células de izquierda, a un nivel bastante aceptable. Llegó a ser el trabajo de Alberto tan importante, que un día Torregosa no tuvo más remedio que informarle que trabajaba para el Servicio de Inteligencia del Ministerio de Defensa, el CESID, y que las informaciones que estaba mandando estaban siendo catalogadas como de sumo interés por sus superiores, por lo que pronto le citaría para comer junto a otra persona.

Tras cinco años de colaborar de una forma desinteresada con Torregosa, Alberto mantuvo un encuentro con un agente del CESID, probablemente un directivo, desplazado expresamente desde Madrid y con Torregosa. En esa reunión Alberto, dejó de ser un mero informador, para convertirse en un colaborador del CESID, asignándole una cantidad fija al mes, más gastos, y un nombre clave, Fénix, que sería el que utilizaría cada vez que emitiera un informe o tratara con personal de este servicio de inteligencia. Desde aquella cena, lo que era un juego dejó de serlo y se convirtió en una realidad, como las que tantas veces había leído en novelas de intriga y espías.

Tras cinco años de colaborador, las informaciones remitidas por Alberto iban siendo cada vez más importantes y con ellas la base del CESID en Almería tenía totalmente controlados e identificados a los activistas de izquierda radical de la provincia, e incluso se llegaban a coger informaciones muy interesantes desde otras provincias, que obtenía Alberto cuando participaba en algunas de las habituales reuniones entre los diversos colectivos radicales de España.

Todo ello afianzó aún más la amistad entre Alberto y Torregosa que, aunque seguían guardando las formas de la metódica diaria de los que viven en el mundillo de los servicios de intelligen-

cia, se veían en lugares apartados, se comunicaban las informaciones y las ordenes por medio de buzones, eran parcos en palabras por teléfono y nunca trataban claramente los temas por este medio; sentían un auténtico respeto mutuo que llego a tal extremo, que se comprendían fácilmente sin apenas tener que usar palabras.

-¡Mamá, me marchó! - Le dijo en voz alta Alberto a su madre tras tomar apresuradamente un vaso de leche con cacao.

-¡Adiós hijo! ¿Vendrás a comer?

-Sí, adiós, adiós. - Contestó mientras cerraba enérgicamente la puerta de su casa y bajaba apresuradamente las escaleras.

Mientras tanto, iban llegando a la sede del Gobierno Civil de Almería -un viejo edificio de evidente arquitectura de postguerra- los diferentes responsables de la seguridad ciudadana de la provincia. En primer lugar llegó el Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, acompañado del Comandante Jefe del Servicio de Información de dicho cuerpo, seguido del Comisario Jefe y el Jefe de la Brigada de Seguridad Ciudadana. Más tarde, llegaron el Jefe de la Policía Local y el Alcalde de la ciudad y por último lo hizo Torregosa.

Conforme iban llegando, se iban acomodando en un amplio salón que se habilitaba en estas ocasiones. Las paredes del salón eran muy altas, adornadas con seis columnas a cada lado y con cuatro amplios ventanales que daban a la calle Arapiles. En el centro, una gran mesa de madera rectangular con doce sillas de estilo muy clásico. Todo ello realzado con tres estupendas pinturas colgadas en la pared, que daban la sensación de encontrarse en la sala de un palacio de algún viejo aristócrata, lo que impregnaba el ambiente con un aire de seriedad.

Todos los asistentes fueron tomando asiento, Santiago -el comisario- lo hizo a la izquierda del gobernador civil, que ya se encontraba sentado en la presidencia de la mesa cuando llegaron el resto de los invitados. Junto a Santiago lo hizo el jefe de la Brigada de Seguridad Ciudadana; frente a ellos, los dos repre-

sentantes de la Guardia Civil; junto a éstos lo hizo el Alcalde y el jefe de la Policía Local, y dos sillas más allá, lo hizo Torregosa.

-¡Bueno, señores! - Dijo el gobernador civil rompiendo el silencio - De un momento a otro llegará un responsable de seguridad de la *Casa Real*; mi chófer ha ido a recogerlo al aeropuerto. Mientras tanto, quisiera informarles de que el próximo día 27 llegarán a Almería, en visita oficial, sus majestades los Reyes. La estancia será corta, ya que llegarán al aeropuerto sobre las 10.30 horas, para dirigirse al Ayuntamiento e inaugurar la nueva remodelación del mismo sobre las 12.00 horas. A las 14.00 horas almorzarán con las autoridades locales en el Club de Mar y, tras un breve descanso en el Gran Hotel, se dirigirán de nuevo al aeropuerto para regresar a Madrid.

-¿Cómo harán los recorridos en la capital? - Preguntó Santiago.

-En coche, según me confirman. El día anterior estará aquí el Mercedes blindado de Sus Majestades. Por cierto, que habrá que buscar un lugar seguro para estacionarlo.

-No se preocupe por ello señor, intervino José, el Jefe de la Brigada de Seguridad Ciudadana, normalmente este tipo de coches oficiales se estacionan en las cocheras de la Comisaría.

-Bien. Bueno, como iba diciendo... Toc, toc - Llamaron a la puerta, interrumpiendo al gobernador- ¡Adelante, pase!

-Señor gobernador, el comandante Gutiérrez - Dijo la Secretaria del gobernador civil.

-¡Adelante Gutiérrez, pase!

-¡Buenos días! - Dijo Gutiérrez dirigiendo una mirada a todos los asistentes.

-¡Buenos días! - Contestaron todos.

-¡Siéntese aquí! - Dijo el comandante de la Guardia Civil, haciéndole señas a Gutiérrez para que se sentara a su izquierda, junto a Torregosa.

-¡Lamento llegar tan tarde, pero ya saben Vds. lo que pasa con los aviones! - Exclamó Gutiérrez con el típico tono de voz del que se ha pegado una carrera.

-¡Qué nos va Vd. a contar! - Replicó el gobernador - Pero siéntese y cuéntenos...

Juan Gutiérrez era comandante del ejército, diplomado en estado mayor y en la actualidad su destino era la *Casa Real*, adscrito a la unidad especial encargada de la seguridad de la Familia Real en sus diversos desplazamientos oficiales. Próximo a los cuarenta, su carrera militar había sido meteórica. Primero en su promoción de la Academia General Militar, fue destinado al Cuartel General del Ejército; ascendido a capitán pasó al Ministerio de Defensa donde realizó el curso de Estado Mayor, del que también fue número uno, y tras el cual pasó a trabajar en el CESID, aunque oficialmente estaba destinado en la *Casa Real*.

-¡Bien, señores! - Exclamó el comandante Gutiérrez mientras tomaba asiento- Como ya sabrán Vds., el próximo día 27 visitarán esta ciudad el Rey Juan Carlos y su esposa, la Reina Sofía. En esta circular - prosiguió Gutiérrez mientras extrajo de su maletín unos documentos que repartió entre los asistentes - tienen los detalles de la visita; les ruego que tras leerla me hagan las consultas que estimen oportunas, y no tengo que advertirles de la confidencialidad de dicho documento.

Mientras los asistentes comenzaban a ojear los documentos que le habían sido entregados por el militar de la *Casa Real*, Torregosa se dedicaba a observar detenidamente a Gutiérrez. Pensaba que aunque el aspecto físico fácilmente podría hacer creer a cualquiera que tenía treinta años, ese sentido especial que tenía Torregosa para la observación y que tanto le había ayudado en su trabajo, le decía que la edad del comandante superaba, aunque poco, los cuarenta años. Al mismo tiempo que observaba detenidamente sus gestos, su impecable traje hecho a la medida por algún conocido sastre madrileño, intentaba imaginarse la clase de vida de un militar de éstos: buenas comidas, reuniones con un alto protocolo, viajes, etc. De pronto Gutiérrez levantó repentinamente la cabeza y dirigió la mirada hacia Torregosa. Parecía como si un sexto sentido le hubiera advertido que le estaba escrutando esa persona. Tras quedársele mirando

fijamente unos segundos, sin decir una palabra, el comandante exclamó - ¡Bien señores, espero sus preguntas, dudas y sugerencias!

-¿Qué vehículos escoltarán a la comitiva real desde su llegada al aeropuerto? - Preguntó el Jefe de la Policía Local.

-Según lo dispuesto en la circular de seguridad que les he entregado, el Mercedes oficial irá escoltado por tres coches de nuestra unidad, precedidos por motocicletas de la Policía Local y cuatro unidades más de la Guardia Civil. La policía cubrirá la carrera con hombres a pie, y los coches Z se apostarán en lugares estratégicos, especialmente en intersecciones que puedan ser catalogadas de peligrosas para la seguridad de Sus Majestades.- Contestó Gutiérrez.

-¡Muy bien! Además, la Policía Local se encargará de despejar el trayecto de la comitiva real y organizará el tráfico rodado en las calles adyacentes, tal y como se indica en el documento. - Apostilló el jefe de la Policía Local.

-¡Exacto! Quiero que estudien con detenimiento el tema y nos veamos en un par de días para concretar los detalles. Yo, mientras tanto, haré el mismo recorrido que realizarán en su próxima visita los Reyes y en esa próxima reunión les indicaré los puntos que a mi juicio considere peligrosos para su seguridad. Me haría falta que uno de Vds. me acompañara; en primer lugar no conozco la ciudad y al mismo tiempo, tampoco dispongo de coche. ¿Querría ser Vd.? - Se dirigió a Torregosa, al mismo tiempo que le señalaba con el dedo.

-¿Vd. debe ser el subcomisario Torregosa del CESID? - Añadió Gutiérrez.

-¡Sí! - Contestó Torregosa que no parecía sorprendido lo más mínimo por la reacción del comandante al elegirlo a él como su acompañante.

-¡No, no creo que Torregosa tenga ningún problema para acompañarle! - Afirmó el gobernador civil.

-De acuerdo, quedamos citados aquí y a la misma hora pasado mañana, para ultimar los detalles de la seguridad de la vi-

sita. ¿Qué les parece? Mientras tanto Vd. y yo, Torregosa, nos dedicaremos a realizar esta tarde el mismo recorrido previsto para Sus Majestades.

-¡Bien, bien! - Contestaron todos los asistentes a la proposición del comandante Gutiérrez, al mismo tiempo que rápidamente se levantaban de sus asientos y se dirigían hacia la salida para abandonar la reunión.

Sólo Torregosa permanecía sentado en su asiento, ya que aunque exteriormente no había demostrado sorpresa por la decisión de Gutiérrez de elegirle a él como acompañante, en su interior se preguntaba: ¿por qué a mí? Pero lo peor de todo no era eso. Lo que más le intrigaba era que en lo más profundo de su cerebro, algo le decía que el comandante Gutiérrez no era alguien totalmente desconocido para él. Pero por más vueltas que le daba a la cabeza, no conseguía recordar dónde había visto antes a éste y si de verdad le conocía. Finalmente, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la salida.

-Subcomisario Torregosa, le espero a las cinco en la puerta del Hotel Torreluz IV. - Le indicó Gutiérrez.

-Allí nos veremos, comandante. - Contestó Torregosa mientras ya se dirigía escaleras abajo, para abandonar el Gobierno Civil.



Capítulo III

Junto al comandante Gutiérrez

Aunque faltaban pocos minutos para las cinco de la tarde, el caos circulatorio en el centro de Almería era agobiante. A pesar de los atascos y la mala coordinación semafórica, Torregosa parecía no enterarse de nada, estaba como en otro mundo, completamente absorto en sus propios pensamientos. Mientras le daba una y otra vez vueltas a su cabeza, lo que le ocurría siempre que había algo que no encajaba en el puzzle, conducía su Renault 21 hacia el hotel mecánicamente, como un autómatas.

Hay algo que no encaja, pensaba en voz alta, mientras se acercaba al hotel. No dejaba de pensar en el informe que había recibido de su joven amigo y colaborador Alberto. Sabía perfectamente que la fecha de la llegada de Sus Majestades a Almería no sería conocida nada más que por un pequeño y selecto grupo de personas, que para nada estarían relacionadas con las asociaciones pro etarras que frecuentemente utilizaba Herri Batasuna como cobertura y tapadera para muy diversas acciones de apoyo a los presos de la banda terrorista ETA.

Pero Torregosa se había dejado llevar por su instinto. Hasta ahora siempre le había ayudado bastante y nunca le había fallado, y eso de que alguien viniera del País Vasco el mismo día de la llegada de los Reyes, era algo que no le gustaba nada. Además estaba todo aquello que le había informado Alberto de la «Operación Bayyana», que igualmente se celebraría el día de la visita Real. En fin, muchas casualidades y no pocas coincidencias que no

gustaban nada a Torregosa, cuyo olfato policial y su desarrollada agilidad mental de espía, le decían claramente que algo extraño se estaba tramando. ¿Pero qué?

De pronto volvió a la realidad e instintivamente frenó su vehículo de una forma brusca, un joven se había cruzado repentinamente en su camino y, si no llega a frenar a tiempo, hubiera ocurrido una tragedia.

-¡Capullo! ¡Mira por donde vas! ¡Dominguero!- Gritaban varios conductores tras de él, que se habían visto sorprendidos por la brusca maniobra de Torregosa.

-¡Perdonen, iba distraído, se me cruzó y....! - Respondió Torregosa mientras los conductores seguían increpándolo y hacían sonar los claxon de sus coches para que el subcomisario emprendiera de nuevo la marcha, lo cual hizo seguidamente.

Nada más llegar al hotel, puntualmente como era la costumbre de Torregosa, vio que el comandante Gutiérrez estaba esperando en la puerta principal del mismo. Aminoró la velocidad de su coche, estacionó el vehículo e indicó con un gesto al comandante para que subiera.

-¡Buenas tardes! - Saludó Gutiérrez nada más entrar en el vehículo.

-¡Hola! ¿Qué tal? - Respondió el subcomisario.

-¡Bien, muy bien! Vamos a trabajar, vayamos al aeropuerto; desde allí comenzaremos a realizar el mismo recorrido que harán en su día los Reyes. ¿Vale? - Interrogó el comandante.

-¡Vale! - Contestó Torregosa, que inmediatamente puso en marcha su coche, no sin antes introducir una cinta de música clásica en su radiocassette. Este tipo de música era del agrado del subcomisario, ya que según él le relajaba y al mismo tiempo le permitía pensar sobre los temas que le preocupaban. En pocos minutos salió del casco urbano de la ciudad y tomó la recientemente inaugurada autovía que les llevaría hasta el aeropuerto de la ciudad.

Pocos minutos más tarde, el aeropuerto está escasamente a 9 Km de la ciudad, llegaban a éste. Durante el trayecto no habían pronunciado ninguna palabra los dos ocupantes del vehículo. Por

un lado, Torregosa estaba ensimismado con sus interrogantes, y, por otro lado, Gutiérrez estaba relajado con la música que sonaba en el habitáculo del coche. Mozart sería siempre Mozart, lo oyera un civil o un militar.

-¡Ya hemos llegado! - Exclamó Torregosa.

-Ok, dentro de pocos días y a las diez y treinta minutos lo harán los Reyes. Repasemos el itinerario oficial previsto; el Mercedes oficial y los de escolta los esperaran en la pista del aeropuerto, saludarán a las autoridades que les reciban en la pista e inmediatamente se dirigirán hasta el Ayuntamiento, muy despacio, para hacer tiempo y que todos los almerienses que quieran puedan verlos durante su recorrido. - Explicó Gutiérrez.

-¿Vamos a hacer ahora el mismo recorrido?- Preguntó Torregosa.

-¡Exactamente el mismo! Primero saldremos del aeropuerto y nos dirigiremos por la autovía para girar por ese cruce que hemos visto antes y que nos llevará próximos a la Universidad de Almería. Después iremos por la costa, hasta entrar en el casco urbano por la avenida Cabo de Gata. Posteriormente subiremos la calle paralela a la Rambla, hasta llegar a la altura de la calle Obispo Orberá y una vez hayamos llegado a la Puerta de Purchena, proseguiremos por las calles del casco antiguo hasta la Plaza de la Constitución, donde esperarán a Sus Majestades la corporación municipal y otras autoridades. Por favor Torregosa, vaya muy despacio para que pueda ver claramente el recorrido.

-No se preocupe comandante.- Contestó el subcomisario.

Torregosa puso en marcha su coche y comenzó a seguir el trayecto trazado por el comandante Gutiérrez; éste había sacado del bolsillo de su chaqueta un bloc y un bolígrafo, con los que empezó a tomar notas de todo cuanto veía. Torregosa seguía pensando que conocía a este comandante de algo, pero por más esfuerzos que hacía no conseguía recordar en dónde.

Conforme iban haciendo el recorrido, el comandante le preguntaba a Torregosa detalles sin importancia aparente, como a dónde llevaba ese camino, qué era ese edificio, dónde estaba el

hospital más próximo, etc. El subcomisario, nacido y residente toda su vida en Almería, no necesitaba desviar la mirada de la calzada para contestar al comandante que ese camino llevaba a un barrio de la ciudad que se llama El Alquíán, que ese edificio era el Auditorio Municipal «Maestro Padilla», que el hospital más próximo era Torrecárdenas, etc.

De pronto, un recuerdo lejano le vino a la memoria de Torregosa. Recordó que hace ya unos años, tantos para él, cuando realizó un cursillo de analista de información en la calle Vitrubio de Madrid, donde hace tiempo estaba ubicada la sede del CESID, muy cerca de la Embajada de los Estados Unidos de América, en el interrogatorio previo a que fue sometido antes de comenzar el cursillo, una de las tantas medidas de seguridad que ponen en practica los diversos servicios de inteligencia occidentales, había un hombre que lo dirigía y.... - ¡Claro! - Pensó en voz baja Torregosa. Ese hombre, ese hombre era... ¡El comandante!

¡Joder! - Seguía pensando para sí mismo Torregosa - No me las hizo pasar putas este tío, sólo le faltó preguntarme si me acosaba con mi madre. Comprendo que todas esas cosas son necesarias. ¡Pero qué leches! Mucha seguridad, mucha seguridad y después a todos estos guaperas los ves presumir entre sus amigos de lo que son y en donde trabajan.

-Mi comandante. - Dijo Torregosa dirigiéndose a Gutiérrez.

-Sí Torregosa. - Contestó este.

-¿Dónde ha estado destinado Vd.?

-¿A qué viene ahora esa pregunta?

-Le voy a decir la verdad mi comandante, no dudo que Vd. sea militar, pero hay algo más en su forma de ser. Yo diría, yo diría que...

-¿Qué soy del CESID? ¿Qué soy un espía como Vd.?

-Pues sí, la verdad es que no es nada importante, sólo que me gusta saber con quién me la juego. - Dijo Torregosa.

-¡Por fin se ha acordado de quién le interrogó en el curso de analista! ¿No es eso?

-Pues ahora que lo dice, sí mi comandante.

-Ahora comprenderá por qué le he elegido a Vd. para que me acompañe ¿no? ¡A mí también me gusta saber con quién me la juego!

Seguidamente, el comandante Gutiérrez le hizo una confesión a Torregosa, una de esas tantas confesiones entre espías donde nadie ha dicho nada y todos saben demasiado. Nada más salir de la academia militar fue reclutado por *La Casa* (como llamaban al CESID sus miembros), dedicándose en un primer momento a labores de instrucción de nuevos agentes y cursos de especialización para otros. En la actualidad trabajaba en el área de interior, especializado en terrorismo, por lo que con la cobertura de estar destinado en la *Casa Real*, se dedicaba a emitir los informes de seguridad previos a la visita a cualquier ciudad española, necesarios para dar el visto bueno a la realización de la misma.

Al cabo de muy poco tiempo, las distancias en Almería son muy pequeñas, llegaron a la Plaza de la Constitución, donde se encuentra ubicado el Ayuntamiento de la ciudad. Mientras Torregosa se afanaba en encontrar un hueco donde aparcar su coche, tarea harto difícil aún a esas horas de la tarde, el comandante se había bajado del vehículo y se introducía en el interior de la Plaza de la Constitución mirando a un lado y a otro, las esquinas, los accesos y salidas, los edificios altos próximos al lugar. Parecía un lince al acecho de su presa.

La Plaza de la Constitución es uno de los lugares, junto a la Alcazaba y la Catedral, más visitados por los turistas nacionales y extranjeros que llegan a Almería. La misma se encuentra ubicada en el casco histórico de la ciudad, y como la gran mayoría de las plazas españolas, que albergan en su interior a sus ayuntamientos, forma un cuadrado donde en su parte central se erige la fachada principal del Ayuntamiento de Almería, que destaca fácilmente por sus amplios ventanales y balcones, desde donde ondean las tres enseñas oficiales: la bandera del Estado, la autonómica y la local.

Toda la plaza está pintada en un color beige claro, destacando con una tonalidad más oscura los bordes de la puerta principal del Ayuntamiento y los balcones del mismo. Llama la atención, al mismo tiempo, los arcos que rodean toda la plaza, que en el cen-

tro tiene ubicado un monumento, al que popularmente se le conoce como «pingurucho de los coloraos», el cual forma una gran columna de mármol, teniendo en su cúspide una gran bola metálica, de donde salen unos clavos o pinchos del mismo material.

Mientras el comandante transitaba por la plaza, observando detenidamente la misma y apuntando en su bloc una serie de anotaciones, Torregosa, que había conseguido estacionar medianamente bien su coche, se le acercó por la espalda.

-¿Ya ha visto todo?

-La verdad es que si yo fuera alguien que quisiera atentar contra la vida de Sus Majestades, lo haría en esta plaza. Fíjese la gran cantidad de casas abandonadas que hay alrededor de la misma, las estrechas calles de acceso, que en caso de que el público saliese despavorido de la misma, podría dar lugar a una catástrofe de incalculables consecuencias, al mismo tiempo que el terrorista podría salir del lugar perfectamente confundido con el público.

-¡Y eso no es todo! - Apostilló Torregosa - No sé si sabrá Vd. que prácticamente toda la plaza está rodeada por lo que llamamos «barrios marginales». Frente a Vd. tiene «Las Perchas», antaño lugar donde se practicaba la prostitución y en la actualidad se concentran drogadictos, delincuentes y demás. Y por si fuera poco todo, aquel cerro que Vd. está viendo está plagado de cuevas.

-¿De cuevas? - Exclamó Gutiérrez.

-Sí, dése cuenta que todo esto ha sido el barrio histórico de la ciudad. Todo aquello eran viviendas desde la época árabe de la ciudad. Hoy las siguen utilizando personas sin medios económicos, marginados de la sociedad, gitanos, y, en algunas, se trafica con droga a menor escala o sirven para el desguace de vehículos robados.

-Mal, muy mal esté la cosa. La verdad es que vamos a tener más trabajo del que esperaba y lo que es peor, vamos a necesitar más hombres para cubrir esta zona.

-No sé si dispondremos de tantos hombres para escoltar a los Reyes, cubrir el trayecto y además ampliar la seguridad en puntos difíciles como éste. - Añadió el subcomisario.

-Cuando llegue a Madrid con mi informe, pediré que sean destinados algunos hombres más, tanto de mi unidad como de la Policía Nacional y de la Guardia Civil. Incluso tampoco sería desdeñable la ayuda que pudiera aportar el Ejército.

- Contestó el comandante.

-¡Bien! Creo que todo lo que tenía que ver ya lo he visto. Por cierto, Torregosa, me figuro que habrá alcantarillado por esta zona, ¿no?

-Sí, mi comandante. Por ello sería conveniente que mandase igualmente de Madrid a algunos especialistas en este tipo de seguridad bajo tierra y que echaran un vistazo por la zona.

-Claro que sí. Pero una cosa quería decirle Torregosa; no me hable más de Vd. Creo que tenemos aproximadamente la misma edad y en definitiva estamos en el mismo bando. Llámeme Gutiérrez, así lo hacen todos mis amigos y compañeros.

-De acuerdo, Gutiérrez.

-¡Así me gusta! Veo que nos vamos entendiendo. Por ello quiero decirte algo.

-Pues dime, comandante.

-Mira Torregosa, son muchos los años que llevo metido en este asunto y mi larga experiencia en la materia me ha enseñado a no confiar en nadie. Pero contigo es distinto. Cuando dirigí tu interrogatorio para *La Casa*, escruté tu personalidad, tu forma de ser y puede que hoy en día sepa más de tí que tú mismo. Por ello puedo confiar en tí, aunque todas nuestras formas y normas de conducta desaconsejen tal extremo.

-¿Sabes que me estás intrigando? - Interrumpió Torregosa.

-¿Por qué crees que te elegí para que me acompañaras y me sirvieras de guía durante mi visita? Necesitaba, primeramente, a alguien de confianza, pero al mismo tiempo, a una persona preparada y motivada para el trabajo que desempeña. Y durante el curso me diste prueba de ello.

Mientras Gutiérrez seguía elogiando a Torregosa, éste estaba cada vez más incómodo e intranquilo; ya que no estaba acostumbrado a que lo adularan tanto.

-Te voy a confesar un secreto, Torregosa; tenemos informaciones de fuentes fidedignas de que durante este mes se va a intentar cometer un atentado contra un miembro de la Familia Real. No sabemos dónde ni cuándo, pero si hacemos caso a esta información y comprobamos la agenda del mes de Sus Majestades, vemos que el día 15 están en otra ciudad y el 27 en Almería. Pero hay más; nuestro informador hablaba de que los terroristas se camuflarían con una manifestación en apoyo a los presos de ETA y la otra ciudad no tiene terroristas en sus cárceles, pero Almería sí. ¿Qué me dices?

-Confidencia por confidencia, tengo un informador introducido en uno de estos *Comités de Apoyo a los Presos de ETA*, que opera en la ciudad. Hace unos días me remitió un informe, donde hablaba de que alguien de San Sebastián se desplazaría a Almería, para participar en un acto de protesta frente a la cárcel provincial y en apoyo a la huelga de hambre que están llevando a cabo estos terroristas. Y fíjate qué curioso, tanto la protesta como la llegada de este individuo está prevista para el día...

-Para el día 27. - Interrumpió Gutiérrez.

-¡Exacto! - Exclamó Torregosa con un gesto irónico.

-Bien, Torregosa. Quiero que no hables con nadie de todo esto y que me informes solamente a mí de lo que te diga tu informador. Yo a cambio haré lo mismo, te ofrezco que trabajemos juntos en este tema.

-De acuerdo. Veré cómo me las compongo para que no sospechen nada, especialmente el comisario jefe. Mandaré a la reunión de mañana a un compañero y espero que mi informador me diga algo interesante tras la reunión que tendrá ese comité mañana, a las nueve de la noche.

-Muy bien, si no te sirve de molestia, acércame al hotel. Tengo que trabajar en este tema y hacer algunas llamadas.



Capítulo IV

Reunión de radicales

Al día siguiente, Torregosa se levantó un poco más temprano de lo habitual. La información de Alberto y las confidencias de Gutiérrez habían conseguido que la mayor parte de la noche la pasase dándole vueltas al tema y no pudiera conciliar el sueño con normalidad. Antes de que sonara el despertador se levantó, se preparó su café diario y llamó a su compañero Juan, un joven sargento de la Guardia Civil que formaba parte del CESID almeriense como auxiliar.

-¿Diga? - Contestó al teléfono Juan, que por la voz se notaba que aún estaba durmiendo.

-Soy Torregosa. Mira chico, me tienes que hacer un favor y no me preguntes nada más.

-¿Cuál es?

-Tienes que sustituirme en la reunión que hay prevista esta mañana en la comisaría, al objeto de tratar temas relativos a la seguridad de los Reyes durante su estancia en Almería. Si el comisario pregunta por mí, le dices que estoy trabajando en lo que él ya sabe. ¿Vale?

-Sí hombre, lo que quieras.

-Vale, te debo una.

Para Torregosa se preveía uno de esos días donde parece que el tiempo no pasa nunca; estaba completamente centrado en la reunión que esa tarde tendría su joven amigo y colaborador Alberto en la *Plataforma de Apoyo a los Presos de ETA*.

Por la tarde, Torregosa acudió a la reunión prevista el día anterior en el Gobierno Civil. Allí, todos los miembros de los cuerpos de seguridad del estado y locales hablaron de trayectos, ubicación de las distintas unidades, repartos de cometidos, horarios, efectivos humanos y materiales que cada uno podría aportar, e incluso se trazó un plan de protección civil, encaminado a evitar cualquier tipo de imprevisto que pudiera surgir durante la visita. Torregosa respondió a todas las preguntas para las que fue requerido, pero su mente estaba en ese momento con su joven amigo Alberto. Sólo el comandante Gutiérrez se percató de los verdaderos pensamientos del subcomisario, por lo que decidió no molestarle mucho durante la sesión. Tras la cual, Torregosa se marchó a su casa, a la espera de la llamada de Alberto.

Cinco minutos antes de lo previsto, Alberto llegó hasta la calle Real, allí estaba ubicado un viejo inmueble, donde la asociación «*Mujeres Libertarias*» tenían alquilado un pequeño y ruinoso piso donde realizaban todas sus reuniones y que al mismo tiempo servía para que otras asociaciones, de tipo radical, tuvieran encuentros semanales. La verdad es que la fauna que acudía a dicho local era algo variopinta: *Asociación Marxista - Ecológista*, *Mujeres Libertarias*, *Ayuda a Cuba*, *Mili KK*, el partido político *Andalucía Árabe Libre*, diversas asociaciones de vecinos y la *Plataforma de Apoyo a Presos de ETA*.

Dicho local servía de base para las acciones de éstos y otros colectivos y asociaciones, cuya militancia no superaba la treintena de personas. Todos ellos eran veteranos y curtidos activistas antifascistas, que entregaron lo mejor de su juventud en las revueltas estudiantiles de los años 60 y 70. Posteriormente no habían sabido reciclarse, como otros compañeros suyos, que en la actualidad militaban en partidos democráticos de izquierda, e incluso ostentaban cargos institucionales en ayuntamientos y parlamentos, para caer finalmente en ese saco de marginales, políticamente hablando, que se apuntan a cualquier guerra en contra del Estado, formando uno y otro comité, una y otra plataforma de ayuda, más que nada como una forma de matar el

tiempo para unos revolucionarios que habían visto desvanecerse la revolución por la que tanto habían luchado.

Una vez hubo llegado Alberto al portal, miró hacia el primer piso y comprobó que por la ventana del balcón había luz, por lo que decidió subir las oscuras y viejas escaleras del edificio. Tanto por su hermoso portal, como por su tiro de escaleras, se podía comprobar que esa casa fue en su día habitada por gente adinerada, pero que hoy el nuevo ritmo de vida que se impone en la ciudad había hecho que fuera abandonada por sus propietarios, y el deterioro y el abandono de este tipo de viviendas en los cascos históricos de las ciudades, obligaban a sus actuales propietarios a tener que alquilarlas a quien fuera y por lo que fuera, para compensar los gastos que generaban, ya que no podían derribarlas y edificar uno de esos rentables pisos modernos.

Cuando Alberto llegó al primer piso, se dirigió a una gran puerta de madera pintada de negro, Dios sabe qué año, a la derecha. Un gran cartel estaba pillado con chinchetas en la pared. Éste decía: «*No al imperialismo yankee. No al bloqueo de Cuba*». Alberto llamó al timbre.

-Ring, ring, riiiiing.

Se sintieron unos pasos y abrió la puerta Luís. Un joven de 38 años, cuyo activismo político durante el régimen de Franco le había curtido, encaneciendo su largos y mal cuidados cabellos y su tupida barba, por lo que aparentaba tener cerca de los 45. Luís siempre gustaba de recordar a los más jóvenes alguna que otra detención que había tenido que padecer, o las carreras delante de los "grises", como llamaban en su época a la Policía Armada. Para él, eso eran otros tiempos y mejores a los actuales; había ideales, se sabía por lo que luchar, había amigos y camaradas. Ahora, muchos de aquellos compañeros trabajaban en la administración y habían cambiado el pantalón de pana y las bambas deportivas por el traje, la corbata de seda y los zapatos italianos. En la actualidad formaba parte de una asociación ecologista.

-¡Buenas noches, Alberto!

-¡Hola Luís! ¿Ha venido alguien?

-Sí, ya estamos algunos. Pasa, que vamos a empezar.

Nada más cruzar la puerta de entrada se dirigió a la segunda habitación de la izquierda del pasillo. Si no fuera por el conocimiento del piso, nadie hubiera podido encontrar puerta alguna, ya que la escasa y pobre iluminación del mismo y de la entrada, no permitían nada más que esbozar ligeras sombras de lo que había delante.

-¡Buenas noches! - Dijo Alberto a todos los presentes nada más abrir la puerta de la habitación.

-¿Qué hay, Alberto? - Contestaron casi al unísono. - ¡Siéntate!

La habitación que se usaba como sala de reuniones podría tener no más de 10m². De forma rectangular, todas las paredes estaban pintadas de blanco y adornadas con diferentes carteles que hacían referencia a Cuba, los presos etarras, a la objeción de conciencia y demás. Frente a la puerta, dos grandes balcones daban a la calle Real, y entre medio de éstos había colgada en la pared una gran pizarra que servía para coordinar y organizar las diversas acciones. En el centro, una gran mesa rectangular, algo pesada y cuyo barniz destacaba por su ausencia. Alrededor de ella se disponían una serie de sillas, en total 10, cada una de un tipo y de modelos diferentes, que eran las aportaciones de los «camaradas» a la «casa de la revolución», cuando cualquier renovación de los muebles de sus casas particulares nos les dejaba nada más que dos opciones: o los abandonaban en el vertedero o los donaban a la sede de la asociación «*Mujeres Libertarias*». En el momento de la llegada de Alberto, ya estaban sentadas 7 personas: Luís y Pablo, *del Grupo Marxista – Ecologista*; Elvira, de *Mujeres Libertarias*; José, de *insumisos* y *Mili KK*; Josefina, de *Solidaridad con el Pueblo Cubano*, Tomás, de *Andalucía Arabe Libre* y Juan, de la *Asociación de vecinos «Reivindicación»*, que era de alguna forma el cabecilla de estos grupos. Todos ellos, y otros de los que no constaba nada más que el nombre, habían formado la *Plataforma de Apoyo a Presos de ETA*, que tenía como misión ayudar a los presos desplazados hasta la cárcel de

Almería en las necesidades que tuvieran, y realizar todo tipo de actividades y protestas que les indicaba una central constituida en Bilbao, que a su vez formaba parte de KAS.

De alguna forma todos estos colectivos habían visto en esta plataforma la forma de financiarse económicamente, ya que normalmente no tenían una sola peseta. A cambio de alguna que otra acción de protesta, recibían dinero para el alquiler del piso, y para hacer propaganda, y restando algo de ello, podían hacer la suya propia. Por otro lado, la central de Bilbao conseguía unos colaboradores de la tierra, motivados para cualquier lucha contra el sistema establecido.

Alberto se sentó junto a Josefina y, con mucha naturalidad, puso sobre la mesa su carpeta de la Universidad. Bajo sus ropas portaba una pequeña grabadora, que aunque Torregosa siempre le advertía la peligrosidad de llevarla a este tipo de reuniones, Alberto sólo la utilizaba para reuniones importantes, y ésta parecía una de ellas. Como norma para recordar las informaciones de las reuniones, sacaba una hoja de la carpeta y comenzaba a hacer dibujos sin sentido, o a garabatear palabras ilegibles, que en cinco años se habían convertido en una especie de código secreto del que sólo él tenía conocimiento. Cuando llegaba a su casa, una simple lectura de esas palabras ilegibles, o un vistazo de los dibujos sin sentido, le hacían recordar lo hablado en la reunión. Era innegable que poseía una gran capacidad de retentiva.

El representante de la asociación de vecinos, Juan, se levantó de su asiento y se dirigió a la pizarra.

-Bueno, compañeros. La reunión de hoy es muy importante, ya que vamos a concretar una acción que vamos a realizar el próximo día 27. Como sabréis, nuestros compañeros de ETA están en huelga de hambre porque los represores fascistas del PSOE los están mezclando con vulgares chorizos y violadores. No quieren admitir que son soldados que luchan contra un Estado fascista represor, y para mermar su moral, los quieren juntar con violadores. Ante esta provocación, las diversas *Plataformas de Apoyo a los Presos de ETA* de las ciudades en cuyas cárceles haya presos de

esta organización, vamos a realizar en conjunto una protesta para llamar la atención en los medios de comunicación.

-¿En qué va a consistir la protesta? - Preguntó Luís.

-Vamos a intentar buscar el mayor número de gente para que nos acompañe a la misma puerta de la cárcel. Allí desplegaremos una pancarta, tiraremos unas octavillas y gritaremos unas consignas. Además me han llamado hoy de Bilbao y quieren que toda la gente vaya provista de cacerolas con la que armar jaleo durante la protesta, por eso os dije el otro día lo de «Operación Bayyana» que no hace falta os diga que el nombre de la operación lo puso Tomás con su manía de utilizar palabras de origen árabe, en éste caso uno de los nombres con los que se conocía a Almería. Parecía una broma, pero esto es muy serio. Tenemos que conseguir - proseguía Juan - que la acción dure unos 15 ó 20 minutos, con objeto de que a los medios de comunicación les dé tiempo suficiente para venir y filmar todo aquello, que es lo que pretendemos. ¡Ah! He de deciros que comenzaremos a las diez y media de la mañana, que es la hora prevista a nivel nacional para que todas las plataformas hagan lo mismo.

-¿Vamos a hacer algún tipo de propaganda aparte de las octavillas y la pancarta?

- Preguntó Josefina.

-En principio, sólo la pancarta y las octavillas. De todas formas, un par de días antes vendrá un miembro de la central de Bilbao, aunque él viene de San Sebastián, que nos ayudará en todo lo que tenemos que hacer y nos dirá qué tenemos que hacer.

- Contestó Juan.

-Bueno, vamos a repartirnos las tareas. - Dijo Luís.

-Muy bien. Josefina y Elvira se dedicarán a la confección de la pancarta y las octavillas. Mañana llamaré por teléfono a Bilbao para que me digan el texto. Luís, tu gente y tú encargaos de movilizar a más colectivos, y preparar los vehículos que hagan falta para ir a la cárcel. Yo me encargaré de buscar a más gente, mandar una nota a la prensa y os conseguiré media docena de ikurriñas (banderas vascas). El resto, conque consigáis traer cada

uno 4 ó 5 personas es importante. Si consiguiéramos estar 50 personas en la protesta, sería todo un éxito.

-Juan ¿Y de qué me encargo yo? - Preguntó Alberto.

-¿Tú tienes coche, no? - Le preguntó Juan.

-Sí.

-Pues puedes ir a recoger a este compañero que viene de San Sebastián. Creo que vendrá en avión desde Madrid, ya te avisaré el día y la hora.

-Muy bien - Añadió Alberto.

-Bueno compañeros, creo que es todo por hoy. Nos reuniremos en cuanto venga el compañero de San Sebastián, para decidir lo que vamos a hacer. Mientras tanto la prioridad es hablar con la gente y ver con la que contamos para ir a la cárcel. Cuando sepa algo se lo diré a Luís y él se encargará, como siempre, de llamaros a cada uno. ¿Vale, tíos?

-¡De acuerdo! ¡Muy bien! ¡Vale! Dijeron los asistentes, mientras cada uno sacaba sus bártulos de la habitación y comenzaban a salir del piso.

Alberto no cabía en su cuerpo de la alegría que tenía. ¡Qué suerte la suya! ¡Qué contento se iba a poner Sancho (Torregosa) cuando le dijera que él personalmente sería el encargado de recoger al vasco! Prácticamente, los diez minutos que tardó en hacer el recorrido andando desde la sede de *Mujeres Libertarias* hasta su casa, los pasó pensando en lo contento que se pondría su amigo Torregosa.

Nada más llegar a su casa, se introdujo directamente en su habitación y puso en marcha su ordenador personal IBM. Cargó el fichero titulado «informes», donde tenía guardado un modelo de documento que era el que habitualmente utilizaba para redactar los informes que entregaba a Torregosa, puso una de las radios locales de FM, que en esos momentos emitía una de esos temas disco de moda en las discotecas y comenzó a escribir.

-Informe número 65, de fecha tal de tal, uuumm, fuente Fénix, asunto informaciones obtenidas en la reunión de.... - Hablaba en voz alta, mientras escribía el informe.

Eran las diez y media de la noche; mientras redactaba el informe serían las once. Buena hora para hablar con Torregosa. En el *modus operandi* establecido entre Torregosa y Alberto, tenían acordado que Alberto confeccionaba el informe la noche misma del día que realizaba alguna reunión. Si el tema era rutinario, le mandaría el fichero por módem a la mañana siguiente a la casa de Torregosa, y si había algo muy importante, esa misma noche le llamaría por teléfono y le adelantaba la noticia. Era lo que Torregosa llamaba un «flash informativo». Con este sistema de módem y teléfono, en ningún momento Alberto y Torregosa corrían el peligro de que les pudieran sorprender en algún lugar y poner en peligro la seguridad, especialmente, de Alberto.

Tal y como pensaba, sobre las once, Alberto terminó el informe y, tras repasarlo ortográficamente, envió la información a la impresora para poder leerlo a Torregosa. De no haber sido tan urgente, lo hubiera grabado en su disco y al día siguiente lo mandaría por módem al ordenador particular de Torregosa.

Inmediatamente se dirigió al teléfono que tenía instalado en su habitación.

-Ring, ring, riiiing...

-¿Dígame? - Interrogó una voz femenina que Alberto conocía perfectamente, se trataba de una mujer de toda confianza, que le hacía la limpieza tras su jornada laboral a Torregosa.

-¿Está Jesús?

-¿Dígame quien le llama?

-Soy Alberto.

-¡Ah! Sí, un momento, un momento.

-¿Sííí...?

-¿Sancho?

-Dime Alberto.

-Bien, ya he terminado la reunión y tengo el informe listo, que te enviaré, como siempre, mañana. Lo importante es que este hombre de San Sebastián vendrá un par de días antes del día 27, lo hará desde Madrid, probablemente en avión, y ¿a qué no sabes lo mejor?

-¡No! ¿Qué?

-¡Yo seré quien le recoja en el aeropuerto?

-Perfecto, perfecto. Ya hablaremos más detenidamente del tema cuando lea el informe. ¿Algo más?

-No, eso es lo importante. Todo lo demás son datos de lo que se quiere hacer el día 27, pero hasta que este tío no venga no se decidirá nada, ya que se preparará otra reunión cuando este hombre esté en Almería.

-Vale, que no se te olvide mandarme el fichero con el informe antes de las diez de la mañana. ¿Vale?

-Vale, Sancho. Espero tus noticias.

Tras la información facilitada por Alberto, a Torregosa le pareció que le habían quitado un peso de encima. No es que todo estuviera claro, pero el tema se iba encarrilando y eso le gustaba. Enchufó la televisión, hizo un poco de zapping y al ver que no había ningún programa interesante y que su asistente ya se había marchado, se acostó. Mañana tendría trabajo.



Capítulo V

El chantaje

Cuando quedan pocos días para que los Reyes de España visiten la ciudad de Almería, un Volvo 960 azul metalizado circula por las calles más céntricas de Madrid, intentando sortear las trabas que supone circular por la capital de España a primeras horas de la mañana.

Aunque para los madrileños, más preocupados en llegar a tiempo a su trabajo, el conductor de este vehículo parecería uno más de los miles de los cientos de ejecutivos de empresas que comparten el caos circulatorio mañanero con sus compañeros de menor categoría laboral. En realidad se trata de una persona muy especial, Francisco de Villar, alto funcionario del Ministerio de Exteriores, que en la actualidad desempeña su función en la Casa Real como adjunto al Jefe de Protocolo de la misma.

Como todas las mañanas, se dirige desde su exquisitamente amueblado ático, situado en el barrio de Salamanca, al Palacio de la Zarzuela. Además, esta mañana debe llegar puntual; la secretaria de su jefe le ha llamado muy temprano, para decirle que a las 09.00 horas deberá asistir a una reunión para preparar el próximo viaje de Sus Majestades.

Francisco de Villar es moreno, delgado y bastante alto. En la actualidad tan sólo tiene 39 años, aunque su elegante corte de traje y pelo engominado le haga aparentar mayor edad. Alguno de sus compañeros, los de más confianza, ya que Francisco es un hombre muy introvertido, le llaman a escondidas "Conde", por

su aspecto físico muy parecido al del banquero Mario Conde. Soltero y sin compromiso, vive en un lujoso ático, acompañado tan sólo de su fiel perrito pequinés "timy".

Aunque proveniente de una familia de la aristocracia española, su padre llegó a ser Embajador de España en Roma, Francisco nunca aceptó la vida fácil que supone la suerte de haber nacido en una familia acomodada, lo que le influenció un poquito hacia ideologías de izquierdas. Tras terminar sus estudios de Derecho en España, su padre le envió a Londres, donde estudio Relaciones Internacionales. Lo que nadie sabía, ni su familia, ni tan siquiera sus más allegados, era que Francisco de Villar era homosexual y que gran parte de su estancia en Londres la dedicó a relacionarse con un selecto grupo de homosexuales británicos, todos ellos provenientes de importantes y respetadas familias, donde por primera vez Francisco pudo mostrar sus sentimientos a otros hombres sin problemas.

Precisamente a los pocos meses de integrarse en este reducido pero importante grupo de jóvenes universitarios, conoció a un joven rubio irlandés de su edad, con el que perdió su virginidad al mantener su primera relación sexual plena. Para Francisco ese día fue de suma importancia, aunque ni él podía imaginar en ese momento su trascendencia real, estableciéndose una estrecha amistad entre él y su joven amigo irlandés, Brent.

Dos meses después de haber conocido a Brent, éste le invitó a visitar su casa en Dublín. Durante su breve estancia en Irlanda, Francisco pudo conocer a la familia de su amigo, un poderoso clan católico propietario de importantes industrias en los Estados Unidos, desde muchos años entregada en cuerpo y alma por conseguir la independencia de Irlanda del Norte de Gran Bretaña y su integración dentro de la República de Irlanda.

Allí, Francisco conoció a otro apuesto joven, Bill, con el que muy pronto comenzó a acostarse. Bill era todo lo contrario que Brent. Mientras este último era un joven educado, aninado y tímido; el morenazo de Bill era un auténtico macho, pelo en pecho, que hacía vibrar de placer como nadie a Francisco. Además, era el único irlandés que conocía que jamás hablaba de la lucha contra los

británicos, lo que Francisco agradecía, porque desde que llegó a Dublín no oía una conversación que no girase en torno a este conflicto. Lo que Francisco ignoraba, era que su amado Bill en realidad era un importante miembro del IRA, responsable de la célula de inteligencia en Dublín -encargada de recoger el mayor volumen de información para el Ejército Republicano Irlandés-.

Aunque Bill ni mucho menos era homosexual, muy al contrario, estaba casado y con dos pequeños, ante todo era un profesional que no escatimaba sacrificio alguno para la causa del IRA. Por ello, cuando Brent le presentó a Francisco como miembro de una familia que tradicionalmente siempre ha estado ligada al mundo de la diplomacia española, se interesó mucho por él. Aunque Francisco estaba terminando su preparación académica, nadie podría afirmar que en el futuro no ocupase una importante responsabilidad en el Ministerio de Exteriores español, y oportunidades como ésta, algo que sabía muy bien Bill por su larga experiencia terrorista, no podían desperdiciarse.

Tras conocer las debilidades carnales de Francisco, Bill actuó como bien se especifica en el manual de inteligencia que el IRA le inculcó de muy joven: explotó las debilidades de Francisco en su provecho. El joven e inexperto español, completamente absorbido por el aparente y desenfrenado amor de Bill, jamás pensó en las consecuencias para su futuro que le traería esta aparente inofensiva aventura.

Cuando Francisco regresó a España, tras finalizar sus estudios en Londres, siguió manteniendo el contacto con Bill, bien mediante cartas o llamadas telefónicas. Incluso el día que tomó posesión de su cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores español, su amigo Bill estuvo allí para verle.

Pero Francisco pronto descubrió que la amistad de Bill era algo más que interesada, tras tomar posesión de su cargo como ayudante del responsable del Departamento de Relaciones con la Unión Europea del ministerio español. Bill comenzó a visitar Madrid con bastante frecuencia, con la excusa de aprender el idioma en uno de los tantos cursos organizados por el Instituto Cervantes. Durante las

diferentes noches que Bill pasaba junto a Francisco, en su ático, éste notó que algo estaba cambiando en la forma de ser de Bill. Había dejado de ser ese buen amante, complaciente con todas sus peticiones y siempre atento, para mostrarse en ocasiones algo violento. Francisco percibía que Bill ya no le quería, pero no comprendía cómo aún seguía viniendo a su ático.

Una de esas noches, tras una fuerte discusión entre ambos, Bill entregó a Francisco un paquete y le pidió que lo abriese. En su interior se encontraban dos cintas de vídeo y un sobre que Francisco abrió con precipitación y nerviosismo, como si intuyese lo que iba a suceder. En su interior se encontraban numerosas fotografías donde se podía ver a Francisco totalmente desnudo, haciendo el amor con su amigo Bill, del que curiosamente tan sólo era visible su cuerpo pero no su rostro.

-¿Qué es esto? - Dijo Francisco.

-Ha llegado la hora en que tú y yo hablemos en serio. - Le contestó secamente Bill.

-Desde hoy, y si no quieres que un paquete como éste llegué a manos de tu ministro, deberás informarme de tus actividades en el ministerio. - Continuó diciéndole Bill.

-¿Es un chantaje? ¿Cómo has podido hacerme esto Bill? Yo creía en tí, pensaba que...

-¡Llámallo cómo quieras! - Interrumpió Bill - Aquí tienes mi dirección y unas instrucciones de como debes ponerte en contacto conmigo, y no intentes hacerme una jugarreta o tus padres conocerán quién es verdaderamente su hijito.

Mientras Francisco agachaba la cabeza, intentando asumir lo ocurrido, Bill recogió sus cosas y se marchó del ático dando un portazo. Francisco se tumbó en la cama y mirando al techo de la habitación comenzó a llorar.

Diez minutos antes de la hora, Francisco de Villar se encontraba en el control de seguridad de la Zarzuela. Tras identificarse, los miembros de la Guardia Real le saludaron y le dieron paso. Francis-

co se dirigió hacia su aparcamiento, cogió su portafolios y se introdujo por una puerta lateral del complejo de la Zarzuela, que le llevaba directamente a la sala de juntas donde habitualmente se reunían para preparar con todo detalle los viajes de los Reyes.

Cuando Francisco abrió la puerta de la sala de reuniones, comprobó que en la misma ya se encontraban el Jefe de la Casa Real, el responsable de protocolo, el del gabinete de prensa y una secretaria.

-Buenos días. Perdonen, ¿llego tarde? - Preguntó Francisco extrañado al encontrarse a sus jefes dentro de la sala.

-No, Francisco, pase Vd. - Le dijo su jefe.

-Bien, caballeros - Dijo el Jefe de la Casa Real dirigiéndose a los presentes. - El próximo día 27, los Reyes tienen previsto desplazarse a Almería para inaugurar el nuevo Ayuntamiento de la ciudad tras su restauración. Aquí tienen la propuesta de la secuencia de los actos, remitida por el Ayuntamiento de Almería. Léanla y espero sus comentarios.

-No parece nada mal, teniendo en cuenta lo breve de la visita a Almería. - Dijo Francisco de Villar.

-Tal vez haya que corregir el excesivo tiempo que transcurre desde la llegada de los Reyes a la Plaza de la Constitución, hasta que proceden a inaugurar el Ayuntamiento. - Continuó diciendo Francisco.

-Buena observación, Francisco. Estudien más detenidamente los detalles y me pasan la propuesta de secuencia de los actos definitiva, para despachar con Su Majestad -. Comentó el Jefe de la Casa Real mientras se marchaba.

Mientras su jefe abandonaba, también, la sala de reuniones, Francisco recogió los documentos que le habían entregado, guardó los menos interesantes en su portafolios y se dirigió a su despacho, situado en la primera planta del mismo edificio, leyendo el resto.

-Pi, pi, pi, pi. Pi, pi, pi, pi. - Sonó el motorola que Francisco tenía sobre la mesa de su despacho.

-¿Sí? - Interrogó Francisco.

-Hola, buenos días. ¿Sabes quien soy?

-¡Claro que sí! ¡Bill! Pero ya te dije que no me llamas al móvil, sabes que no es seguro y mucho menos cuando estoy en el trabajo. - Dijo Francisco bastante enfadado.

-Lo siento, Francisco. Hace tiempo que no me mandas ninguna información y eso no me gusta. Ya sabes lo que te dije la última vez que nos vimos en Madrid: si no colaboras, me veré obligado a enviarle un regalito a tus padres y a tus jefes.

-¡Hijo de puta! ¿Qué quieres que te diga? Sabes que ahora no trabajo en exteriores, que ahora estoy en la Casa Real y que sólo me dedico a preparar los viajes de los Reyes.

-No sé, no sé. Creo que una persona como tú, tan bien colocada junto al Jefe del Estado español debería saber más cosas.

-Te digo la verdad, Bill. Mira, por ejemplo ahora mismo trabajo en la visita que los Reyes realizarán el próximo 27 a una pequeña ciudad andaluza, Almería. Pero no sé nada más.

-Bueno, piénsatelo bien. A mí también me exigen y, si yo caigo, tú caerás conmigo. - Dijo Bill mientras colgaba el teléfono.

-Toc, toc, toc. - Lllaman a la puerta.

-¿Quién es?

-Soy Mac, ábreme Bill.

-¿Qué tal, Mac?

-Muy bien. Quisiera hablar contigo, pero pasemos al salón, ya que aquí nos pueden ver demasiado bien.

Mac era un viejo e incansable luchador contra los ocupantes británicos. Maestro en las lides terroristas de Bill, enseñó a éste todo lo que sabía. Pero además de su amigo, era su gran protector dentro de la organización y en más de una vez podría decirse que la había salvado la vida

-Dime, Mac.

-Mira, vengo de una importante reunión con la cúpula de la organización. En ella se ha hablado de tí y de tu trabajo de inte-

ligencia aquí en Dublín. Y la verdad es que los resultados no son todo lo satisfactorios que esperábamos. Antes, cuando tu amigo español nos enviaba informes de la política del continente con respecto a los británicos, podíamos decir que mandabas material de calidad. Pero hace algún tiempo que todo lo que nos mandas es basura y cosas sin importancia.

-Lo siento Mac, pero ya os dije que a mi amigo español lo cambiaron de destino. Ahora no trabaja en Bruselas, ayuda en la Casa Real española en la organización de los viajes de los Reyes y demás, cosas sin importancia para nosotros. Fíjate que no hace ni una hora que he hablado con él ; pero nada, no sabe nada. En esos momentos trabajaba en un viaje de los Reyes españoles a una ciudad del sur, Almeri..., Almeriya..., ¡Almería! Para el próximo día 27.

-¿Almería? Bueno Bill, tienes que hacer algo. La gente está muy nerviosa desde las ultimas detenciones y hay compañeros que ven topes y colaboradores por doquier. Te conozco desde hace muchos años y si no cambias, tu situación puede cambiar a peor.

-Lo lamento Mac, pero sabes que no miento.

-Bien Bill, comunicaré esta visita de los Reyes de España a un amigo vasco de ETA. Tal vez a ellos le sea de utilidad y tal vez a tí te sirva para calmar a los que piden cabezas.

-Gracias, gracias, Mac. - Le decía Bill mientras le acompañaba hasta la salida.

-¿Patxi?

-Dígame.

-Soy Mac.

-¡Hola! ¿Qué tal, como te encuentras?

-Muy bien. Mira te llamo para darte una información que no sé si te resultará interesante.

-Venga, Díme.

-El 27 de este mes, número uno y número dos, visitarán una ciudad que se llama

" A l m e r u i a ".

-¿Almería?

-Sí, eso.

-Vale, gracias tío. Se lo pasaré a la dirección por si fuera interesante. ¡Te debo una!



Capítulo VI

Conspiración en Bayona

Mientras tanto, en un típico café de una de las principales avenidas de la ciudad francesa de Bayona, un hombre joven, de unos treinta años, de complexión fuerte, de piel extremadamente blanca y de cabellos intensamente oscuros, toma, sentado en una mesa junto a la barra, una taza de té.

Aunque en apariencia podría ser cualquiera de los franceses de origen vasco que residen en ciudades como Bayona, en realidad se trata de un experimentado activista de la banda terrorista ETA, llamado Iñaki. Tras haber participado hace escasos días en un atentado con coche bomba contra la Casa Cuartel de la Guardia Civil en Tolosa, ha cruzado hace escasas horas la frontera francesa para refugiarse en este país y eludir la persecución policial iniciada por las autoridades españolas tras el atentado.

Iñaki había sido educado dentro de una familia tradicional vasca, su padre fue uno de los principales dirigentes del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en la clandestinidad, y desde muy pequeño fue adquiriendo conciencia del nacionalismo vasco. Pero fue en su época de estudiante cuando comenzó a tener relaciones con facciones más violentas del nacionalismo vasco y cuando contactó con personas próximas a ETA, a la cual entraría a formar parte como colaborador a los veinte años, además de militar en la coalición etarra Herri Batasuna.

Apoyado por un comando de ETA, encargado de hacer pasar la frontera a sus compañeros que cometen atentados en España,

Iñaki espera descansar, aprovechando la seguridad que proporciona a los miembros de esta organización terrorista la pasividad de las autoridades francesas, para evitar que su país siga siendo utilizado por ETA como base logística de sus operaciones. Tras unas semanas de descanso, recibirá órdenes de perpetrar un nuevo atentado.

Como es costumbre, nada más llegar a suelo francés se le ha hecho llegar un mensaje de su jefe en la organización terrorista vasca para verse en la cafetería de habitual y recibir instrucciones. Por eso, aquella tarde, Iñaki espera a su contacto de ETA tomando un té en la cafetería de siempre.

A pesar de que durante años sigue utilizando el mismo procedimiento de contacto y que ya son muchos formando parte de ETA vasca, Iñaki intenta pasar por un ciudadano francés, cualquiera que espera a alguien en una cafetería, sin que ello le impida seguir poniendo en práctica todas las técnicas de seguridad aprendidas hace años en el campo de entrenamiento argelino, junto a terroristas alemanes, libios e italianos.

Iñaki sabe que cualquiera de los clientes que se encuentran en ese momento en la cafetería podría ser uno de los tantos policías españoles, que camuflados como turistas o viajeros de negocios, frecuentan los lugares de reunión de los vascos españoles residentes en Francia, en busca de cualquier información, por mínima que sea, que les sirva para la desarticulación de alguno de los comandos de ETA activos en España.

Iñaki tampoco olvida que hace unos años, una cafetería próxima fue objeto de un atentado de los GAL, donde perdió a uno de sus mejores amigos en la organización etarra. A pesar de que Iñaki está pendiente de todo lo que sucede a su alrededor, su profesionalidad como terrorista consigue disimular su extremo cuidado a la vista de cualquiera de los ciudadanos que en ese momento se encuentran en la cafetería. Nadie podría pensar que en ese mismo local se encuentra uno de los etarras más buscados por la policía española.

Puntual, como siempre, su contacto apareció por la cafetería a la hora previamente convenida. Antes de entrar en ella, el

etarra efectuó algunas maniobras y comprobaciones de seguridad con el objeto de detectar posibles personas o coches sospechosos en las inmediaciones. Unas medidas que tomará siempre cualquier terrorista que se precie. Finalmente, tras no advertir nada extraño, se decidió y entró.

-¡Hola Iñaki! - Dijo nada más entrar.

-¡Hola Patxi! - Le contestó Iñaki.

-Iñaki, quiero que sepas que siento no poder dejarte descansar durante algunas semanas. Sabes que todos apreciamos tu labor y los cinco perros que te cargaste en Tolosa - haciendo referencia a los cinco guardias civiles asesinados en el último atentado llevado a cabo por Iñaki- demuestran lo bien que trabajas. Pero tengo que decirte que tienes que pasar de nuevo la frontera.

-¡Joder, Patxi! - Exclamó Iñaki muy contrariado - Sabes que hago todo lo que me decís sin rechistar, pero es que tan sólo hace cuatro horas que estoy aquí. Todavía estarán esos cipayos buscándome ¿No podéis buscar a otro? ¡Hostias!

-No, lo siento Iñaki. Esta misión que te vamos a encomendar es muy importante, importantísima. Fíjate si es de importancia, que, de llevarse a cabo con éxito, podría significar la caída del Gobierno de Madrid y la independencia para Euzkadi. ¡Podría ser la última acción en territorio español antes de nuestra independencia!

-¡No me digas! ¿Y a quién tengo que cargarme?

-Al Rey. - Respondió Patxi seca y tajantemente.

-¡Al Rey! - Exclamó Iñaki algo subido de tono, por lo que inmediatamente bajo la voz y miró a su alrededor por si su deslíz había llamado la atención a alguno de los allí presentes.

-Sí, al Rey. Por primera vez podemos eliminar a ese españolista hijo de puta y acabar de un solo plumazo con todo este montaje.

-Pero Patxi, sabes que el Rey es la persona mejor protegida en España. Incluso Carlos - refiriéndose al responsable del temido Comando Madrid de ETA- no ha podido nunca ni acercarse lo

suficiente a él como para pegarle un susto. Además, sabes que Madrid no la conozco muy bien y...

-No será en Madrid - interrumpió Patxi- se hará en Almería. Nadie esperará jamás que nos carguemos al Rey nada más y nada menos que en una ciudad tan alejada de nuestro radio de acción como Almería. Nunca hemos actuado allí, por lo que la sorpresa será nuestra gran baza.

-¿Pero podré atravesar todo el Estado español sin levantar sospechas? ¿Cómo me cargaré a ese tío? ¿Quién me dará cobertura? - Preguntó Iñaki sin disimular su asombro por lo que le había informado Patxi.

-Verás...

Durante cerca de tres horas, Patxi fue poniendo al corriente a Iñaki de todo lo que podía informarle, sin que ello pusiera en riesgo la operación del plan para acabar con el Rey. Le dijo que desde este momento se referirían a la preparación de este atentado como «Operación Bayyana», que recibiría el apoyo de un grupo de extrema izquierda local que dirigía la Plataforma de Apoyo a los Presos Vascos de Almería, que los explosivos los recibiría por camión y que debería evitar, en todo momento, relacionarse con los presos vascos encarcelados en la cárcel de alta seguridad ubicada en Almería.

Finalmente, Patxi le dio a Iñaki la dirección de un domicilio en una pequeña localidad próxima a Bayona, donde permanecería alojado hasta que recibiera la orden de la cúpula dirigente de ETA de entrar de nuevo en España. Igualmente le dijo que mañana, o lo más tarde pasado mañana, recibiría instrucciones más detalladas y concretas de la «Operación Bayyana». Debería estudiarlas, y en el plazo más breve posible de tiempo, informar a la cúpula de ETA sobre el atentado, por si era necesario modificar algunos detalles.

Una vez finalizada la reunión, Patxi entregó a Iñaki un sobre con dinero para cubrir los primeros gastos de su estancia en Bayona, y tras despedirse, abandonó la cafetería.

Iñaki esperó unos minutos y, tras pagar la cuenta, se dirigió a la puerta. En ese momento, un Citroën ZX blanco con matrícula

francesa aparcó justo enfrente de la cafetería. Iñaki, sin llegar a salir totalmente a la calle, observó detenidamente las maniobras del vehículo.

Se fijó que el coche estaba ocupado por dos hombres jóvenes vestidos con traje oscuro y un cuidado corte de cabello, algo que ya de por sí era más que sospechoso. Decidió observar más detenidamente lo que hacían los ocupantes del vehículo y entró de nuevo en la cafetería, sentándose en un banco frente a la barra, lo suficientemente cerca de la puerta acristalada de la salida para ver a su objetivo sin ser visto.

Cuando giró la vista hacia la izquierda, comprobó que Patxi estaba arrancando su coche y, tras dar paso a una ambulancia que pasaba a toda velocidad con las luces destellantes en funcionamiento, se incorporó a la circulación. Iñaki se dio cuenta que justo cuando Patxi se incorporaba a la circulación, uno de los ocupantes del Citroën sacaba una cámara fotográfica, provista de un imponente teleobjetivo, y enfocando a Patxi realizaba una serie de fotografías.

Mientras tanto, su compañero parecía estar hablando por un pequeño teléfono móvil. En esos momentos, una extraña sensación recorrió el cuerpo de Iñaki. Por un lado, su deseo era el de coger la pistola 9 mm parabellum que escondía junto a sus genitales, acercarse como si nada a los ocupantes del Citroën y dejarles fritos en ese momento. Era algo que habían hecho ya tantas veces, que no le supondría remordimiento alguno, pero sabía que esa acción provocaría - con toda probabilidad - su identificación y encarcelamiento en una apestosa cárcel francesa.

Su experiencia terrorista le aconsejó quedarse en la cafetería, pedir tranquilamente una copa, ver lo que hacían ese par de polis y cuando se marcharan abandonar la cafetería para informar a Patxi del incidente. Sólo en el caso de que los dos ocupantes del Citroën bajaran del coche y se dirigieran a la cafetería, se vería obligado a utilizar el arma. Sería su vida o la de ellos, y la elección era más que evidente.

Transcurrieron unos diez minutos, que para Iñaki se hicieron toda una eternidad, y seguidamente los polis arrancaron el coche, marchándose del lugar. Instantes después, Iñaki abandonaba la cafetería, no sin antes comprobar que nadie en las proximidades parecía estar interesado por su persona.

Mirando a izquierda y derecha, algo preocupado y nervioso, Iñaki cruzó rápidamente la calle, con la intención de buscar cuanto antes una cabina telefónica para advertir a su compañero Patxi de lo que había sucedido mientras estaba en la cafetería.

Muy cerca de allí, en un pequeño motel, se encontraba Álvaro - un joven guardia civil que había sido destinado hacía pocos meses en el Cuartel de la Guardia Civil de Intxaurrondo - que esperaba impacientemente la llegada de sus otros dos compañeros, los mismos que hacía pocos minutos habían realizado una serie de fotografías a Patxi.

Los tres guardias civiles formaban parte de la UAEGC (Unidad Antiterrorista Especial de la Guardia Civil). Un grupo de élite formado hacía escasos meses por el teniente coronel Jefe del Cuartel de Intxaurrondo y, tan secreto, que oficialmente esta unidad no existía. La misión principal de la UAEGC no era otra que adentrarse en territorio francés, para frecuentar los lugares de reunión de los terroristas vascos y obtener el mayor volumen de información para identificar a posibles etarras, permitiendo su posterior detención en territorio español.

Precisamente eso es lo que habían estado haciendo Joaquín y Antonio, los dos compañeros de Álvaro que habían sido detectados por Iñaki en plena faena. Tras haber recibido una confidencia de que Patxi Larrea, ese era su apellido, alias «feli» pertenecía a ETA, los tres guardias civiles se habían desplazado a territorio francés para seguirle, localizar los lugares y personas que frecuentaba, efectuando el mayor número de fotografías posibles.

-Toc, toc. ¡Álvaro, somos nosotros! ¡Abre!

-¡Un momento! - Les contestó Álvaro mientras se dirigía a abrirlas la puerta, al mismo tiempo que instintivamente cogía de encima de la cama su pistola Star.

-¡Qué! ¿Cómo se ha dado la cosa? - Preguntó Alvaro a sus dos compañeros, que cerraban la puerta no sin antes comprobar si alguien les había seguido por el pasillo del motel.

-Creo que bien, contestó Joaquín, que era el mayor y a la sazón jefe del comando policial -. Hemos seguido y fotografiado a ese bastardo vasco durante todo el día. Tenemos tantas fotos de él, que podríamos empapelar esta habitación francesa de mierda.

-¡Toma!, le dijo Joaquín a su compañero Antonio, mientras extraía el último carrete utilizado de la cámara fotográfica. Revela todo esto cuanto antes que nos marchamos para España; estoy hasta los cojones de tanto vasco y tanto gabacho.

Rápidamente, Antonio se dirigió al baño de la habitación, en el que tenía preparado todo el equipo fotográfico necesario para revelar las fotografías que habían estado realizando durante todo el día. Al poco tiempo salió del baño y entregó a Joaquín un buen montón de fotografías, a las que los tres guardias civiles comenzaron a echar una ojeada mientras se relajaban encima de la cama.

-¡Mira! - Dijo repentinamente Álvaro.

-¿Qué pasa? - Exclamaron alarmados y casi al unísono sus otros compañeros.

-Fijaros en estas fotografías que tengo en mis manos, éstas que al parecer habéis tomado frente a una cafetería.

-¡Sí! ¿Qué pasa con ellas? - Preguntó Joaquín.

-Fijaos en ese joven que aparece retratado tras la puerta de cristal de la cafetería.

-¡Hostias! ¡El hijo puta nos ha visto, se ha dado cuenta que estábamos haciendo fotografías! - Exclamó Antonio con bastante preocupación.

-Sí, esto me da mala espina, dijo Joaquín, de forma que recojamos todo rápidamente y regresemos cuanto antes a España.

En pocos minutos recogieron todo su equipaje de la habitación, pagaron la cuenta al empleado del motel, subieron al coche y se pusieron en marcha a toda pastilla hacia la frontera. Joaquín, mientras conducía, se preguntaba una y otra vez ¿quién sería ese individuo. Sería un simple curioso que se les quedó mirando mientras fotografiaban a Patxi, o sería uno de los tantos informadores que los terroristas vascos tenían en nómina? De ser así, ya habría dado parte a los etarras, y tanto Antonio como él estarían quemados. Ya no podrían meterse nunca más en la guarida del lobo.

Tras cruzar precipitadamente la calle, Iñaki se dirigió a la primera cabina telefónica que encontró y marcó el número de la casa de Patxi.

-¿Patxi?

-¡Sí!

-¿Eres tú? Soy Iñaki.

-¡Joder Iñaki! ¡Si acabo de llegar hace nada de estar contigo, además ya sabes que no debes llamarme nada más que para casos de extrema necesidad!

-¡Cállate y no me interrumpas! Te llamo porque cuando iba a salir de la cafetería he visto como dos tíos, con más pinta de polis que de otra cosa, te estaban fotografiando mientras arrancabas tu coche. Sabían quien eras y te estaban fotografiando.

-¿Cómo? ¿Quiénes eran? ¿Españoles? - Preguntó Patxi con un tono de voz que no ocultaba su preocupación por lo que acababa de escuchar.

-No lo sé, sólo vi que te fotografiaban desde un coche con matrícula francesa. Pero apostaría la cabeza, y ten por seguro que no la perdería, a que los dos eran dos perros de la policía.

-¡Mierda! ¿Y a tí, te han visto? - Preguntó Patxi.

-No, los advertí a tiempo y esperé a que se marcharan desde dentro de la cafetería. Es imposible que me hayan visto; además, estaban pendientes de ti.

-Bueno, no te preocupes Iñaki. Informaré arriba del incidente y tomaré las medidas necesarias para evitarme problemas. En cuanto a tí, ya sabes, a partir de ahora esa cafetería ha dejado de existir, jamás volveremos a encontrarnos en ella. Espera instrucciones en las señas que te dí y tranquilízate, que no pasa nada. Lo importante es que a tí no te hayan visto, que no te hayan identificado ¿Vale, tío?

-¡Vale, Patxi! Iré a las señas que me dijiste y comenzaré a darle vueltas a la cabeza sobre lo que hemos hablado esta tarde. Para cuando me llames, seguro que tendré alguna idea de como hacerlo. ¿Ok?

-Ok, Patxi.

El Citroën ZX llegó a la aduana. El gendarme francés de servicio no prestó la menor atención a los tres jóvenes ocupantes del vehículo matrícula francesa y les dio paso. Al llegar al puesto de la Guardia Civil, el agente les saluda y les pidió el pasaporte.

-Pasaportes, por favor. - Les dijo el agente mientras les saludaba militarmente con su mano derecha.

-Somos compañeros. - Dijo Joaquín mientras mostraba al sorprendido guardia civil la acreditación como agente de la misma.

Los tres jóvenes mostraron a su compañero sus respectivas acreditaciones, procurando en todo momento no levantar las sospechas de los otros conductores y guardias civiles próximos. El agente de servicio echó una ojeada a los carnés, les miró con cara de asombro durante unos segundos, para seguidamente darles paso.

Conforme el coche se alejaba del puesto de la Guardia Civil, el agente de servicio que los había parado les seguía con la vista y se preguntaba lo que habrían hecho sus tres compañeros en el país vasco francés. Aunque no podía saberlo, algo desde dentro le hacía intuir que formaban uno de los numerosos comandos antiterroristas de los que tanto hablaban en los periódicos.

Cuando a los pocos kilómetros llegaron al lugar previamente acordado, los guardias civiles detuvieron el vehículo y lo aparcaron junto a otro que los estaba aguardando en el lugar. En su interior les esperaba su jefe, el teniente José María, aunque en el cuartel todos lo conocían por Chema. Subieron al coche, éste con matrícula española, y abandonaron el Citroën en el lugar. Sabían que mañana un colaborador francés cruzaría la frontera en otro vehículo, recogería éste y lo volvería a entregar a la agencia donde había sido alquilado. Pura rutina.

Al llegar al Cuartel de Intxaurrondo, los agentes informaron a sus jefes y les entregaron las fotografías que habían realizado. También informaron de aquel hombre que fotografiaron casualmente mientras lo hacían con Patxi y que al parecer les había estado observando en todo momento desde el interior de la cafetería. Mientras informaban, el teniente Chema y el teniente coronel Jefe del cuartel observaban detenidamente esas fotografías.

-¡Chema! - Dijo el teniente coronel.

-Sí, mi teniente coronel.

-Que hagan una ampliación de estas fotos y que envíen copias a Madrid. Que manden también una copia a la policía y a La Casa, en referencia al CESID. ¡Para que después no nos digan que no colaboramos!

-A sus órdenes, mi teniente coronel. - Respondió Chema mientras entregaba las fotografías al Sargento encargado del gabinete de telecomunicaciones, que también se encontraba en el despacho.

-No sabemos quien será este individuo - dijo el teniente coronel mientras dirigía su mirada a los tres jóvenes guardias civiles, que escuchaban en posición de firmes - y ni la menor idea de si os podrían haber identificado esos hijos de mala madre. De todas formas, y para evitar problemas, hasta nuevas órdenes no volveréis más a Francia.

Los tres guardias civiles saludaron y salieron del despacho del teniente coronel, aunque en lo más profundo de su corazón

se sentían frustrados, por que tal vez alguno de ellos podía haber sido identificado por los etarras. Ahora ya no pisarían nunca más territorio francés. Aunque en Intxaurreondo también se corría peligro, no se podía comparar con lo que podían hacerles si ETA conseguía atraparles en territorio francés. No olvidaban que cinco compañeros habían sido asesinados en suelo francés, tras una larga agonía entre tortura y tortura.

Mientras tanto, el teniente coronel seguía mirando una y otra vez a ese individuo que intentaba ocultarse tras la puerta de la cafetería. ¿Sería algún etarra? Sus largos años de experiencia antiterrorista en el País Vasco, le hacía pensar que ese joven corpulento que miraba tan fijamente a sus chicos, como el teniente coronel llamaba cariñosamente a sus guardias civiles, tenía todo el aspecto de un asesino etarra.

El "Gran" Jefe, como llamaban los guardias civiles de Intxaurreondo a su teniente coronel, había llegado a adquirir tal sentido de la detección de etarras desde que llevaba en el País Vasco que con una simple fotografía o una conversación, podía adivinar si ese individuo colaboraba o formaba parte de ETA. Sus subalternos sabían que en muy contadas veces, el Gran Jefe se había equivocado.

Mientras pensaba en todo lo que le habían informado sus chicos, el Gran Jefe se recostó en su sillón y comenzó a prepararse una pipa. Mañana, otro comando se desplazaría a Francia y otras fotografías le serían entregadas. Así un año, otro y otro. ¿Hasta cuándo?



Capítulo VII

La llegada de Aitor

En una parada de autobús, próxima a la carretera de Ronda, comenzaron a apearse un buen número de jóvenes universitarios que habían finalizado, por hoy, sus clases. Entre ellos también se bajó Alberto, que antes de tomar el camino para su casa, se despidió de su amigo Pablo.

-¡Hasta luego, Pablo! - Dijo Alberto.

-¡Hasta mañana, Alberto! ¡Ah, que no se te olvide traerte los apuntes de penal!

-¡No te preocupes, te los llevaré mañana. Pero a ver si vas a alguna clase! - Contestó Alberto, mientras emprendía una rápida carrera.

Alberto vivía a escasos metros de la parada de autobús que le llevaba y traía diariamente a la Universidad. Pero a los dos y media de la tarde, esos pocos metros desde la parada a su casa se le hacían eternos. ¡Y es que para Alberto la hora de la comida era sagrada! Nadie en su familia se podía explicar como Alberto podía comer tanto y mantenerse en un perfecto estado físico. Su madre siempre le decía que debía tener algún bicho en el estómago que comiera por él.

A los pocos minutos, Alberto introducía sus llaves en el portal del edificio donde vivía. Sabía que si a esa hora usaba el portero automático, lo más seguro es que le mandara a "tomar viento", porque si algo no soportaba su madre, era que la interrumpiesen mientras estaba enfangada en las cosas de la casa.

Una vez dentro, Alberto miró el buzón de correos.

-¡Joder! Siempre la misma mierda, propaganda y más propaganda. - Refunfuñó.

Rápidamente se dirigió al ascensor, y mientras esperaba que descendiera, Laura, la vecinita del quinto, abría la puerta de la calle e igualmente se dirigía a tomar el ascensor.

-¡Hola, Alberto! ¿Cómo estás? - Dijo Laura con una sonrisa pícaro, como sólo ella sabía hacer para llamar la atención de los jóvenes.

-¡Hola, Laura! Cada día estás más guapa.- Le contestaba Alberto en tono provocador, mientras la miraba de arriba abajo.

-¡A ver si algún día me llamas y salimos de marcha! - Dijo Laura.

-Ya sabes que a mí no me va el rollo de ir de copas. Pero si quieres, podrías pasarte una noche durante este fin de semana por mi casa, mi madre no estará y podríamos conocernos algo mejor.

-¡Ya, ya! Tú lo que quieres es meterme mano. ¡Todos los tíos sois iguales, siempre pensando en sexo y nada más que en sexo!

-¡Como que a tí no te gusta! ¿Es que te crees que no te veo como me miras?

En ese momento el ascensor llegó al cuarto piso, donde vivía Alberto. Tras despedirse de Laura, abrió la puerta de su casa.

-¡Mamá, ya estoy en casa! - Dijo Alberto, mientras dejaba los libros en un sillón próximo a la entrada de la vivienda.

-¡Alberto, ve un poco la televisión mientras termino! - Le contestó su madre.

-¡Vale, vieja!

Mientras Alberto se dirigía a su cuarto a cambiarse de ropa, sonó el teléfono.

-¿Dígame? - Dijo Alberto tras descolgar el aparato.

-¿Eres tú Alberto?

-Sí ¿Quién llama?

-Soy Juan, el de la asociación de vecinos.

-¡Ah, díme!

-Mira, mañana por la noche tienes que ir a recoger a ese hombre que hablamos en la reunión. Definitivamente vendrá en tren; como

viene desde Madrid, llegará en el Talgo de las 22.20 de la noche. Pásate a recogerle y le llevas al local, allí os estará esperando Luís.

-¿Pero dónde dormirá? - Preguntó Alberto.

-En el mismo local. No quiere ir a ninguna pensión, así no le pedirán la documentación. ¿Vale, tío? Por cierto, le reconocerás porque llevará puesto un anorak rojo, es moreno con barba y en la mano izquierda llevará un ejemplar del día del diario *La Vanguardia*.

-De acuerdo, Juan, allí estaré.

-¡Alberto, ya tienes la comida! - Gritaba su madre desde el pasillo.

-¡Un momento mamá, voy a hacer una llamada!

-¡No tardes mucho, que la comida se enfría!

Alberto abrió uno de los cajones de su pequeña mesa de trabajo y buscó en la agenda el teléfono de la base operativa del CESID en Almería. Posiblemente a estas horas no habría nadie, pero Alberto sabía que Torregosa se quedaba hasta muy tarde, por lo que probaría llamando allí.

-¿Sí, dígame? - Se oyó decir a una voz masculina y seca nada más descolgar el teléfono.

-Quisiera hablar con el señor Sancho. - Dijo Alberto, utilizando la palabra "señor" delante del nombre en clave, tal y como es preceptivo en el CESID.

-¿Quién le llama?

-Fénix.

-Un momento señor Fénix, le paso.

-Dime, Alberto.

-Me ha llamado Juan, el de la asociación de vecinos "Reivindicación", para que mañana por la noche, a las 22.20 horas, recoja al vasco que te comenté. Viene de Madrid en el Talgo.

-¿Pero cómo le reconocerás? - Preguntó Torregosa.

-Juan me ha dicho que es moreno, con barba y llevará un ejemplar de *La Vanguardia* e irá vestido con un anorak rojo.

-¿Sabes a qué hotel va?

-No va a ningún hotel, dormirá en el local de la calle Real. Dice Juan que nos esperará Luís. Pienso que será para darle un saco de dormir y explicarle algo donde puede pasar la noche.

-¿Dónde vas a estar hasta las cuatro de esta tarde?

-En mi casa. ¿Por qué? - Preguntó Alberto, que ya se estaba imaginando que su amigo le estaba preparando una de las suyas.

-Alberto, voy a hacer unas gestiones, dentro de un momento te llamo, no te preocupes por nada. Adiós.

Nada más colgar el teléfono, Torregosa llamó por la línea interior a un joven guardia civil, que prestaba sus servicios como auxiliar en el CESID.

-Fernando, llama inmediatamente a la central en Madrid y que te pasen con interior (área encargada de recoger toda la información dentro de nuestras fronteras, tanto de terroristas de ETA como de involucionistas de extrema derecha), concretamente con "Tino" de contraterrorismo.

A los pocos minutos, el auxiliar le pasaba la llamada a Torregosa.

-¿Tino?

-¿Qué hay, Sancho?

-Pues nada, como siempre, muy liado. ¿Qué pasa para que me llames a estas horas? Estaba a punto de marcharme a comer.

-Mira, mañana nos llega un vasco a Almería para organizar una acción en favor de los presos de ETA encerrados en la cárcel de aquí. Como es normal, le prepararemos el operativo habitual de recepción (haciendo referencia a que su llegada a la estación de ferrocarril sería grabada en vídeo por agentes del CESID). Pero necesito más, tengo un asunto importantísimo en las manos y quisiera colocar un "canario" (micrófono) en un local. Se que parece todo muy precipitado, pero te aseguro que es algo muy gordo.

-Mira, Sancho, tal y como están ahora las cosas es muy difícil que en menos de 24 horas desplacemos un equipo a Almería para colocar un canario. Sabes todo el papeleo que hay que hacer, el desplazamiento, los gastos que ello acarrea y sobre todo, falta el informe de seguridad preceptivo.

-Sí, sí, pero es que el tema es muy gordo. - Interrumpió Torregosa.

-¿Tan gordo es?

-Se trata de prioridad uno, prioridad uno.

-¿El Presidente del Gobierno?

-No.

-¿El Rey? - Preguntó alarmado Tino mientras desde el otro lado de la línea un rotundo silencio de Torregosa evidenciaba su asentimiento.

-Mándame todos los papeles de costumbre y yo haré que mañana tengas allí a los GAO (Grupo de Apoyo Operativo) con todo el material necesario.

-Vale, Tino. Antes de las cinco tendrás toda la documentación en tu poder.

-Hasta luego, Sancho. ¡A ver si nos vemos pronto!

-Adiós, adiós.

-¿Alberto?

-Dime, Sancho.

-¿A qué hora comienzan a llegar toda esa gente al local de la calle Real?

-Normalmente comienzan a venir sobre las siete de la tarde.
¿Por qué?

-Mira, mañana procura estar sobre las tres cerca del local. Yo estaré en la cafetería de enfrente. Tu misión será reconocer a alguno de ellos, por si intenta subir al piso, y avisarme con tiempo. Si estoy dentro de la cafetería, tienes que retener como sea a esa persona, si me ves fuera, no hay problema alguno.

-¿Pero qué pasa? ¿A qué viene todo eso?

-Vamos a colarle un canario a esos tipos, por ello tenemos que proteger a los compañeros que vienen a hacer el trabajo. Así que ya sabes, si estoy dentro, reten por lo que más quieras a las personas que quieran entrar. Sólo tú conoces a toda la gente.

-Vale Sancho, no te preocupes. A las tres estaré allí.

-Ok.- Dijo Torregosa, como habitualmente hacía cuando terminaba una conversación interesante.

A las tres, puntualmente, llegó Alberto al edificio de la calle Real donde se reunían regularmente los diferentes grupos radicales de Almería. Tras echar una mirada casi imperceptible a los alrededores, Alberto reconoció a Torregosa, el cual, una vez que había tenido la seguridad de que Alberto le había visto, se introdujo en el interior de la cafetería, sentándose junto a una mesa próxima a la cristalera que le permitía tener una amplia visión del edificio de una forma discreta ; como era habitual en Torregosa.

A los pocos minutos, uno a uno, fueron entrando en el edificio tres hombres y una mujer. El primero, con una gran bolsa cargada de propaganda, se quedaba junto a los buzones del portal y como si tal cosa empezó a introducir diversos folletos. El segundo, con ropa de trabajo de la compañía Telefónica, se dirigió a las escaleras. El tercero, una mujer joven, con apariencia de estudiante, subió tras el operario de teléfonos. Por último, otro hombre, éste bien trajeado y con portafolios, se dirigió a Alberto, que se encontraba junto a la puerta de entrada al edificio, y le preguntó si la oficina de "Asesores Martínez & López" se encontraba en ese edificio. Alberto no supo darle razón alguna y este hombre se dirigió con toda naturalidad a coger el ascensor.

Habían pasado ya más de 45 minutos desde que Alberto llegó a la calle Real, y mientras esperaba una señal de Torregosa para marcharse, pensaba que en todo ese tiempo solamente esas cuatro personas habían entrado en el edificio. Estaba seguro que todos ellos formaban parte de los GAO, pero lo fascinante era que cada uno de ellos parecía una persona normal, un trabajador, una estudiante, un joven empresario. ¿Quién podría imaginar que estos señores eran espías de élite, miembros de la unidad más selecta del CESID?

Unos minutos más tarde, Alberto vio como abandonaba el edificio la aparente joven estudiante, poco después lo hacía el empresario; posteriormente el empleado de teléfonos y por último lo hizo el repartidor de propaganda. Por la corpulencia de éste y que durante cerca de una hora se dedicó a introducir propaganda en los buzones próximos y del edificio en cuestión, Alberto pensó que probablemente sería un

guardia civil adscrito al CESID, que se encargaría de intervenir como último recurso para salvar el operativo.

Nada más abandonar el lugar el repartidor de propaganda, Torregosa salió de la cafetería y, dirigiendo la mirada a Alberto, hizo un gesto con la cara que rápidamente Alberto interpretó como que todo había terminado.

¡El canario había sido colocado!

Sobre las 22.00 horas, Alberto llegó a la estación de ferrocarril. A los pocos minutos, la máquina del tren Talgo hacia entrada en el andén primero. Rápidamente, los familiares y conocidos que esperaban a los viajeros se arremolinaron junto a los vagones. Alberto se situó cerca de la puerta de salida, para evitar que el vasco se le escapase. Al poco tiempo vio a un joven de unos 35 años, moreno, con barba, con unas gafas de sol estilo Jhon Lenon, un anorak rojo y lo más importante, un ejemplar de *La Vanguardia* en la mano izquierda. Sin duda era ése y Alberto se dirigió tranquilamente hacia él.

Nada más acercarse Alberto, el vasco le preguntó.

-¿Alberto?

-¡Si! - Contestó sorprendido Alberto, al ver como este hombre se dirigía a él por su nombre.

-Vamos rápidos para el local, estoy cansado y quisiera dormir un poco.

Mientras los dos, Alberto y el vasco, se marchaban hacia el parking para coger el coche, un falso sacerdote provisto de un portafolios les seguía con la vista. Nadie podría imaginar que la cartera de ese inocente sacerdote no portaba un ejemplar de la Biblia, sino un sofisticado sistema de vídeo camuflado que inmortalizó el encuentro de Alberto y el vasco. En el aparcamiento, muy cerca de donde Alberto dejó su coche, desde un vehículo camuflado del CESID, se realizaban las rutinarias fotografías.

Durante todo el recorrido, escasamente diez minutos desde la estación de ferrocarril hasta la calle Real, el coche de Alberto

fue seguido alternativamente por dos coches camuflados del CESID que no fueron advertidos por éste ni por su compañero vasco. La operación era importante y en esta ocasión no se habían escatimado en medios.

A los pocos minutos, Alberto estacionaba su coche encima de la acera de la calle y acompañaba al vasco hacia el local. Durante todo el recorrido, la única conversación que su compañero de viaje sacó a relucir fue el calor que hacía y que se llamaba Aitor. Tras coger el ascensor, llegaron a la puerta del local, donde ya les esperaba Luís.

Luís saludó efusivamente a Aitor y le enseñó el cuarto donde podría dormir, el lavabo y demás. Mientras Luís enseñaba a Aitor todo el piso, Alberto miraba por todos los lugares e interiormente se preguntaba dónde leches habrían colocado el canario. Todo estaba como antes, no había ni la más mínima mancha en la pared, resto de escayola en el suelo, ni nada que pudiera denotar que allí había habido tres personas trabajando durante casi una hora, colocando un micrófono oculto. ¡Una obra de arte! Pensaba para sí Alberto.

-Bueno Aitor, si necesitas algo, me llamas a este teléfono. - Dijo Luís al vasco.

-De acuerdo. - Contestó fría y secamente Aitor.

-Adiós, Aitor. - Dijo Alberto.

-Adiós, adiós. - Contestó el vasco.

-¡Alberto! ¿Me acercas a casa? - Preguntó Luís.

-Vale, me pillas cerca.

Tras dejar a Luís en su casa y encerrar su coche en la cochera, Alberto llamó a Torregosa a su casa. Como éste no se encontraba en ese momento, le dejó un recado en el contestador automático.

-El pájaro está en la jaula desde las 22.45 horas. Fénix.



Capítulo VIII

La identificación

En la sede central del CESID en Madrid, ubicada en la carretera de La Coruña, todo parece inalterable. Para un profano en el mundo de los servicios secretos, el ver pasar a tantos jóvenes, bien vestidos, de un lado para otro, le parecería una de las tantas oficinas que las multinacionales extranjeras tienen en la capital de España.

Pero si observáramos más detenidamente a esas personas, su forma de actuar y demás, nos daríamos cuenta de su comportamiento extraño. Y es que los agentes del CESID se mueven por *La Casa* casi sin ser vistos ni oídos. Se cruzan por los pasillos y no se saludan ni charlan entre ellos. Entran en los pequeños despachos cerrando siempre la puerta, no se oye una voz más alta que la otra, no pueden acceder nada más que a los niveles que están autorizados y que oportunamente se diferencian por colores. Mientras, los encargados de seguridad, velan celosamente porque estas normas de funcionamiento interno se cumplan.

Precisamente, ocupando uno de esos minúsculos despachos, situado en la planta donde se ubica el área de interior y más concretamente contraterrorismo, se encuentra en estos momentos un agente del CESID, analista especializado en terrorismo de ETA, llamado Antonio. Este joven extremadamente delgado, rubio y con gafas, con apenas 29 años y un aire de niño bien, fue reclutado por uno de sus propios profesores cuando terminaba su último año en la Universidad. Sin que tuviera la más remota

idea, su profesor de filosofía le estuvo estudiando durante cuatro largos años y, tras el visto bueno de *La Casa*, decidió realizarle una oferta. Antonio, en un primer momento, pensó que trabajaría en un departamento cualquiera del Ministerio de Defensa, algo nada desdeñable para un joven abogado que, como otros tantos al salir de la Universidad, no tiene un futuro laboral muy seguro. Pero tras la sorpresa inicial que le supuso saber que formaría parte del CESID, pensó que tampoco estaría nada mal.

Las cualidades personales de Antonio, que atentamente estudió su profesor y que finalmente supusieron su ingreso en el CESID, fueron, sin duda, su especial capacidad de captación, análisis y muy especialmente su carácter serio, honrado y reservado. En definitiva era un extraño joven, para los tiempos que corren, en el que no sólo se podía confiar con toda seguridad un secreto, sino que además, era capaz de captar rápidamente una situación y analizarla exhaustivamente.

Tras pasar una dura entrevista y realizar el preceptivo curso de agente en *La Granja* (un chalet camuflado a las afueras de Madrid, que a la sazón servía al CESID de academia para los nuevos agentes), Antonio se incorporó al área de interior y pronto se especializó en el terrorismo de ETA. Por sus manos pasaban infinidad de informes de los agentes infiltrados en la banda terrorista, recortes de prensa, fotografías, documentos, dossiers de otros servicios españoles o extranjeros y demás. Tras su atenta lectura, Antonio elaboraba unos resúmenes que pasaba a sus superiores. Pero lo que más valoraban sus jefes no eran sus espléndidos resúmenes sobre el terrorismo de ETA, sino su talento especial para adelantarse a los acontecimientos. Una habilidad que no en pocas ocasiones fue una de las piezas fundamentales para desarticular algún comando etarra, prever alguna próxima acción, o incluso algún cambio de estrategia en la cúpula terrorista.

Esa mañana, Antonio se encontraba leyendo en su mesa un ejemplar del diario *Eguin*, donde había aparecido un comunicado de la banda terrorista exigiendo al gobierno la reagrupación

de los presos etarras en cárceles dentro del País Vasco. El despacho de Antonio, como casi todos los del CESID, era muy austero ; su mobiliario se componía tan sólo de una pequeña mesa de oficina con una cajonera a su derecha, un pequeño armario archivador, su sillón, una papelerera para documentos sin importancia y otra donde debería depositar toda documentación, anotaciones, cintas para máquina de escribir o demás que, según las normas de seguridad, debería ser incinerada. Como único elemento decorativo en todo el despacho, un retrato del Rey.

Sobre su mesa, ni un solo papel, elemento de oficina o artículo decorativo. ¿Para qué? Antonio sabía perfectamente que las normas de seguridad le obligaban a que diariamente, cuando abandonaba su trabajo, debía guardar todo bajo llave y clasificar los papeles y documentos para destruir. Una omisión de ese tipo, al igual que llevarse trabajo a casa, supondría una falta grave que le acarrearía una grave sanción y muchos problemas.

Mientras leía detenidamente el ejemplar del diario pro etarra, la puerta de su despacho se abrió y un compañero, que habitualmente le traía los documentos que debía leer y analizar, le dejó sobre la mesa un sobre grande.

-Antonio, el jefe quiere que estudies este informe y prestes atención a las fotografías que van en el interior. Espera tu respuesta antes de la una. - Dijo el agente del CESID, mientras depositaba el sobre encima de la mesa de Antonio.

-De acuerdo. - Contestó Antonio sin mirar a su compañero.

Tras guardar celosamente el diario *Eguin* y las anotaciones tomadas en una libreta en su cajón, procedió a abrir detenidamente el voluminoso sobre. El mismo contenía un informe elaborado por miembros de la Guardia Civil destinados en Intxaurreondo, diversas fotografías y una nota interna de su jefe, solicitándole un informe y, sobre todo, especial atención a las personas que aparecían en las fotografías.

Antonio ojeó rápidamente las fotografías. En todas ellas se veía a un hombre salir de una cafetería, meterse en un coche

próximo y marcharse en él. Debido a su gran conocimiento sobre la banda terrorista y a su inmejorable capacidad para retener datos, nombres y caras, Antonio no tuvo que esforzarse mucho para identificar a ese individuo. Se trataba de Patxi, uno de los miembros de la vieja guardia de la banda terrorista, que había dejado la pistola y el tiro en la nuca para dedicarse a preparar los atentados. Precisamente todas las informaciones coincidían en afirmar que Patxi era el responsable de los más grandes y violentos atentados que ETA había cometido recientemente en España. Un hombre, sin duda, peligroso.

Antonio también observó que, tras la gran cristalera de la cafetería, aparecía otro hombre de complexión fuerte, que miraba en la dirección de quienes estaban realizando el reportaje fotográfico. ¿Quién sería ese hombre? ¿Tendría algo que ver con el asunto, o tan sólo era alguien que estaba en el lugar y hora equivocados? Se preguntaba Antonio, mientras tomaba en sus manos el informe remitido por la Guardia Civil.

En dicho informe, la Guardia Civil indicaba con pelos y señales el lugar del encuentro, el tiempo transcurrido, el vehículo utilizado por la persona que abandonó primero la cafetería y la identidad de este individuo, Patxi. Pero al mismo tiempo, reconocía no tener dato alguno sobre la identidad del otro sujeto, por lo que remitía la información a otros servicios y cuerpos de seguridad del Estado, al objeto de solicitar su colaboración. Antonio sabía bien que, si la Guardia Civil mandaba al CESID esa información, era porque, con toda seguridad, no tenían dato alguno para poder identificar al individuo que estaba dentro de la cafetería. De otro modo, y como por desgracia era habitual entre los diversos servicios implicados en la lucha antiterrorista, se habrían callado y apuntado un tanto con su identificación o detención posterior.

Antonio cogió las fotografías, las metió en un pequeño portafolios y se dirigió hacia la sala de ordenadores. Allí se identificó, pidió autorización al jefe de sala para utilizar uno de los terminales, para lo que estaba convenientemente autorizado, y comenzó a trabajar en las diferentes bases de datos que sobre

terroristas de ETA o dentro de organizaciones satélite (KAS, HB, Jarrai, Comités de Solidaridad o el propio Eguin) tiene *La Casa*.

A pesar de la experiencia de Antonio y la maravilla de la técnica informática, tras ampliar la cara del individuo apostado en el interior de la cafetería y contrastarla con las miles archivadas en el ordenador central, una tras una, el resultado final era negativo. Hubo un momento en que Antonio, a pesar de ser una persona muy perseverante, pensó en abandonar la búsqueda de ese individuo, porque podría ser uno de esos tantos miembros de ETA no fichados policialmente y que por lo tanto sería imposible encontrar en las bases de datos del CESID.

El tiempo iba transcurriendo, mientras Antonio seguía buscando y buscando la identidad de ese presunto terrorista, con rostro, pero sin nombre. Una y otra vez, Antonio incluía diversos parámetros de búsqueda en el ordenador, con barba, sin barba, con gafas, detenido, colaborador, etc. Pero el resultado de la búsqueda siempre era negativo o se trataba de otra persona.

Quedaban pocos minutos para que Antonio tuviera que mantener el encuentro con su jefe, y cada vez se iba autoconvenciendo que ese rostro no estaba fichado, y por tanto, era imposible identificar. Tan sólo le quedaba por revisar una base de datos, la de todos los concejales que había tenido y tiene HB en los ayuntamientos vascos ; cuando de pronto, le apareció en la pantalla del monitor la ficha de un individuo, ex concejal de HB en Rentería, cuyo nombre era Antonio Aranguren Martínez. El parecido físico con el de la fotografía remitida por la Guardia Civil era extraordinario, por lo que Antonio pulsó la tecla que le daba acceso a otras fotografías disponibles sobre esta persona. Pronto Antonio descubrió, tras ver un amplio número de fotografías que guardaba el ordenador del CESID sobre este individuo, que se trataba de la misma persona.

Mandó imprimir los datos disponibles sobre Antonio Aranguren y un par de fotografías. Tras pedir autorización al jefe de sala para llevarse por escrito esa información, firmando en un libro de registro, abandonó la sala de informática e inmediata-

mente se dirigió a su despacho, donde elaboró un rápido informe para su jefe. Cinco minutos más tarde de la una, Antonio entraba en el despacho del Jefe del Departamento Contraterrorista del CESID.

El despacho de su jefe, Luís Álvarez "Lual", era muy distinto al de Antonio, lo que rápidamente servía para darse cuenta de que uno se encontraba ante una persona con responsabilidad, dentro del organigrama del servicio de inteligencia español. No sólo era su mayor tamaño; la decoración y el mobiliario cambiaban substancialmente, y así, se podía ver a la derecha un pequeño sofá y una mesita, una pequeña estantería con diversos libros, una bandera nacional y dos sillones frente a una amplia mesa de despacho. Precisamente en uno de estos sillones se sentó Antonio, nada más entrar en el despacho de su jefe.

-Dime Antonio ¿Has visto la documentación que te he remitido? - Preguntó Luís.

-Sí. - Contestó Antonio

-¿Algún resultado?

-Sí, señor Álvarez. - Respondió Antonio mientras hacía entrega a su jefe del informe que había terminado hacía escasos minutos.

Mientras Luís Álvarez comenzaba a darle una ojeada al informe que le había entregado Antonio, éste iba informando verbalmente a su jefe de sus averiguaciones.

-Se trata de Antonio Aranguren Martínez, más conocido por "Iñaki", 35 años, maestro de escuela y huérfano de padre desde los siete años. Le detuvieron en varias ocasiones, una de ellas en 1980 por arrojar un cóctel molotov a una furgoneta de la Policía. También fue concejal de HB en Rentería entre los años 88 al 91, pero no llegó a terminar el mandato. - Seguía relatando Antonio.

-¿Y por qué? - Preguntó Álvarez.

-En realidad no lo sabemos a ciencia cierta. Pero curiosamente tres meses después de su repentina marcha, el Ayuntamiento de esta ciudad sufrió un salvaje atentado con coche bomba. Uno de los testigos, dijo haber visto, minutos antes de la explosión, a una persona manipulando un coche, cuyos rasgos coincidían con

los de Antonio Aranguren. Pienso, aunque no tenemos constancia de ello, que Iñaki se pasó a la clandestinidad, abandonó su cargo público y su familia para irse a Francia e incorporarse a ETA. Desde entonces, nadie sabe nada sobre él. Aunque, según consta en nuestra base de datos, hace pocos días un agente de la Policía Nacional emitió un informe sobre una persona que le infundió sospechas, cuyas características físicas coinciden con la de Iñaki, y que pareció tomar en la estación de Atocha un Talgo.

-¿Adónde iba ese Talgo?

-Según el policía, a Almería

-Excelente, Antonio. Yo también coincidí contigo y las fotografías son irrefutables; se trata de la misma persona. Me encargaré de que la Guardia Civil reciba la identificación de este individuo por fax, y también informaremos a nuestra base de Almería por si pudieran detectar a este individuo por la zona.

-¿Alguna cosa más señor Álvarez?

-Nada, Antonio, puedes retirarte. ¡Ah! ¡Buen trabajo!

-Nada más abandonar Antonio el despacho, Luís Álvarez llamó a su ayudante y le ordenó remitiera una copia del informe, que con anterioridad le había entregado Antonio, al teniente coronel Jefe de la Guardia Civil de Intxaurrondo, y un fax con la fotografía y datos de Iñaki a la base operativa del CESID en Almería, con la petición de que estuvieran alerta, por la posible presencia de este peligroso individuo en esa ciudad.

A los pocos minutos, el número de fax del CESID en Almería sonaba y se ponía en marcha. Lentamente, una hoja con un rostro y unos datos sobre el individuo iban surgiendo de las entrañas del aparato. El auxiliar que se encontraba de servicio en ese momento, recogió el documento y lo depositó encima de la mesa de despacho de Torregosa, junto al resto de las notas que el subcomisario había recibido durante todo el día.



Capítulo IX

Manos a la obra

A las cuatro de la tarde llegaba Torregosa a la base operativa del CESID de Almería, un piso camuflado con la apariencia de una vulgar oficina. Aunque no tenía por qué cumplir un horario laboral estricto, especialmente debido a su nivel dentro del servicio de inteligencia, Torregosa era un amante de su trabajo y por carecer de cualquier tipo de compromiso familiar y dedicaba todo su tiempo al mismo.

Cuando llegó al piso camuflado del CESID, no se encontraba nadie en él; se dirigió a su despacho y comenzó a leer los diversos documentos y notas que sus compañeros le habían ido dejando a lo largo de toda la mañana sobre su mesa. Pero, como no podía ser de otra forma, Torregosa prestó mucha atención al fax que se había recibido de contraterrorismo. Leyó atentamente los datos del sujeto, y se quedó mirando fijamente la fotografía. Al mismo tiempo que intentaba imaginarse las barbaridades que habría cometido el tal Iñaki, pensaba en la suerte que tendría si pudiera echarle el guante a ese individuo.

Pero de pronto, el corazón pareció darle un vuelco.

-¡Hostias! - Exclamó en voz alta.

-¡Vieron a este individuo subirse al Talgo con destino a Almería! - Pensaba para sí mismo mientras buscaba en su cajón el último informe recibido de Alberto, donde le indicaba todo lo sucedido durante el traslado de Aitor al local de la calle Real.

-¡Coño! ¡Si resulta que le vieron el mismo día que Aitor llegó a Almería!

Para Torregosa estaba claro que sólo existían dos posibilidades, o bien Aitor e Iñaki viajaron en el mismo tren, o son la misma persona. Salvo que el policía que vio a Iñaki tomando el tren para Almería se hubiera equivocado.

Rápidamente, se levantó de su asiento y se dirigió a uno de los despachos contiguos al suyo, donde estaban las fotografías y el vídeo que sus compañeros realizaron la noche de la llegada de Aitor. Con impaciencia fue buscando las fotografías, hasta que encontró las que le interesaban. Las miró detenidamente y eligió una donde Aitor aparecía en un perfecto y nítido primer plano.

Seguidamente, Torregosa volvió a su despacho y comparó la fotografía realizada a Aitor y la enviada por *La Casa* de Iñaki, y la verdad es que tenían cierto parecido. Aunque Aitor llevaba barba y sus ojos se escondían tras unas gafas de sol, la forma de la cara, el corte de pelo y, sobre todo, los labios, eran idénticos. El problema era, como siempre, que nunca las fotografías muestran los detalles de un rostro con total claridad y siempre puede existir una duda razonable.

Inmediatamente Torregosa llamó por teléfono a Alberto.

-¿Alberto?

-¡Dime Sancho!

-¿Cuándo vas a ir a local de la calle Real?

-No tenía previsto, en principio, ir hoy. Pero si necesitas algo dímelo.

-Mira, necesito saber con certeza cuál es la identidad de Aitor. Las fotografías que os hicimos la otra noche no valen de mucho, me hace falta cotejar sus huellas.

-¡Sus huellas! ¿Y cómo quieres que tome las huellas a ese tío? - Preguntó asombrado Alberto.

-Aunque sea de una forma rudimentaria, tú puedes hacerlo. ¿Tienes cinta adhesiva, de la que usamos corrientemente para oficina, en tu casa, y un espejo pequeño?

-¡Sí!

-Pues bien, llévate la cinta y observa dónde coloca sus dedos ese tipo, preferiblemente en alguna superficie poco porosa. Sin que nadie te vea, coloca un trozo de cinta encima de la huella y, al despegarla, te llevarás una muestra; pégala sobre un espejo, guárdala con mucho cuidado y procura no tocarla. Cuanto más sucios tenga Aitor sus dedos, más clara será la copia de la huella que obtengas. ¿Vale?

-Vale, Sancho. Cuando regrese a casa te llamaré y te diré el resultado.

-Conforme. ¡Y ten mucho cuidado, chavalote! - Dijo Torregosa antes de colgar.

Entrada la tarde, Alberto subía las escaleras que le llevaban al local de reunión de los radicales. Llamó al timbre y el mismo Aitor fue quien le abrió la puerta.

-¿Estás solo? - Preguntó.

-Sí, todavía no ha venido nadie. - Contestó Aitor.

-Pues nada, estaré un rato y si no viene nadie me iré pronto, que tengo que estudiar. Pensaba que habría alguien, por si preparábamos algo para el día 27, pero veo que la vasca no tiene mucha prisa.

-No sé, no sé. Yo estoy recién llegado y no sé nada del tema. De todas formas, pasa un momento, tengo que asearme un poco. He estado limpiando la habitación donde duermo. Si llama alguien por teléfono, lo coges y enseguida me pongo yo.

-Vale, Aitor. - Dijo Alberto al mismo tiempo que entraba al local y cerraba la puerta.

Mientras el vasco se dirigía al fondo del piso, donde estaba el cuarto de baño, Alberto se fijó que, tras la puerta, precisamente donde Aitor había estado apoyando su mano izquierda mientras hablaba con él, había un cartel del Comité Anti-OTAN enmarcado y que, como tantos otros, servía de decoración al local. Se fijó detenidamente y vio que sobre el cristal había un par de nítidas huellas que con toda seguridad eran de Aitor, pues no

sólo había apoyado su mano en esa zona del cartel, sino que las tenía todo lo sucias que se pueden tener cuando alguien limpia el polvo y la suciedad de una habitación.

Extrajo de su pequeña mochila la cinta adhesiva, cortó un trocito, y la pegó sobre la huella, sin apretar demasiado. Seguidamente, sacó el espejo y con la otra mano arrancó la cinta adhesiva del cristal, con mucho cuidado la puso encima de éste y cuando se disponía a guardar el espejo en su mochila, apareció Aitor.

-¡Alberto! ¿Qué haces ahí?

-Nada, nada. Estaba viendo este cartel ¿Sabes que es el que más me gusta de todos los que tenemos aquí? - Contestó Alberto con la naturalidad para salir de situaciones embarazosas que da la experiencia diaria a los que trabajan en el mundillo de los servicios secretos.

-¡Vale! ¿Sabes cuándo nos vamos a reunir para tratar lo del día 27?

-Pues no, me dijo Juan que...

En ese momento sonó el teléfono del local.

-Ya lo cojo. - Dijo Alberto mientras se dirigía a toda prisa hacia donde estaba ubicado el teléfono para evitar que a la cuarta llamada se pusiera en marcha el contestador automático.

-¿Dígame?

-¡Hola! ¿Almería?

-Si ¿Quién es?

-¿Está Aitor?

-Si ¿Quién le llama?

-Un amigo, dígame que se ponga.

-¡Aitor! Te llaman por teléfono.

-¿Quién es?

-No sé, no ha querido decir su nombre.

-¿Sííí...? - Preguntó Aitor nada más coger el teléfono.

Alberto, como persona despierta y avispada, abandonó discretamente la habitación donde Aitor se encontraba hablando

por teléfono, y se marchó a la suficiente distancia para que no pudiese ser visto por Aitor, pero que al mismo tiempo le permitiese escuchar la conversación. Con asombro, porque nunca lo había oído en vivo y en directo, comprobó que Aitor hablaba en eusquera con su interlocutor. Tan sólo entendió algunas palabras como Patxi, Madrid, Bayona y pare Vd. de contar.

Nada más terminar de hablar Aitor, Alberto le dijo que se marchaba, ya que no venía nadie y tenía muchas cosas que estudiar.

Muy cerca de allí, en la Plaza de San Pedro, Alberto se introdujo en una cabina telefónica y llamó a Torregosa. Le dijo que había conseguido la huella y le comentó que Aitor había recibido una llamada, que hablaba en eusquera y que tan sólo había distinguido las palabras Madrid, Patxi y Bayona.

Acordó con Torregosa que se verían dentro de cinco minutos en el mismo parking de la Plaza de San Pedro. Éste era uno de los sistemas que utilizaban Alberto y Jesús Torregosa cuando tenían que verse personalmente. Torregosa se acercaba con su vehículo a algún aparcamiento público, donde le esperaba Alberto. Cuando éste detectaba la presencia del primero, se introducía en el coche de Torregosa y allí podían hablar unos minutos personal y confidencialmente, además de poder intercambiar algún documento.

A los pocos minutos, Alberto vio como Torregosa entraba en el parking, por lo que se dirigió inmediatamente a la escaleras que le llevarían a las distintas plantas del mismo. Justo en la segunda, Torregosa encontró un sitio para aparcar su Renault-21, y al instante apareció Alberto, al que Torregosa le abrió la puerta del acompañante.

-¿Qué hay chavalote? - Le dijo Torregosa amistosamente, nada más entrar Alberto y cerrar la puerta del coche, mientras le daba un afectuoso apretón de manos.

-Toma, aquí tienes la huella.

-¿Estás seguro que Aitor nombró las ciudades de Madrid y Bayona? - Preguntó Torregosa, ya en un tono más formal.

-Sí, no he podido nada más que enterarme de eso y del nombre de Patxi.

-Vale, Fénix. Por cierto, aquí tienes el sobre con la asignación mensual (como la mayoría de los colaboradores del CESID, Alberto cobraba de los fondos reservados, por lo que mensualmente Torregosa le entregaba un sobre con una cantidad de dinero y le hacía firmar un recibí). Fírmame el recibo.

-¡Hasta luego, Sancho!

-¡Adiós Fénix, seguimos en contacto!

Inmediatamente, Torregosa abandonó con su coche el parking y unos minutos más tarde, como ya tenían establecido, lo hacía a pie Alberto.

Torregosa regresó de nuevo a la base del CESID. Durante el trayecto, no dejaba de pensar en la posibilidad de que Aitor e Iñaki fuesen la misma persona. Tras dejar su coche en el aparcamiento, que bajo la tapadera de una asesoría tenía contratado el CESID, en las inmediaciones de su base operativa, Torregosa llegó a su oficina.

-¡Hombre, Justo! Me alegro que aún estés aquí, porque tengo un trabajito urgente para ti. - Dijo Torregosa nada más entrar, al ver a uno de sus auxiliares preferidos y al que todos llamaban amistosamente "Karadzic" por su tremendo parecido físico con el líder serbio de Bosnia Radovan Karadzic.

-¿Qué tengo que hacer?

-Toma esto y saca las huellas, compáralas con las que nos han mandado de Madrid por fax del tal Iñaki y dime si son las mismas.

-¿Ahora?

-¡Ahora mismo!

Mientras Justo entraba en el laboratorio a cumplir las ordenes de Torregosa, éste se dirigió a su despacho y llamó al teléfono directo que el comandante Gutiérrez le había dado de su trabajo.

-¿Dígame?

-Gutiérrez, soy Torregosa. Tengo algo muy importante que decirte.

-Dime, te escucho.

En ese momento, entró Justo en el despacho de Torregosa y le entregó un papel.

Perdona un momento, Gutiérrez. - Dijo Torregosa mientras leía la nota.

-Sí, ¿Te acuerdas de todo lo que te comenté sobre una protesta de grupos que apoyan a los presos vascos, que lo harían el día 27 y que venía alguien del País Vasco a ayudarles?

-Sí, perfectamente.

-¿Estás sentado?

-Sentado.

-Pues agárrate que va. El tío ya está en Almería, lo hemos identificado y ¿a qué no sabes de quién se trata?

-Pues no ¡Pero suéltalo ya, que me estás poniendo nervioso con tanto misterio!

-¡Se trata de Antonio Aranguren Martínez, alias "Iñaki"! Un ex concejal de HB que se pasó hace poco tiempo a la clandestinidad y al que se le atribuye el atentado con coche bomba de Rentería.

-¿Qué me dices?

-Pues sí, lo que escuchas. Mañana mismo me pondré en contacto con Madrid. ¿Cuándo estarás en Almería?

-Pasa a recogerme por la mañana en el aeropuerto y llama al gobernador civil, para que convoque una reunión urgente para las doce.

-¡Ok!

Tras hablar con el comandante Gutiérrez, Torregosa llamó a Santiago, comisario jefe Provincial de Policía ; al teniente coronel de la Guardia Civil y al gobernador civil. Sin explicarles al detalle el asunto, sí les adelantó que tenían un problema muy grave para el día 27, y que el comandante Gutiérrez le había dicho que era necesario reunirse urgentemente al día siguiente, a las doce.

Efectuadas las llamadas, Torregosa se dirigió al aparcamiento, cogió su coche y se marchó para casa. Al llegar, tras quitarse

los zapatos y la chaqueta, se aflojó el nudo de la corbata y la correa del cinturón. Se preparó un vaso de vodka muy frío con limón, encendió la televisión y se tumbó en el sillón.

-¡Qué día más agotador! - Hablaba en voz alta.

-Todavía me parece mentira que dentro de poco tengamos aquí a los Reyes y al mismo tiempo, a un asesino de ETA. ¡Aquí, en Almería, donde nunca pasa nada! ¡La verdad es que parece de película! Pero, desgraciadamente, se trata de una realidad.

Sin darse cuenta, y tras beberse el contenido del vaso, el cansancio pudo más que él y Torregosa se quedó dormido en el sillón. Pronto se despertaría y se acostaría más cómodamente en su cama. Seguro que lo iba a necesitar; mañana, y en los días sucesivos, iba a tener poco tiempo para dormir. Máxime una persona como Torregosa, que tan a pecho se tomaba todo lo relacionado con su trabajo.



Capítulo X

Espiando

Puntual, como siempre, Jesús Torregosa hacía entrada, un minuto antes de las doce del mediodía, junto al comandante Gutiérrez, al que había recogido hacía un par de horas en el aeropuerto, en la sede del Gobierno Civil de Almería. Al atravesar la enorme puerta principal, un viejo guardia civil que se encontraba sentado a su izquierda, tras una mesita, al reconocer al subcomisario, se levantó y le saludó.

-Buenos días señor Torregosa.

-¿Qué hay? - Contestó Torregosa sin pararse y subiendo las escaleras, mientras Gutiérrez hacía esfuerzos sobrehumanos para poder seguir el ritmo de éste.

Al llegar a la primera planta, les esperaba la secretaria particular del gobernador, que les acompañó hasta la sala donde se celebraría la reunión.

-Siéntense un momento, enseguida viene el gobernador. - Les dijo la secretaria.

En esta ocasión, la sala de reuniones utilizada era más pequeña que otras veces. En el centro de la misma, se encontraba una mesa redonda con seis sillas. Frente a la puerta, una gran ventana, que daba a la calle Arapiles, y las paredes elegantemente decoradas, con grandes cuadros y un gran espejo. Como la mesa era redonda, sin precedencia alguna para nadie, Torregosa y Gutiérrez se sentaron juntos, dando la espalda a la ventana. De esta forma no sufrirían las molestias de la intensa luz natural que

es habitual en Almería, sin duda les sobraba experiencia en estas lides.

A los pocos minutos la puerta se abrió, apareciendo, en primer lugar, el gobernador civil, tras él el comisario y por último el teniente coronel de la Guardia Civil. Torregosa y Gutiérrez se pusieron en pie, mientras saludaban a sus superiores.

-Buenos días, señores. - Saludaron casi al unísono Torregosa y Gutiérrez.

-Buenos días. - Fueron contestando cada uno de ellos.

Tras tomar asiento, fue el gobernador civil quien comenzó a hablar.

-Torregosa, he de decirte que desde tu llamada de ayer estoy bastante preocupado. Sabes la importancia que tiene para esta ciudad contar con la presencia de sus Reyes; por eso, si me dices que el día 27 tenemos un problema y no me aclaras nada más, me asusto.

En un tono más seco intervino el comisario, que reprochó a Torregosa tanto secretismo, cuando se trataba de un tema de tanta importancia como éste.

-Gracias a qué te conozco, bien Torregosa, si no, pensaría que nos has mantenido en vilo hasta ahora para apuntarte el tanto tú.

Para evitar más críticas a Torregosa, tomó la palabra el comandante Gutiérrez.

-Miren Vds., Torregosa no les ha informado más detalladamente sobre el asunto por orden expresa mía. No sólo debemos evitar que temas de alta seguridad como éste se traten alegremente por teléfonos, sin medidas de seguridad alguna; además, tenía que contrastar los datos en nuestro poder para asegurar, como vamos a hacer en este momento, la información que hemos obtenido.

A pesar de que todos, gobernador civil, comisario y teniente coronel de la Guardia Civil, eran jerárquicamente superiores del comandante Gutiérrez, en el fondo todos ellos estaban afectados por el síndrome del "provincianismo", que les hacía ver a todos los que venían de Madrid, aunque tuvieran un rango infe-

rior al suyo, a un nivel superior. Por eso, los tres superiores de Gutiérrez no respondieron a las palabras del comandante y siguieron escuchando atentamente.

-Continúa tú, Torregosa. - Dijo el comandante mientras dirigía su mirada a éste.

-Bien, como ya saben Vds. por anteriores reuniones, el mismo día que los Reyes visitan Almería, el 27, se tiene previsto organizar, por los diversos colectivos radicales de la ciudad, una protesta en la cárcel, en apoyo y solidaridad con los presos etarras allí encarcelados. También sabíamos que para apoyarles en su acción, se desplazaría un vasco, miembro de los Comités de Solidaridad con los presos, hasta Almería. Ese vasco ya ha llegado, aquí tienen Vds. las fotografías que le hicimos a su llegada a la estación de ferrocarril, y dice llamarse Aitor.

-Continúe, Torregosa. - Dijo el gobernador con gesto de interés.

-Hay que decir que desde el primer momento el tal Aitor nos infundió sospechas, por ello hemos hecho algunas averiguaciones y, tras contrastar nuestros datos con Madrid, podemos asegurar que ese tal Aitor se llama Antonio Aranguren Martínez y es un terrorista de ETA.

Al terminar esta frase, el gobernador civil se levantó del sillón y, muy nerviosamente, dio varias vueltas por la sala, mientras hablaba.

-De forma que, por si fuese poco el trabajo para organizar las visitas de Sus Majestades, ahora resulta que tenemos un terrorista que quiere matarlos. ¿Habrán detenido ya a ese individuo?

-Señor gobernador, hasta ahora lo único que sabemos con certeza es que Aitor es Antonio Aranguren Martínez, alias "Iñaki", ex concejal de HB, que hace muy poco se pasó a la clandestinidad y que se le supone está relacionado con el atentado con coche bomba perpetrado en el Ayuntamiento de Rentería. Ahora bien, sí es cierto que la coincidencia de un peligroso terrorista como éste, en fechas anteriores a la visita prevista por los Reyes, que la Guardia Civil le detectó en Bayona tras mantener

una entrevista con uno de los máximos responsables de los atentados de ETA, nos hace suponer que posiblemente pueda estar estudiando la posibilidad de cometer un atentado contra los Reyes durante su visita a Almería.

-¿Pero le han detenido ya, o no? - Seguía insistiendo el gobernador.

-Mire Vd. señor gobernador, lo más fácil sería detener a Aitor en estos momentos. Pero no sabemos si está solo, y por lo tanto si podría cometerse el atentado sin él. Además, el único terrorista que hemos identificado es éste, y él es quien nos puede llevar a localizar a sus otros compañeros; por ello no lo hemos detenido. Ahora mismo está sometido a una estrecha vigilancia, por un equipo venido especialmente de Madrid y que está especializado en estos temas. Aitor o Iñaki, como queramos llamarlo, está vigilado durante las 24 horas del día y así estará hasta un par de días antes de la visita de los Reyes, por si nos lleva a poder localizar a su compañeros. En caso contrario, procederemos inmediatamente a su detención.

Tras la exposición de Torregosa intervino el comisario, que había seguido atentamente la conversación

-Bien, muy bien Torregosa, pero quiero decirte que lamento mucho que esto no se haya comunicado oportunamente a la comisaría. De sobra sabes que en el CESID no tenéis autoridad para detener a nadie, y que esto debe ser competencia nuestra, máxime cuando hablamos de la capital.

-Mire Vd., comisario, no estamos hablando de la detención de un chorizo de radio cassettes; hablamos de un peligroso terrorista, que puede estar preparando un atentado a los Reyes de España. Es algo muy serio como para entrar en polémica de competencias. Además, les diré que Vds. no están preparados para estos temas porque, por suerte, Almería no es una ciudad donde esta banda terrorista haya operado. Por ello, al recibir la llamada de Torregosa, me puse en contacto con Interior y han desplazado un equipo de profesionales antiterroristas, que están controlando a Iñaki. Pero es que, además, no sólo es conveniente que sus funcionarios no sepan nada, es absolutamente nece-

sario que nadie, salvo los que estamos en esta sala, conozca nada del asunto, para evitar filtraciones. De forma que no se trata de menospreciar el trabajo de nadie, se trata de evitar que se carguen a los Reyes. - Dijo Gutiérrez en tono muy serio.

-Perfecto, en eso estoy de acuerdo. Entonces ¿Cuáles son los pasos a seguir? - Preguntó el gobernador.

-En primer lugar, y como bien ha dicho el comandante Gutiérrez, nadie, fuera de los presentes en esta sala, debe saber o tener la más ligera sospecha de la presencia de un etarra en nuestra ciudad y la posibilidad de un atentado contra los Reyes. Y cuando digo nadie, incluyo a las secretarías, compañeros y qué decir de la prensa. Sólo nosotros cinco conoceremos esta información, y, de alguna forma, quedamos constituidos en "gabinete de crisis" permanente. - Continuó hablando Torregosa, mientras los demás le escuchaban atentamente.

-Ahora bien, aunque conozcamos la posibilidad de un atentado, tenemos que seguir preparando la visita de Sus Majestades los Reyes con las demás administraciones, como si tal cosa. Aquí tienen el informe de seguridad que hicimos el comandante y yo, tras realizar el mismo recorrido que efectuarán SS.MM., y la secuencia aprobada de los actos, que ha remitido protocolo de la Casa Real. Como el eje central de la visita de los Reyes será inaugurar el nuevo Ayuntamiento tras su restauración, habrá que seguir coordinando la seguridad de la visita con el Ayuntamiento.

-Por eso no se preocupe Torregosa, precisamente mañana tengo prevista una reunión con el Alcalde y concretaremos todos los puntos relativos a la visita, como es costumbre. Tras lo acordado con el Alcalde, mandaré toda la información a la Casa Real. - Afirmó el gobernador.

-Muy bien señor, al mismo tiempo que la preparación de la visita sigue su curso, nosotros seguiremos trabajando en el tema de Iñaki. Estoy seguro de que éste no cometerá el atentado solo, y tal vez se haya desplazado unos días antes para reconocer el terreno y estudiar las posibilidades. Estoy convencido que, si ve la menor posibilidad de éxito, tendrá que ponerse en contacto

con ETA, para que le manden ayuda. Además, hay que averiguar cómo piensa cometer el atentado: con explosivos, con fusil provisto de mira telescópica, etc. Pero sobre todo, hay que evitar que una detención prematura nos impida poder llegar al resto del comando, esto sí que sería muy peligroso, porque no conocemos a nadie más que a Iñaki y en ese momento las posibilidades de éxito de un atentado serían muchas. - Comentó Torregosa.

-¿Algo más? - Preguntó a los asistentes el gobernador.

-¡No! - Contestaron todos, prácticamente al unísono.

-Bueno, pues damos por concluida la reunión. - Dijo el gobernador, al mismo tiempo que se levantaban de sus sillas y se dirigían a la puerta de salida.

Tras las despedidas, Torregosa y Gutiérrez bajaron juntos las escaleras del Gobierno Civil que les llevarían a la salida. Gutiérrez le preguntó a Torregosa por qué no había comentado nada en la reunión de que Iñaki estaba siendo cobijado por los radicales, y que se había colocado un micrófono en su local. Torregosa le explicó que él conocía bien cómo se trabajaba en Almería, que todo esto de atentados, ETA, micrófonos y demás era casi como una película para una ciudad tan tranquila como ésta, y quería evitar que el afán de protagonismo de alguien, un irse de la boca o precipitarse, diera al traste con todo el asunto. Gutiérrez no pudo más que asentir con las afirmaciones de Torregosa.

Justo frente al portal del local de los radicales, había aparcada una pequeña furgoneta con la mitad de su morro metida en un callejón sin salida, su parte trasera, con dos amplias ventanillas provistas de cortinillas, asomaba al exterior. Aunque los rótulos pintados en los laterales de la furgoneta indicaban que la misma era propiedad de una empresa de pinturas, nadie podía sospechar que dentro de esa vulgar furgoneta no se encontraba ningún cargamento de barnices, pintura pétrea o demás, sino dos agentes del CESID provistos con un sofisticado equipo de escuchas y de fotografía que durante las 24 horas del día estaban atentos a lo que ocu-

rría en el local, llevando un minucioso registro de las entradas y salidas de personas, con sus correspondientes fotografías.

No muy lejos de allí, se encontraba situado otro coche camuflado, preparado para seguir a Aitor en sus salidas. Para no levantar sospechas, en el interior se encontraba sentado un agente, y el conductor tomaba café en un bar cercano. En la misma Plaza de San Pedro había estacionado un segundo coche camuflado, este segundo coche de apoyo, sería el encargado de ir relevando al primero en caso de un seguimiento prolongado de Aitor, para evitar levantar sus sospechas, o de seguir, en cuanto sus compañeros le diesen aviso, al vasco a pie. Por este motivo, los componentes de esta segunda pareja de seguimiento, estaba formada por una chica y un chico. Siempre levanta menos sospechas que te siga una pareja de novios, que un par de tíos, sobre todo si eres hombre.

Todo el dispositivo de vigilancia, incluídos los vehículos, realizaban turnos de ocho horas. Es por ello que desde Madrid se habían desplazado 16 agentes y un jefe de grupo, tres furgonetas, cuatro vehículos y una moto. Todos ellos se hospedaban en pensiones diferentes, con identidades falsas y camuflados como matrimonios, agentes de viajes, trabajadores de alguna empresa subcontratada, etc. Los coches se guardaban en diferentes parking de la ciudad cada día, para no levantar sospechas.

Aunque el trabajo era muy monótono, todos ellos estaban acostumbrados. Formaban parte de los Grupos de Apoyo Operativos (GAO) del CESID y no era la primera vez que seguían a un terrorista, lo mismo árabe que de ETA, un supuesto espía soviético o un traficante de armas libanés. A pesar de la juventud de todos ellos, la media de edad de todo el equipo no superaba los treinta años, algunos de ellos llevaban a la espalda más de 8 años de experiencia en este trabajo, y su jefe de grupo había participado en varios operativos, que acabaron con la desarticulación de un comando etarra, e incluso una red de espías marroquíes.

Este grupo operativo remitía toda su información directamente a contraterrorismo en Madrid y ni tan siquiera sus compañeros de Almería sabían de su existencia. Tan sólo Torregosa co-

nocía la presencia de este grupo en la ciudad y habían sido advertidos, que ante cualquier novedad, se pondrían en contacto directamente con él. Por ello, aunque a Torregosa no le gustaba mucho, durante todo el día debía ir provisto de un busca y un teléfono móvil, para poder estar permanentemente localizado.

Tanto Gutiérrez como Torregosa, miembros de *La Casa*, sabían que el equipo desplazado de Madrid, lo había sido por el CESID y no por el Ministerio del Interior, como informaron a los asistentes a la reunión del Gobierno Civil. Aunque no era público, todos los miembros de los diferentes servicios, cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado sabían de las rencillas entre unos y otros, de la competencia por desarticular más comandos etarras que los compañeros, y demás. El CESID no era ajeno a esta lucha por demostrar cual era el mejor, y por tanto, Torregosa y Gutiérrez pasaron toda la información al área de interior del CESID, que desde ese momento se encargaba de todo el operativo. Sólo en el caso de tener que realizar alguna detención, o de una actuación urgente, se daría conocimiento a la Policía o Guardia Civil, porque con la actual legislación, los miembros del CESID no están autorizados para efectuar detenciones.

Mientras los agentes del CESID pasaban horas y horas atentos a los posibles movimientos de Aitor, éste seguía sin dar muestras de vida y no había salido del local durante los días que llevaba en Almería. Todo hacía pensar que en su equipaje había traído algo de comida y por ello no necesitaba salir. Tampoco, desde la llamada que recibió de Patxi, había hablado por teléfono. Salvo algunas conversaciones sin importancia, mantenidas con alguno de los miembros de los colectivos que se reunían en el local, que habían pasado por el mismo, Aitor no había hecho ningún otro movimiento. Gracias a que en el local había instalado un "canario", porque de otra forma, sería imposible asegurar que Aitor aún se encontraba en el piso. Exceptuando a su llegada desde la estación de ferrocarril, todavía no había puesto un pie en la calle



Capítulo XI

Reunión en el pub

Aitor, o Iñaki, como era más conocido dentro de la organización terrorista ETA, se encontraba profundamente dormido, cuando, a las cuatro de la madrugada, sonó el teléfono del local de los radicales. Pegó un salto del saco de dormir y salió corriendo, en calzoncillos, hacia la habitación, que hacía las veces de oficina, donde estaba el teléfono. Casi cuando se iba a poner en marcha el contestador automático, llegó a coger el auricular.

-¿Sííí...?

-¿Aitor?

-Sí Patxi, Díme. - Dijo Aitor mientras comenzaba a hablar en clave y en eusquera.

En la conversación, Patxi le decía a Aitor que la organización creía necesario que se cometiera el atentado contra los Reyes durante su visita a Almería. La situación política actual, con un Partido Popular en claro crecimiento, pedía una rotunda acción de ETA, que pusiera de una puñetera vez al Estado de rodillas y negociase con ETA cara a cara. Y, desde luego, una acción terrorista contra el Rey, aunque la misma no causase su muerte, no sólo sería un rotundo éxito para la organización, sino que daría lugar a un drástico cambio en la actual e intransigente postura del gobierno de Felipe González, ya algo debilitado por los escándalos que sobre el GAL iban conociéndose en la prensa.

Aitor apenas interrumpía la arenga política que le estaba largando Patxi, pero en su interior sentía un placer inmenso, al

pensar que sería él quien cometería el atentado más sonado de ETA y que más repercusión tendría en la historia del Estado español, después del asesinato de Carrero Blanco.

Después, Patxi le comentó que el resto del comando estaba de camino, así como el material. Que en breve se pondrían en contacto con él para verse, y que no dudase en pedir todo lo que necesitase, que la organización estaba con él. Finalmente, le pidió que tuviese mucho cuidado en Almería, que no se fiase de nadie, ni de los colaboradores de los componentes de la Plataforma de Apoyo a los Presos Vascos. Que Almería no era el País Vasco, y que tan sólo confiara en él mismo.

Como es lógico entre dos profesionales del terrorismo, ni Aitor ni Patxi hablaban tan claramente y con tanto detalle por un teléfono, que además no era de su total garantía. Su conocimiento mutuo y experiencia en estas lides, les permitía poder mantener una conversación sin llegar a citar nombres, lugares o hechos concretos, y entender perfectamente cada uno de ellos lo que quería decir el otro. Era como un lenguaje propio entre los dos y completamente incomprensible para quienes, ajenos al tema, pudiesen escuchar la conversación.

A pesar de las medidas de seguridad que tanto Patxi como Aitor tomaban a la hora de hablar por teléfono, lo que ellos no podían imaginar era que el equipo del CESID que colocó micrófonos en el local, también pinchó la línea telefónica en los cajetines del portal. Por lo que la conversación telefónica que estaban manteniendo en esos momentos, en eusquera y con su propia jerga, estaba siendo grabada por el CESID desde un piso próximo.

En clave, Patxi le dijo a Aitor que una persona se pondría en contacto con él muy pronto, y que se identificaría como Antxon. Éste sería el miembro de la organización que le pondría en contacto con el resto del comando, le facilitaría el material para llevar a cabo el atentado y serviría de enlace con la cúpula de ETA. También sería el encargado de facilitarle la ayuda, en caso de tener que salir por patas de Almería. Por lo que Aitor tan sólo debería esperar.

Muy cerca de allí, en el piso que el CESID de Almería tenía equipado para las escuchas en el local de los radicales, un agente estaba terminando de transcribir al papel la conversación grabada. Rápidamente metió el escrito en un sobre y le dio instrucciones a su compañero para que lo llevase en mano a la base.

Sobre las seis de la tarde volvió a sonar el teléfono del local. La persona que se encontraba al otro lado de la línea preguntó si hablaba con Aitor y al decir éste que sí, se identificó como Antxon y añadió una frase, una clave de seguridad que Aitor recibió durante su estancia en Bayona. Ahora estaba seguro de que ésa era la persona que decía ser.

-Aitor, tenemos que vernos. - Dijo Antxon.

-Tú dirás.

-¿Recuerdas cómo ir a la estación de ferrocarril?

-Pues sí.

-Bien, si sigues unos cien metros en dirección al aeropuerto y cruzas la autovía hacia la izquierda, encontrarás un pub que se llama "Trac's"; allí te espero.

-¿Cómo te reconoceré?

-No te preocupes, yo me acercaré a ti.

Nada más colgar el teléfono, el jefe de los agentes del CESID encargados de la vigilancia de Aitor, dio la voz de alarma y todos se prepararon para seguir al vasco. También, desde su teléfono dotado de secráfono, para evitar pinchazos, llamó a Madrid e informó que el sujeto salía de su guarida para encontrarse con su contacto. En pocos segundos, el busca de Torregosa recibía el siguiente mensaje: "El cliente abandona la oficina, llama a la empresa. Urgente".

Nada más recibir el mensaje, Jesús Torregosa se puso en contacto con Luís de contraterrorismo, que le informó de los últimos acontecimiento y especialmente de la importantísima cita que Aitor iba a mantener en el pub "Trac's". Acordaron que Torregosa interviniere en el operativo, por lo que debería irse rápidamente para el lugar, ya que otros agentes se desplazarían a montarlo

Unos veinte minutos después de haber hablado con Antxon, Aitor pisaba por primera vez, desde su llegada a Almería, la calle Real. Tras andar unos pocos pasos, se introdujo en un bar próximo y pidió al camarero que le llamase a un taxi. Mientras esperaba, pidió un café que prácticamente no pudo terminar, ya que a los pocos minutos su taxi se encontraba esperándole en la puerta.

Nada más salir del bar, Aitor miró a su izquierda y a su derecha, pero no observó nada extraño. De todas formas sabía que, si le estaban siguiendo, sería muy difícil detectar la presencia de la pasma, salvo que cometiesen un error. Subió al taxi y cerró la puerta.

-¿Dónde le llevo? - Dijo el taxista.

-Voy a un pub cerca de la estación de ferrocarril que se llama Trac's ¿Le conoce?

-Sí, claro que sí.

Mientras el taxi circulaba por las estrechas calles del centro de Almería, el taxista le comentaba a Aitor lo cara que estaba la vida, el tráfico tan malo de la ciudad, etc. Aitor no hacía ni el menor caso a la conversación, aunque en algunas ocasiones contestaba con un escueto sí o no para que el taxista creyese que estaba atento, al mismo tiempo que pensaba en llegar lo antes posible a ese pub, para dejar a ese pesado.

Nada más ponerse en marcha el taxi, el primer equipo de vigilancia, dentro de un Seat Ibiza, se puso a trabajar, y dejando pasar a otro vehículo antes, procedió a seguir a Aitor. El segundo equipo, emprendió la marcha desde la Plaza de San Pedro, y pronto los dos se encontraron en el Paseo de Almería. Ni Aitor, ni mucho menos el taxista, advertían que estaban siendo seguidos por el CESID, por lo que el taxi emprendió su camino Paseo abajo, cruzó la Rambla y tomó la carretera de Ronda, bordeando una gasolinera. Antes de llegar a la estación de ferrocarril, Aitor se quedó mirando fijamente un edificio a su izquierda, donde sobresalía una enorme bandera española. Se trataba de la Comandancia de la Guardia Civil de Almería y pensó en lo curioso de no haberse dado cuenta de este detalle a su llegada.

A los pocos minutos, el coche paraba frente a la puerta del pub.

-¡Ya hemos llegado! - Dijo el taxista.

-¿Cuánto le debo?

-Cuatrocientas cincuenta.

Aitor extrajo de su cartera una moneda de 500 pesetas y se la dio al taxista, indicándole que se quedase con la vuelta.

-Gracias, señor. - Le contestó el taxista mientras Aitor salía del taxi.

Casi enfrente del pub, ya se encontraba la furgoneta del CESID, donde uno de sus agentes gastaba, unos tras otro, los carretes fotográficos y escuchaba las conversaciones dirigiendo hacia el objetivo un micrófono direccional. Dentro del pub, ya se encontraban una pareja de agentes del CESID, chico y chica, que se habían situado en unos sillones estratégicamente situados y desde donde podían controlar a todo el mundo con discreción.

Al entrar en el pub, Aitor se dio cuenta que en el mismo se encontraban tan sólo dos parejas de novios sentados en los sillones, dos jóvenes en la barra y el camarero.

-¿Qué va a tomar? - Preguntó el camarero.

-Póngame un larioscola.

Mientras el camarero preparaba la bebida, Aitor oteaba con atención el local, la decoración, los servicios, etc. Por experiencia sabía que un buen conocimiento del lugar puede ayudar cuando el asunto se complica. Cuando le sirvieron la bebida, se sentó en uno de los sillones de la barra, no sin antes acomodarse bien la pistola Brooming F.N. que llevaba oculta entre la ropa.

A los pocos minutos de estar en el pub, Aitor observó cómo al fondo del mismo se levantaba la figura de un hombre, cuya presencia no había detectado a su entrada, maduro, alto y fornido, que parecía dirigirse a él. Instintivamente, bajó la mano y acarició las cachas de su pistola, mientras ese hombre seguía acercándose.

Al llegar justo al lado de Aitor, el hombre pidió una cerveza al camarero.

-¿Aitor?

-No sé ¿Por quién pregunta?

-Soy Antxon.

-¡Ah! ¿Sí? - Dijo Aitor, mientras esperaba escuchar la clave de identificación, sin dejar de acariciar su arma.

-“Siempre dije de volver y finalmente me quedé” - Recitó Antxon.

Ésa era la clave establecida, por lo que Aitor se relajó, dejó de acariciar su pistola y dio la mano al hombre.

-El material ha llegado. - Dijo Antxon.

-¿Cómo lo vamos a hacer?

-Con explosivos.

-¡Joder! Sabéis que eso es prácticamente imposible; el día anterior a la llegada de los Reyes, la policía retirará todos los coches estacionados por su recorrido, revisarán las alcantarillas y los edificios próximos. ¡Es imposible colocar un coche bomba al paso del Mercedes de los Reyes!

-¿Y quien te dice a tí que es un coche bomba?

-¿Pues cómo se hará?

-El explosivo, aproximadamente 100 kilos de amosal, estará en un contenedor de basura.

-¡Pero los contenedores de la basura también son revisados!

-Es que no habrá explosivos dentro del contenedor. El propio contenedor será el explosivo. En un chalet próximo, en Retamar (una urbanización cercana a la capital), tenemos el amosal, cables, detonadores, el molde de un contenedor de los que usan aquí, el plástico que recubrirá el explosivo y simulará las paredes del contenedor, pintura, rótulos con el escudo del Ayuntamiento de Almería y armas para todos los compañeros.

-¿Y cómo los haremos explotar? De más sabes que, tanto el Mercedes de los Reyes como el primer coche de escolta, están provistos de inhibidores de frecuencias que hacen inútiles todos los intentos de hacer detonar los explosivos por radio.

-No te preocupes por eso; lo haremos por el medio rudimentario, pero poco esperado, del cable.

-¿Cómo haremos para que no se vea?

-He estado reconociendo la zona próxima al Ayuntamiento, que es por ahora el único lugar que sabemos a ciencia cierta van a estar los Reyes. Es una zona con edificios muy deteriorados, casas en ruínas y una instalación telefónica y eléctrica muy antigua, que utiliza cables pillados a las paredes y que cruzan aéreamente de una manzana a otra. Entre todo ese manojo de cables, ¿quién va a detectar otro más?

-Has pensado en todo, ¿eh, Antxon?

-Llevo aquí algunos meses. Me mandaron para ayudar a nuestros compañeros en la cárcel y por fin puedo participar en algo grande. Yo sé que tú eres el experto en explosivos, pero yo conozco Almería y sé que juntos podemos hacer algo grande

-¿Cuándo vamos a montar todo?

-Mañana mismo. Toma esta nota, ahí tienes la dirección del chalet que estamos usando. Vente mañana temprano, no más tarde de las nueve, y empezaremos a trabajar.

-¿Cuántos vamos a formar el comando?

-Cuatro; yo, tú y dos chicos que se encuentran ya en el chalet de Retamar.

-Muy bien, estoy impaciente por empezar con este asunto. Mañana nos veremos allí.

Mientras Antxon y Aitor hablaban, la joven pareja de agentes del CESID se acariciaban y besaban como haría normalmente una pareja de novios en un pub, salvo que en el bolso de ella, un pequeño micrófono direccional gravaba la conversación de los terroristas.

Pasados quince minutos, Antxon se despidió de Aitor y abandonó el pub, seguido por el primer equipo de vigilancia del CESID. Minutos más tarde, en cuanto terminó su copa y pagó la consumición, lo hizo Aitor, que volvió a coger un taxi de regreso al local. Otro equipo de seguimiento no le perdió de vista durante su vuelta.

Terminada la vigilancia en el pub, la joven pareja de agentes del CESID se dirigió a la furgoneta que el servicio de intelligen-

cia tenía estacionada frente al pub. Dentro de la misma se encontraban dos agentes, el jefe del grupo y Jesús Torregosa. Rebobinaron la cinta grabada en el interior del pub y comenzaron a escucharla detenidamente.

Pronto se dieron cuenta que el alto volumen de la música en el pub, hacía prácticamente imposible entender lo que hablaban los dos terroristas. Sólo algunas palabras sueltas eran reconocibles : compañeros, ayuntamiento, Retamar, amosal.

-¿Amosal? ¡Ya está, un coche bomba, lo van a intentar con explosivos! - Exclamó en voz alta Torregosa.

Eso parece; de todas formas, habrá que transmitir la cinta a nuestros laboratorios de Madrid, por si después de una limpieza de sonido podemos sacar algo más en claro. - Apostilló el jefe de grupo de los GAO.

-Al menos tenemos alguna cosa clara; lo intentarán con explosivos. Además, que hablen sobre Retamar me hace sospechar que pueden estar escondidos en alguno de los chalets de esa urbanización. Desde hace algunos años, especialmente desde que llegaron los primeros presos de ETA a la cárcel, que está próxima a esta urbanización, hemos detectado la presencia de un numeroso grupo de vascos residentes en la zona. Tal vez sería interesante hacer algunas comprobaciones. - Decía Torregosa, mientras el resto de sus compañeros le escuchaban atentamente.

-De todas formas, uno de nuestros equipos está siguiendo al otro individuo. Esperemos que tengan suerte y podamos tener datos más concretos. - Comentó uno de los agentes.

Jesús Torregosa abandonó la furgoneta y se marchó rápidamente a la base del CESID, mientras los GAO volvían a sus puestos en la calle Real.

Antxon se había subido a un pequeño y anticuado Ford Fiesta rojo, con matrícula de Almería, y se dirigía al chalet donde estaba oculto el comando de ETA, seguido muy de cerca por un coche camuflado del CESID. Pero como viejo zorro en estas lides,

Antxon se desvió de la autovía y comenzó a meterse por caminos de tierra y cortijos, una simple medida de seguridad que le ayudaría a detectar si estaba siendo seguido. Lo que dio resultado, ya que el equipo de agentes del CESID tuvo que abandonar la persecución del Ford, si no querían descubrirse.

Al mismo tiempo que esto ocurría, Jesús Torregosa llegó a su oficina y puso al corriente de los últimos datos al comandante Gutiérrez, gobernador civil, comisario de policía y teniente coronel de la Guardia Civil. Acordaron intensificar las medidas de seguridad, revisar las alcantarillas, retirar con dos días de antelación cualquier vehículo estacionado al paso de la comitiva real y revisar, con perros especialmente adiestrados para la detección de explosivos, los lugares más sensibles. Decidieron dar prioridad a la detección del chalet de Retamar, donde presumiblemente estaría oculto el comando terrorista y el material explosivo, para su detención.

Aunque la investigación iba mejorando; pues se sabía cuál sería el método a utilizar, se tenían controlados a dos miembros de ETA; el comando podría estar oculto en Retamar, y demás, Jesús Torregosa no se sentía tranquilo. Conforme avanzaba la investigación se iba dando cuenta que el asunto era serio, muy serio, y no le gustaba nada tener la responsabilidad de la vida de los Reyes. Ahora era uno de los momentos en los que más solo se encontraba; no podía recurrir a nadie y contarle lo que pasaba por su mente. Sólo él y sus problemas. Éste era uno de los motivos por lo que, tan joven, tenía ya bastantes canas en su cabeza.

Al llegar a su casa, se acostó pronto. A pesar de todo, no pudo coger el sueño hasta bien entrada la madrugada; se entretenía escuchando la radio, mientras seguía pensando en que quedaban ya muy pocos días para la llegada de los Reyes a Almería, y que había que hacer todo lo imposible para detener a los terroristas, antes de que fuese demasiado tarde.



Capítulo XII

Persecución por Almería

Nada más sonar el despertador, eran la ocho de la mañana, Aitor salió del saco de dormir y se dirigió hacia el cuarto de baño, perfectamente equipado, del local de los radicales. Tras darse una ducha, con agua fría como a él le gustaba, se vistió y se puso a desayunar un pastelito y un tetra brik de leche chocolateada que extrajo de su bolsa de viaje.

Posteriormente, salió del portal del local, lo que inmediatamente puso en alerta a los agentes del CESID de servicio de vigilancia en ese momento, y comenzó a andar en dirección a la Plaza de la Marina, para después tomar el Parque Nicolás Salmerón, en dirección a la Comandancia de Marina. Mientras Aitor paseaba por diversas calles de Almería, los diversos equipos de vigilancia del CESID se habían puesto en marcha y no perdían de vista ni un momento al terrorista, un etarra que bajo la apariencia de estar dando un tranquilo y temprano paseo, lo que realmente estaba haciendo, por motivos básicos de seguridad, era alejarse de su lugar habitual de estancia, el local de los radicales, para coger un taxi.

Rápidamente se incorporó al seguimiento de Aitor el jefe de grupo de los GAO, que antes de salir del hotel ya había llamado a Jesús Torregosa, al que finalmente recogió en su domicilio. Alternativamente, dos equipos de agentes, uno compuesto por un chico y otro por una pareja de jóvenes, seguían a pie al terrorista. Un poco más alejados estaban los dos vehículos, un motoris-

ta y el coche donde viajaba Torregosa, junto a su compañero de los GAO.

Repentinamente, Aitor se detuvo, se giró y miró hacia atrás; el equipo de agentes que le seguía más próximo, la pareja de jóvenes, aunque se alarmaron por el brusco movimiento del terrorista, siguieron como si tal cosa y prosiguieron su camino hasta adelantar a Aitor. A los pocos segundos, el vasco reemprendió su marcha en el mismo sentido, hasta llegar a un escaparate de una agencia de viajes, donde se detuvo aparentemente, leyendo las diferentes ofertas de viajes. El segundo equipo de seguimiento, compuesto por un solo agente, se detuvo igualmente e hizo el gesto común de encender un cigarrillo.

Pero el sexto sentido del terrorista le había dicho que algo no cuadraba, y decidió, durante todo el recorrido a pie, realizar continuos altos y bruscos movimientos, para detectar la presencia de personas que pudieran seguirle, aunque es muy difícil, sobre todo sin son auténticos profesionales, como eran los agentes de los GAO, si te están siguiendo, Aitor intuía que le seguían, y decidió despistarlos antes de tomar un taxi. Al llegar a una esquina, giró a la izquierda con toda naturalidad y cuando estuvo fuera de la vista del agente que le seguía, emprendió una rápida carrera por varias calles próximas. Cuando el agente del CESID llegó a la esquina, Aitor había volado.

-¡Uno a líder! ¡Uno a líder! - Repitió el agente varias veces por su pequeño transmisor oculto entre las ropas.

-¡Aquí líder, adelante número uno! - Contestó el jefe de grupo.

-¡El pájaro ha volado! Ha torcido en dirección a la calle, unnnnn, a la calle Arapiles, y no le veo por ninguna parte.

-Vale, sigue por esa calle y estate atento.

-¡Líder a todos los equipos, líder a todos los equipos! El pájaro ha volado. Último contacto en calle Arapiles. Verifiquen los alrededores. ¿Habéis recibido?

-Dos recibido; móvil uno recibido; móvil dos recibido; móvil tres recibido. - Contestaron uno a uno cada equipo.

No muy lejos de allí, en la Plaza Circular, Aitor había conseguido coger un taxi y emprender la marcha hacia la dirección de Retamar que Antxon le había entregado la otra tarde.

Justo cuando el taxi salía de la parada, un agente de los GAO, el que formaba el equipo móvil tres, montado sobre una potente motocicleta y con la cara cubierta por un casco con la visera totalmente de color negro, lo que impedía ver la cara del motorista, pasó cerca del taxi y creyó reconocer a Aitor. Se detuvo junto al taxi y giró su cabeza hacia él. Éste gesto fue visto por Aitor y la prueba que necesitaba para corroborar que le estaban siguiendo. Mientras el motorista abandonaba el lugar, para no levantar sospechas, al mismo tiempo que daba aviso al resto de los compañeros, el taxi se incorporó al tráfico.

De repente, Aitor sacó su pistola y se la colocó al taxista en la nuca.

-¡Para el coche o te vuelo la cabeza! - Le dijo.

-¿Pero. qué...? - Balbuceó el taxista, asombrado.

-¡Que pares el coche o te vuelo la cabeza, hijo de puta!

-¡Vale, vale! - Decía el taxista, asustado, mientras estacionaba el coche a escasos 50 metros de la parada donde había subido el cliente.

Aitor abrió la puerta trasera, salió del taxi y bruscamente obligó al taxista a salir del coche.

-¡Venga, fuera! - Decía Aitor al taxista, mientras éste salía como podía del vehículo.

-¡Tranquilo, no me mates! - Decía el taxista.

Aitor se introdujo rápidamente en el taxi y salió bruscamente del lugar. Casi en el mismo momento llegaba el coche camuflado, donde iban Jesús Torregosa y el jefe de grupo. Al ver a un hombre en la calle vociferando, se pararon junto a él.

-¿Le pasa algo, señor? - Preguntó el conductor del vehículo y jefe del grupo de agentes de los GAO.

-¡Me han apuntado con un arma, me han robado el taxi! - Decía asustado.

Jesús Torregosa sacó su placa de policía y, tras identificarse al taxista, le pidió le dijera el camino que había tomado, la ma-

trícula y modelo del coche, para, una vez en poder de esos datos, emprender la búsqueda.

-¡Líder a todos los equipos, líder a todos los equipos! El pájaro ha escapado en un taxi, un Opel Corsa con matrícula de Almería, "alfa, lima" de la letra U "uniform" con los siguientes números: 5, 3, 0 5.

Mientras Torregosa transmitía las características del taxi robado a punta de pistola por Aitor al resto de los equipos, su coche tomaba la carretera de Ronda en dirección al aeropuerto, el camino más común utilizado por los almerienses que, terminada su jornada laboral, se dirigían a sus domicilios en la urbanización próxima de Retamar.

Aitor, que a pesar de no conocer Almería, había estado ojeando la noche anterior un plano de la ciudad, sabía cómo llegar a la urbanización donde estaba escondido el resto del comando. Tomó, igualmente, la autovía al aeropuerto a una velocidad no inferior a los 170 km./hora. Aunque en ese momento no podían verse, los dos vehículos iban en la misma dirección, a una distancia de unos 800 metros el uno del otro.

A los pocos minutos, Jesús Torregosa divisó a lo lejos el taxi.

-¡Por allí va, por allí va! ¡Acelera todo lo que puedas! - Le decía a su compañero mientras éste ponía el Lancia a 180.

Sorteando al resto de los conductores, el Lancia camuflado del CESID se acercó aproximadamente a 500 metros del taxi conducido por Aitor. Pero éste ya los había detectado y en el último segundo se salió de la autovía en dirección al barrio llamado El Alquíán. El Lancia hizo el mismo movimiento, lo que estuvo a punto de provocar su salida de la calzada, y seguía al taxi, ahora por unas carreteras más estrechas y en peor estado.

Aitor intentaba despistar a sus perseguidores, tomando cualquier camino que encontraba a su paso. Pero, aunque todavía a distancia, el Lancia le seguía. Aitor, en su desenfundada carrera, se metió en una rambla seca y a toda velocidad ascendió por ella. Torregosa y su compañero le siguieron, pero de pronto, en el interior del Lancia se oyó un fuerte golpe y a los pocos

metros el coche comenzó a hacer unos extraños ruidos y a echar humo. Detuvieron el vehículo, los dos se bajaron para echar un vistazo y estaba claro que alguna piedra había destrozado los bajos.

-¡Mierda, ese cabrón se nos ha escapado! - Dijo Torregosa, mientras veía cómo el taxi se alejaba más y más por la rambla, hasta que se perdió de vista.

Aitor, que enseguida se dio cuenta del percance de sus perseguidores, siguió subiendo la rambla a toda velocidad, hasta que vio a su derecha un pequeño camino asfaltado y al fondo un cortijo. Al llegar a éste, vio a una señora algo gruesa.

-¡Señora, por favor! Mire, he recibido una llamada pidiendo un taxi para Retamar, mientras dejaba un poco más abajo a otro cliente. ¿Me puede decir cómo puedo volver de nuevo a la carretera? - Preguntó Aitor, haciéndose pasar por taxista.

-Pues sí, señor. Siga este camino hasta el fondo; cuando llegue al final, verá otro cortijo enfrente, gire a la derecha y volverá a salir a la carretera antigua. - Contestó la señora como pudo.

-¡Muchas gracias! - Respondió Aitor, mientras emprendía la marcha.

-¡Joder, estos taxistas ya no son los de antes! - Comentó para sí misma la señora, mientras reemprendía con su labor de limpiar el gallinero.

Muy pronto, Aitor llegó a Retamar; allí se detuvo en la gasolinera, y preguntó a unos empleados por la dirección que Antxon le había indicado. El trabajador, sin apreciar nada anómalo, debido a la deficiente numeración de esta urbanización y que no era el primer taxista que se acercaba a preguntar por alguna de sus calles, le dijo donde estaba.

A los pocos minutos, Aitor llegó al chalet; un bonito chalet, con una amplia parcela, que denotaba que sus ocupantes habían sido siempre de alquiler, debido, especialmente, al mal estado de su pintura y a su mal cuidado jardín. Llamó al timbre de la puerta y, tras identificarse por el portero automático, se introdujo en la vivienda.

-¡Nos han localizado! ¡Tenemos que irnos! - Decía Aitor a Antxon, mientras de una puerta salían dos jóvenes más.

-¿Qué pasó? - Preguntó Antxon.

-No sé, presentía que me estaban siguiendo e hice algunas comprobaciones. Cuando me dí cuenta que era verdad, me llevé un taxi y he llegado hasta aquí después de dejar tirados a la pasma.

-Bueno, tengamos tranquilidad. - Decía Antxon.

-El contenedor está montado; tan sólo queda introducir el explosivo y conectarlo. Aitor, toma el cable y el detonador. Yo me iré con Luís en la furgoneta y ocultaremos el contenedor, por ello es necesario que lo dejes terminado ahora mismo. Después tú te puedes ir con Mikel a un piso de seguridad que tenemos preparado en la capital. Allí os quedaréis hasta que yo os llame para ejecutar a los Reyes.

-Bien, Antxon ¿Dónde están los explosivos? - Contestó Aitor, mientras le indicaban dónde estaban terminando de preparar el contenedor de basura.

En menos de quince minutos, Aitor preparó los explosivos en el contenedor y los componentes del resto del comando procedieron a terminar de montarlo, poniéndole la tapa de color verde y con una plantilla dibujando el escudo de la ciudad en el frontal. Una vez terminado todo, el contenedor mortífero estaba listo. Exteriormente, parecería uno cualquiera de los cientos de contenedores repartidos por la ciudad; en su interior, de plástico, cerca de 100 k. de amosal, recubiertos de una fina capa de metal, que haría de metralla mortal al explosionar. Aunque lógicamente este contenedor pesaba mucho más, aún estando vacío, que los reales, esto no era un problema realmente grave, ya que sería colocado después de que los empleados de la limpieza retiraran la basura.

Una vez terminado el contenedor, lo cargaron en una furgoneta que estaba dentro de la cochera del chalet, junto al molde con el que fabricaron el contenedor y algunas otras cosas más y en ella se marcharon Antxon y uno de los jóvenes. El otro, Mikel

y Aitor, lo hicieron en otro vehículo, no sin antes Aitor afeitarse la barba y cambiarse de ropa.

A los pocos minutos de marcharse, comenzaron a llegar más de una docena de coches policiales de diferentes tipos, camuflados y furgonetas. En pocos momentos, el chalet estaba rodeado por cerca de 50 agentes, que muy pronto pudieron darse cuenta que los terroristas habían volado. Justamente en el momento que la policía registraba el chalet, llegaban Torregosa y su compañero, que, tras identificarse, entraron en la vivienda.

-¡Se han vuelto a escapar! - Insistía una y otra vez Torregosa.

-¡Miren esto! - Dijo uno de los policías, mientras enseñaba una caja de cartón y unas bolsas de plástico.

Tras echar una mirada a la caja, llena de cables, y oler la bolsa de plástico, el jefe de grupo de los GAO dijo que el explosivo que iban a utilizar los etarras era amosal.

En esos momentos hacía su entrada en el chalet, Santiago, el comisario, quien comentó con Torregosa que dentro de poco estarían allí un grupo de especialistas, que trabajarían en identificar las diferentes huellas esparcidas por la casa y buscar cualquier otro indicio que pudiera llevar a averiguar dónde cometerían el atentado, porque lo que sí estaba ya claro era el cómo.

Esa misma tarde, se iba a celebrar una reunión de los diferentes colectivos radicales, que estaban preparando el acto de protesta del día 27. Al medio día, Alberto había recibido la llamada de Juan para que no faltase a la reunión, ya que sería la última hasta el día 27 y tenían que dejar todo preparado.

Llegada la hora, Alberto llamó puntualmente al local de la calle Real. Le abrió la puerta Luís, uno de los dirigentes del *Grupo Marxista - Ecológista de Almería*, quien le dijo que habían comenzado hacía muy poco. Tras saludar a los presentes, Alberto se sentó en una de las sillas próximas a la puerta y echó una mirada para ver los asistentes; no en balde ésta era la primera información que indicaba en sus informes. Pronto se dio cuenta

que a la reunión asistían 14 personas, contándose él, Luís, Pablo y Carmen, del *Grupo Marxista – Ecologista*; Elvira, de *Mujeres Libertarias*; José y Antonio, de la *Asociación de Insumisos y Mili KK*; Tomás y Juan, de *Andalucía Árabe Libre*, Josefina, de *Solidaridad con el Pueblo Cubano* y del *Comité Anti OTAN*; además de Juan, Alfonso, José y Rogelio, de la *Asociación de vecinos “Reivindicación”*. En ese momento estaban discutiendo sobre la hora en que deberían comenzar con la protesta.

Finalmente, acordaron llevarla a cabo a las doce del medio día. Se vio que a la misma asistirían entre 30 a 50 personas; que ya se habían confeccionado, por parte de Josefina, dos grandes pancartas alusivas a los “malos tratos” que reciben los presos de ETA en las cárceles del Estado español, y que habían llegado de Bilbao un paquete con varias ikurriñas (banderas vascas) y algunos carteles, como los que se estaban distribuyendo en toda España.

Pero al cabo de un tiempo, el presidente de la asociación de vecinos preguntó si alguien había visto a Aitor. Decía no haberle visto desde ayer y estaba preocupado por si le había ocurrido algo, ya que había entrado en la habitación donde dormía y todavía estaban allí sus cosas. Además, de alguna forma, sería Aitor el encargado de preparar la acción del día 27.

Nadie supo decir dónde estaba Aitor, pero acordaron llevar la acción adelante con Aitor o sin él. Lo tenían todo: habían recibido dinero, material y la gente estaba preparada ¿Por qué deberían suspender la protesta? Para finalizar la reunión, quedaron en verse todos en un punto del barrio de La Cañada, para proseguir luego camino hacia la cárcel. Se asignaron a cada uno de los asistentes diversas tareas: unos llevarían las cacerolas, los otros las pancartas, etc. y Luís y Pablo, del *Grupo Marxista – Ecologista*, quedaron en pegar esa noche los carteles. Dicho esto, los asistentes fueron abandonando poco a poco el local; eran las diez de la noche, y la mayoría querían ver el final del interesante partido de fútbol que estaban televisando.

A pesar de que ya había salido en la prensa que el día 27 los Reyes visitarían Almería, todos los asistentes aprobaron seguir

adelante con la protesta. Tal vez, la coincidencia de fechas podría dar lugar a una mayor proyección pública al encontrarse ese día en la ciudad todos los medios de comunicación españoles.

El último en salir fue Juan, presidente de la asociación de vecinos, que cerró la puerta del local con llave, bajó las escaleras y, cuando estaba a punto de salir del portal, dos individuos, que se identificaron como policías, le esposaron y metieron en un coche, mientras otros subían al piso y se llevaban todas las cosas que Aitor había dejado en la habitación donde dormía. A los pocos minutos, Juan se encontraba sentado en la entrada de la inspección de guardia de la Comisaría de Policía de Almería. Tras terminar el funcionario con un señor que había denunciado el robo del bolso de su mujer, el inspector llamó a Juan y le dijo que se sentara, a lo que Juan se negó.

-Mire Vd., voy a decirle una cosa muy claramente: usted no está detenido. No existe ninguna orden de detención contra usted, pero le hemos traído aquí porque unas personas quieren hablar con usted de un tema muy grave. - Dijo el inspector.

-¡Si no estoy detenido, quiero que me suelten inmediatamente! ¡Quiero un abogado! - Decía en voz alta y algo alterado Juan.

Con un gesto de la cabeza, el inspector indicó a los policías que llevasen a Juan al despacho contiguo. Allí estaba esperando el comisario, Torregosa y el jefe del grupo de agentes del CESID desplazados a Almería.

-Siéntate. - Dijo Santiago a Juan, al que conocía durante muchos años debido, especialmente, a las actividades del presidente de la asociación de vecinos.

-Mira, Juan, sabes que soportamos todas tus tonterías, y salvo que nos toques los cojones, te dejamos que sigas con tus cosas sin meternos en nada. Sabes que mientras que no alteres el orden público, no nos meteremos contigo. Estamos en democracia y puedes protestar libremente, pero con orden, por lo que quieras. Incluso te hemos permitido que te metas en el feo asunto de apoyar a los presos terroristas encarcelados en Almería, siempre que tus acciones vayan dentro de un cauce lógico. ¡Pero

lo que no podemos permitir es que te conviertas en un colaborador de ETA, eso no! - Siguió hablando el comisario.

-¡No les tengo miedo! ¡En cuanto salga de aquí les voy a denunciar, me voy a ir a la prensa y verán lo que es bueno! - Replicó muy alterado Juan.

Torregosa, que seguía atentamente los gestos y las palabras de Juan, advirtió, debido a su gran experiencia profesional, que a pesar de lo gallito que aparentaba ser el tal Juan, tan sólo se trataba de una defensa activa de quien se siente acorralado y ante graves dificultades. Por ello se levantó, interrumpió al comisario, y violentamente sentó a Juan en la silla que había despreciado al entrar.

-¡Siéntate, hijo de puta, cabrón! ¡Te crees que puedes venir aquí a chulearnos un mierda como tú! ¿Pero quién te crees que eres? ¡Tan sólo eres un muerto de hambre, rencoroso y ruín mala leche, que te apuntas a cualquier carro para sacar a flote tus frustraciones!

Mientras Torregosa seguía con su actuación, a Juan un color le venía y otra se le iba. Además notó que el cuerpo se le descomponía y no pudo evitar hacérselo en los pantalones.

-¿Te crees que no te conozco? ¡Te conozco más de lo que tú te crees! ¡Tú ni eres buena persona, ni solidario, ni un salva patrias; te has aprovechado de la coyuntura, para vivir del cuento! ¿Te crees que no sé lo que ganas con todo esto? ¿Te crees que si tus camaradas supieran que su camarada jefe tiene dinero para enterrarles a su costa te seguirían obedeciendo? ¡Eres un mierda y mientras seas una mierda que no nos molesta, te dejaremos seguir! ¡Pero en cuanto un mierda como tú sale del tiesto y se mete en temas tan peligrosos, se acabaron las contemplaciones!

-¿Pero qué he hecho yo? ¡Si tan sólo vamos a preparar un acto de protesta! - Contestó Juan, ya en un tomo más sumiso y temeroso.

-¡No me digas que no sabes nada! ¡Que has alojado en tu local a un terrorista de ETA! ¡Que ese terrorista va a cometer un atentado en esta ciudad!

-¡No, no, no! - Repetía una y otra vez, finalmente llorando, Juan.

La escenificación de Torregosa había dado resultado. Juan se había derrumbado y ahora estaba en disposición de colaborar con ellos. Tras averiguar que Juan no sabía nada realmente del atentado, que la única relación con Aitor había sido por medio de las *Plataformas de Apoyo a los Presos Vascos* y que ninguno de los colectivos radicales estaba implicado en el asunto, los presentes consiguieron la promesa del asustado y tembloroso Juan de suspender la acción de protesta del día 27, y de avisar a la policía en cuanto supiesen algo de Aitor o de sus compañeros de comando.

Tras abandonar la comisaría, Juan llamó a todos los asistentes a la reunión de esa noche y les dijo que había recibido órdenes de Bilbao de suspender la protesta. A lo que ninguno de ellos hizo objeción alguna. Incluso Alberto, colaborador del CESID, recibió la llamada de Juan en este sentido ; lo que corroboró a Jesús Torregosa, una vez que Alberto le había informado de la llamada de Juan, que el presidente de la asociación de vecinos estaba cumpliendo con la parte de su trato.

Una vez neutralizada la protesta y conseguida la colaboración del jefe de los radicales para la detención del comando terrorista, todos los esfuerzos se podían centrar en la detención de Aitor y sus secuaces, y evitar a toda costa el atentado.



Capítulo XIII

Preparando el atentado

A la mañana siguiente, mientras Torregosa estaba en su despacho ultimando algunos detalles sobre la seguridad de la visita a Almería de los Reyes, recibió una llamada del Gobierno Civil. En concreto se trataba de la secretaria del gobernador.

-Don Jesús, soy Trini, la secretaria del gobernador. Era para comunicarle que a las diez debe estar aquí, para una reunión urgente.

-Gracias, Trini, puedes decirle al gobernador que estaré allí puntualmente.

Nada más colgar y terminar la conversación con la secretaria del gobernador, el auxiliar de servicio le pasó otra llamada a Torregosa. En este caso se trataba de la central de Madrid, de contraterrorismo.

-¡Jesús, soy Luís!

-¡Dime, Luís!

-Acabo de recibir un detallado informe de lo que está pasando en Almería. He pasado una copia a Ra (Director General del CESID) y créeme cuando te digo, que estamos bastante preocupados por la situación.

-Lo comprendo, la situación es difícil, pero hemos avanzado mucho. Aquí estamos convencidos de que vamos a detener y desarticular el comando terrorista.

-Estoy contigo, pero el riesgo es muy grande y aquí se habla de dirigirse al Rey para anular la visita a Almería.

-Mira, Luís, no soy yo la persona adecuada para tomar esa decisión; para eso están los políticos. Ahora bien, aunque el comando se nos haya escapado, sabemos que quieren cometer el atentado con explosivos y bien sabes tú que un atentado con explosivos requiere una preparación más elaborada en su concepción y planeamiento que el tiro en la nuca, aunque sea más seguro para el terrorista.

-Sí, sí todo eso ya lo sé, Torregosa, pero tal como está la situación política en estos momentos, un atentado contra los Reyes supondría un grave peligro para la estabilidad democrática del país.

-Luís, vuelvo a repetirte que yo no soy quién para decidir si suspender o no la visita; para eso están los gordos, que son los que mandan y deciden. Tan sólo te puedo asegurar que se han extremado al máximo las precauciones; desde hoy se revisan cada doce horas las alcantarillas, es imposible estacionar un vehículo en las calles por donde efectuarán su recorrido los Reyes y mucho menos estacionar en las proximidades del Ayuntamiento de la capital. Hay policías de servicio las 24 horas, controles rutinarios para localizar al comando, y se siguen algunas pistas de ciudadanos que dicen haber visto a estos sujetos. No puedo asegurar que todo marche bien, porque no están entre rejas, pero la presión policial que estamos ejerciendo puede obligarles a desistir de actuar el día 27, y como he dicho antes, eso es algo que un terrorista sabe valorar.

-Vale, Torregosa, expondré tu parecer a los jefes y ya te llamaré.

A los pocos minutos de mantener la conversación telefónica con contraterrorismo de Madrid, Torregosa se encontraba sentado en la sala de juntas del Gobierno Civil, al lado del gobernador, comisario provincial de policía, teniente coronel de la Guardia Civil y el jefe de los GAO desplazados a Almería. Tras informar a los presentes de todos los pormenores acaecidos durante los últimos días, el gobernador abrió una carpeta y extrajo una hoja.

-Miren Vds., acabo de recibir un fax de la Casa de su Majestad el Rey, donde en resumidas cuentas, me vienen a decir que no creen oportuno aplazar la visita del día 27 y que confían en nosotros para que la misma transcurra sin problema alguno. Dicho de otra forma, nos han dejado la pelota en nuestro tejado y deberemos decidir hoy si asumimos la responsabilidad de dar el visto bueno a la visita o, por el contrario, insistimos en la necesidad de su aplazamiento. De forma que estoy abierto a sus sugerencias, como profesionales del tema.

-Mire Vd., señor gobernador, creo que debido a la poca seguridad que tenemos sobre que los terroristas no vayan a cometer el atentado, mi opinión es que deberíamos insistir en el aplazamiento de la visita real, para evitar algún contratiempo. - Dijo el teniente coronel de la Guardia Civil.

-¿Qué dice Vd., Santiago? - Preguntó el gobernador al comisario de policía.

-Si le hablo sinceramente, señor gobernador, personalmente pediría que se aplazara la visita. Debemos reconocer que es un alto riesgo traer a los Reyes de España a Almería, cuando por esta ciudad deambula un grupo de etarras con muchos kilos de explosivos a sus espaldas. Sin lugar a dudas, me quedaría más tranquilo si los Reyes no viniesen. El problema estriba en la imagen que damos a los ciudadanos, si se aplaza una visita real porque los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado no son capaces de dar seguridad al Jefe del Estado. ¿Qué dirán los ciudadanos de una policía que no puede proteger a su Jefe de Estado? - Contestó Santiago.

Como todas las miradas se dirigieron, nada más exponer su opinión el comisario, hacia Torregosa, éste no tuvo más remedio que intervenir.

-Hace pocos minutos que hablaba con Madrid y me preguntaban lo mismo que estamos tratando en esta reunión. Como profesional, no estoy satisfecho con los resultados; se nos han escapado en dos ocasiones; no sabemos dónde guardan los explosivos y cómo van a utilizarlos; el comando ha desaparecido y

ninguno podemos asegurar que no pueda cometerse el atentado. Por otra parte, las medidas adoptadas son muy grandes, impidiendo el aparcamiento en las zonas de seguridad, registrando domicilios, controles por las calles de Almería y demás, algo que todos sabemos puede dificultar tanto el trabajo de los terroristas, que ante la presión policial decidan no cometer el atentado. ¿Quién lo sabe? Sí quiero dejar claro que no debemos ser nosotros, los profesionales, los que tomemos la decisión de aplazar o no la visita de los Reyes, tan sólo hacer llegar, a quienes tienen que decidir, los avances en nuestras investigaciones y los posibles problemas, y que sean ellos quien decidan.

-Como les adelanté en la anterior reunión que mantuvimos en esta misa sala, hace muy poco tuve una entrevista con el Alcalde de Almería y con el Delegado de Gobierno de la Junta de Andalucía, sin que ninguno de los dos tenga el más mínimo conocimiento de la presencia de un comando terrorista en nuestra capital, y mucho menos de que el objetivo del mismo sea acabar con los Reyes. Ambos se mostraron muy interesados en el éxito de la visita real, que, por otro lado, convocará una gran participación de ciudadanos almerienses. Dejando a un lado los problemas estrictamente de seguridad, la anulación de la visita de los Reyes supondría un problema, y no sé si hasta un escándalo, en toda Almería. - Aseguró el gobernador.

-¿Y Vd. qué opina? - Preguntó el gobernador mientras miraba al jefe de los GAO.

-Comprendo que la situación es delicada, pero personalmente creo en que vamos a detener a los terroristas antes de que intenten cometer el atentado. Ellos saben que les conocemos, que sabemos sus intenciones y que les estamos buscando ; un terrorista profesional se habría marchado ya. El problema es que nos encontramos con dos terroristas que no son auténticamente profesionales, hablo de Iñaki y de Antxon, sino fanáticos de su lucha. A pesar de ello, pienso que vamos a acabar con ellos antes del día 27, y evitaremos transmitir a la ciudadanía la sensación de inseguridad de que no podemos dar con ellos.

-¡Bien, señores! Llamaré a la Casa Real para comunicarles que damos el visto bueno a la visita de los Reyes, y al Alcalde, para confirmarle los actos previstos. Pero espero, por el bien de todos nosotros, y sobre todo por el país, que estemos en lo cierto. Gracias.

Poco a poco, los asistentes fueron abandonando el Gobierno Civil y cada uno se dirigió a su trabajo. Había mucho que hacer y tan sólo faltaban dos días para la presencia de los Reyes.

En un pequeño piso, situado en un gran bloque de viviendas junto a la calle Altamira, se encontraban en ese momento, a la espera de instrucciones de Antxon, Aitor y Mikel. Ninguno de los dos habían pegado ojo esa noche, pensando en que en cualquier momento la puerta del piso se vendría abajo y una tropa de policías irrumpirían en él. Durante toda la noche estuvieron en vela, atentos a cualquier ruido por si ello pudiera advertirles con tiempo de la presencia policial. Ninguno de ellos tenía ganas de morir, pero tampoco tenían muchas ganas de ser detenidos, por lo que llegado el momento, ni ellos mismos sabían como actuarían.

Mientras seguían pensando en todo lo sucedido, los fallos cometidos y lo negro que tenían el tema para cometer el atentado, sonó el teléfono.

-¿Sííí...? - Preguntó Aitor, nada más descolgar al auricular.

-Aitor, soy Antxon, atiende detenidamente a lo que te voy a decir. El contenedor está listo, lo tenemos guardado en una cochera muy cerca de donde la empresa de recogida de basuras de esta ciudad tiene su parque móvil. Tenemos que vernos, dar un vistazo a la zona y hablar de cómo vamos a hacerlo; por eso tengo que verte hoy sin falta, ya que mañana por la noche tendremos que colocar el contenedor.

-¿Cómo nos vemos?

-No te muevas del piso. Tú eres la persona más buscada en este momento de toda España. Yo me acercaré y charlaremos.

-Vale, aquí te espero.

Cuarenta minutos más tarde, hacía acto de presencia Antxon; se sentó en el pequeño comedor y sobre la mesa extendió un plano que él mismo había elaborado, de la Plaza de la Constitución, Ayuntamiento y alrededores.

-Mira, la Plaza del Ayuntamiento tiene acceso por cuatro puertas o arcos; por una de ellas no es posible que accedan los vehículos, porque tiene escalones para subir. Ésta que está aquí, la que da a la Plaza de la Administración Vieja, no es lo suficientemente grande para que entre el Mercedes que lleva a los Reyes. La que da atrás, justo a la calle Alhóndiga, tampoco parece la más adecuada, porque para acceder a ella hay que dar un rodeo por calles muy estrechas que sería imposible para los vehículos de la comitiva. Pero mira esta otra, la que da a la calle Marín; ésta es perfecta. Tiene la suficiente anchura para dejar los coches frente al arco de entrada al Ayuntamiento y desde allí dirigirse a pie hacia el mismo. Ése, donde está el arco, es el sitio idóneo para colocar el contenedor.

-¿Estás seguro?

-Completamente. Ya ves que es imposible que accedan por las otras puertas. Además, he observado la zona y, en muchas ocasiones los vecinos, para evitar tener el contenedor frente a sus puertas, lo dejan en esa esquina. Es perfecto; además de la estrechez del arco por donde deberán pasar los Reyes o el coche, detrás tenemos una pared consistente de una casa de las de antes y, a pocos metros, los muros, también fuertes, de un convento. Cuando los 100 kilos de amosal hagan explosión, nadie podrá averiguar de quién son los restos que aparecerán esparcidos por todos los rincones.

-¿Y si no pasan por allí, qué hacemos?

-¿Haremos explotar el contenedor igualmente?

-¿Pero morirán muchas personas? - Dijo Mikel.

-¡Y a nosotros qué nos importa! ¡Son andaluces, españolistas! Y entre ellos caerán muchos escoltas, policías y, tal vez, los Reyes. Será un bombazo, y nunca mejor dicho lo de bombazo. - Replicó Aitor.

-Esta noche colocaremos el cable y mañana pondremos el contenedor. - Aseguró Antxon.

-¿Y dónde estaremos nosotros? - Preguntó Aitor.

-Pienso que el mejor sitio será esta calle estrecha que hay a la derecha y que llaman Solano. Mikel estará en esta esquina, y te hará una señal un poco antes de que los Reyes, en pie o en coche, pasen junto al contenedor. Deja pasar 15 segundos para que Mikel abandone el lugar. Entonces puedes activar el detonador y... ¡Pum, se acabó!

-¿Y dónde estarás tú? - Preguntó Aitor a Antxon.

-Muy cerca. Con el jaleo que se formará tras la explosión, no tendréis problemas en mezclarlos entre la gente, que correrá asustada, y escapar. Os dirigiréis hacia la Plaza de San Pedro; yo tendré estacionado un coche en el parking que hay justo bajo la misma. Nos iremos a un piso de seguridad que tengo preparado y provisto de comida para dos meses. Allí estaremos hasta que cesen los controles y rebajen la vigilancia. Después nos iremos, cada uno por su lado, por distintos medios.

-¿Cuánto tiempo estaremos en ese piso? - Pregunto el joven Mikel.

-No lo sé; quince días, un mes... Creo que no más; ésta es una ciudad pequeña y la gente no aguantaría una presión policial por mucho tiempo. Cuando baje, nos iremos.

-Muy bien, Antxon. ¿A qué hora nos vamos a trabajar? - Preguntó Aitor.

-Tranquilo, esperaremos a que oscurezca y después daremos una vuelta por la zona, pero sólo iremos Aitor y yo. Tú te tendrás que quedar aquí, por si nos intentan localizar por teléfono.

A las dos de la madrugada, Antxon despertó a Aitor, que se había quedado dormido en el sofá.

-¡Ya es la hora, vámonos! - Le dijo Antxon, mientras Aitor se incorporaba.

Salieron con toda normalidad del bloque de pisos. Aitor se había afeitado la barba y teñido el pelo de un color más claro y Antxon también había hecho lo suyo, para disimular su autentico

rostro. Como en Almería las distancias eran muy cortas, fueron hacia la Plaza del Ayuntamiento dando un tranquilo paseo; al llegar a ella, dieron una vuelta alrededor para reconocer el terreno e intentar detectar la presencia policial. Aitor camuflaba los metros de cable en una pequeña mochila, como las que llevan los estudiantes al colegio, colgada a su espaldas, y Antxon guardaba en sus ropas el detonador.

En un primer momento, se extrañaron de no ver a ningún policía merodeando por la zona; no era normal que, alertados por la presencia de terroristas, la policía no hubiese establecido una vigilancia por el lugar donde pasarían los Reyes. Pero de pronto, en el interior de uno de los coches aparcados en la Plaza de la Administración Vieja se vio la llamarada de un mechero; alguien en su interior estaba encendiendo un cigarrillo, y en los segundos que la llama estuvo encendida, Patxi y Aitor se dieron cuenta que dentro había dos personas. ¡La pasma! Pensaron los dos.

Siguieron como si tal cosa, llegando a pasar junto a los dos policías, que mataban el tiempo hablando y fumando, dando la vuelta en redondo a la parte exterior de la Plaza de la Constitución, hasta que llegaron al arco donde se colocaría el contenedor. Precisamente en ese momento, en el sitio adecuado, estaba ubicado un contenedor. ¡Excelente, pensó Antxon! Nadie se extrañará de la presencia de nuestro contenedor, porque están acostumbrados a verlos. Aitor miró hacia arriba y vio un gran montón de cables que pasaban de una esquina a otra.

Esperaron sentados y fumando unos veinte minutos bajo el arco y no vieron pasar nada más que a dos prostitutas, que venían o se iban al trabajo. Era el momento de colocar los cables; se incorporaron y Aitor dejó caer el rollo de cable en la misma esquina donde estaba situado el contenedor de basura. Lo fue subiendo, aprovechando un tubo metálico, hasta que llegó a donde estaban todos los cables telefónicos y eléctricos. Lentamente, fue llevando el cable por la pared, hasta llegar a la esquina de la calle Solano; volvió atrás, para comprobar si se apreciaba el cable que estaba colocando, y giró hacia la derecha, subiendo toda la calle hacia

arriba. Mientras Aitor colocaba el cable, Antxon vigilaba atentamente los coches que pasaban, y ayudaba a su compañero en algunos momentos, en los que solo no podría hacerlo.

Casi cuando estaban terminando, las luces de un coche que se acercaba alarmaron a Antxon, que dio la señal convenida a Aitor para que dejase de hacer lo que estaba haciendo y se fuese con él bajo el arco. El coche seguía acercándose y se dirigía hacia ellos. En ese momento, Antxon cogió a Aitor, le rodeó con sus brazos y comenzó a besarle en la boca; Aitor comprendió lo que pretendía su compañero y le siguió la corriente. El coche se paró justo a su lado.

-¿Qué estáis haciendo, maricas? - Dijo el conductor del vehículo.

-¿Y a Vd. qué le importa? - Respondió Antxon.

-¡Policía, id a otra parte a hacer vuestras guarradas, si no queréis que os lleve a comisaría! - Dijo el conductor mostrando su placa, sin salir del vehículo.

Inmediatamente, Antxon y Aitor se levantaron y, sin rechistar, comenzaron a caminar, alejándose del lugar; el policía esperó unos segundos, para ver si de verdad se marchaban y después echó marcha atrás para perderse por otra calle. Rápidamente, los dos etarras regresaron y terminaron de colocar el cable. Ellos mismos reconocieron que tuvieron mucha suerte, la plaza estaba muy mal iluminada y la vigilancia policial era más escasa de lo que pensaron en un primer momento.

Tras revisar que el cable no asomaba por ningún sitio, se marcharon al piso camuflado.

En la madrugada del día 26 al 27, Antxon y Mikel se marcharon del piso y dejaron a Aitor viendo una vieja película de los Hermanos Calatrava. Esa noche los dos terroristas tenían una misión muy delicada que hacer y fundamental para el éxito de la operación.

Se dirigieron en una moto hacia la cochera donde guardaban el contenedor con explosivos y lo sacaron a la calle, colo-

cándolo junto a un contenedor de basura auténtico que había en las proximidades, para que no levantase sospechas. La cochera de los terroristas estaba cerca de las naves donde la empresa de recogida de basuras encerraba sus vehículos y Antxon había comprobado que entre una y dos de la madrugada, una vez que los camiones de recogida de basura llevaban más de dos horas en las calles trabajando, de las mismas salían los coches que limpiaban los contenedores. Concretamente, el número 16 era el que hacía el servicio de limpieza de los que estaban situados por la zona cercana al Ayuntamiento.

Cuando a lo lejos, Antxon divisó el camión número 16, cogió la moto y la tumbó en medio de la estrecha y solitaria calle, al mismo tiempo que se tiraba al suelo. Los sorprendidos operarios, pararon el vehículo y bajaron a comprobar el estado de una persona, que aparentemente, parecía que había sufrido un accidente. Cuando el conductor giraba el cuerpo de Antxon, éste le encañonó con su pistola y antes de que el ayudante emprendiera la huida, Mikel hacía lo mismo con el otro aterrado empleado.

Tras dejar la moto apoyada en una pared próxima, llevaron a los trabajadores a la cochera, allí les quitaron sus uniformes de trabajo, los ataron y amordazaron fuertemente a una columna. Una vez vestidos de empleados de la compañía de recogida de basuras, se subieron al camión y cargaron con el brazo mecánico el contenedor, dirigiéndose con toda normalidad hacia el Ayuntamiento.

Al llegar al lugar fijado para dejar el contenedor cargado de explosivos, Antxon observó la gran presencia policial; tampoco habría que extrañarse, a menos de 12 horas de la llegada de los Reyes. A lo lejos, vio que el contenedor auténtico estaba en el lugar idóneo para colocar el que contenía explosivos. Nada más llegar al lugar, un policía nacional uniformado y armado con un subfusil, se les acercó.

-¿Adónde van Vds.? ¿No saben que no se puede pasar?

-Lo siento, agente, pero tenemos que cumplir con nuestro trabajo - Contestó Antxon.

-No puede pasar nadie por esta zona desde las diez de la noche.

-Lo siento, agente, pero tengo que retirar los contenedores sucios y sustituirlos por estos limpios ¿No querrá que cuando estén los Reyes aquí, huela mal?

Ante esa repuesta lógica, el policía accedió a que el camión pasara. Mientras Mikel bajaba el contenedor con explosivos y apartaba el otro, Antxon dio un vistazo a los cables.

Entre tanto, el policía se acercó donde estaban los supuestos empleados de la empresa de recogida de basura y, sin mediar palabra, levantó la tapa del contenedor y miró dentro de él. Al no apreciar nada anómalo, el policía regresó a su puesto.

-¡Perfecto, todo está en su sitio! - Pensó Antxon.

Con la excusa de echarle una mano a su flacucho compañero Mikel, Antxon conectó el cable que habían instalado la noche anterior a un dispositivo bajo el contenedor. ¡Ahora todo estaba listo para la gran escena de mañana!



Capítulo XIV

El desenlace

¡Y por fin llegó el día 27! Desde muy temprano, más de lo habitual, la ciudad de Almería despertaba, hoy con la oportunidad histórica que le permitiría manifestar su alegría y mostrar su hospitalidad, aunque sólo fuese por un día, a la Pareja Real. Para cualquier observador habitual de la ciudad, esta mañana era diferente ; aunque era un día de diario, daba la sensación de ser domingo, a pesar de que la gente había madrugado bastante.

Los empleados municipales ya trabajaban, colocando barreras por todo el recorrido que efectuarían los Reyes, para contener a los almerienses que acudirían a vitorearlos; se adecentaban los jardines, e incluso se daba un último retoque a la pintura de algunas calles. En la Plaza de la Constitución, donde estaba ubicado el restaurado Ayuntamiento, los trabajadores se afanaban en dar los últimos retoques protocolarios para la ocasión, colocando una larguísima alfombra roja, que llegaba desde la plaza hasta la primera planta del Ayuntamiento; colgaban los pendones, con el escudo de la ciudad, de los amplios balcones del Ayuntamiento; se retiraban las tres banderas de diario (nacional, autonómica y local) por otras en mejor estado y que sólo se utilizaban para ocasiones solemnes.

También se podían ver vestidos a los funcionarios municipales, que en estos actos majestuosos aparecían en público ataviados de maceros, y los policiales locales, ataviados con el uniforme de gala, hacían alguna que otra broma sobre su aspecto, frente a la puerta principal.

Muy cerca de allí, varios camiones militares traían de la Base Militar Alvarez de Sotomayor, con sede en Viator, una compañía de honores y la banda de tambores y cornetas de la Brigada de Infantería Motorizable XXIII. Igualmente, frente a la Catedral, lo hacían una docena de furgonetas, de donde bajaban los policías nacionales de las compañías de intervención que cubrirían la zona.

En el aeropuerto, ya se encontraban los motoristas de la policía local que darían escolta a la comitiva real. También esperaba en la pista el Mercedes blindado de los Reyes, que la noche anterior había llegado vía aérea, y que, finalmente, pasó la noche en las dependencias de la Comandancia de la Guardia Civil. Junto a él, algunos miembros de la compañía de seguridad de la Guardia Real, fácilmente reconocibles por su gran estatura, traje oscuro, auricular pegado a la oreja y la insignia "contraseña" indentificativa en la solapa.

A las 11.30 de la mañana, con las máximas autoridades civiles y militares de la provincia en la pista, aterrizaron dos helicópteros, uno de ellos pilotado por el propio Rey Juan Carlos, y a los pocos minutos descendían los monarcas. Mientras el Rey y la Reina eran saludados por las autoridades, la banda de música del Ejército del Aire, que había sido desplazada ex profesamente para la ocasión desde Granada, entonaba una marcha militar. Tras pasar revista a las tropas, los Reyes escucharon el Himno Nacional. Posteriormente, tras saludar al ya numeroso público que se había trasladado al aeropuerto para recibir a los Reyes, subieron al Mercedes.

Al instante, la comitiva emprendía su marcha, y por una puerta del aeropuerto salían cuatro motoristas de la Policía Local abriendo marcha. Seguidamente, un coche de seguridad, con el jefe de la caravana; posteriormente lo hacían tres coches más de seguridad de la *Casa Real*; detrás de éstos, el coche donde iba el Jefe de la *Casa del Rey* y su Jefe de Protocolo, seguido inmediatamente por el Mercedes azul de los Reyes y otros cuatro coches de seguridad más. Cerraba la comitiva otra escuadra de motoristas.

Ésta tomó la carretera de la costa, rodeando el aeropuerto y pasando frente a los terrenos de la Universidad de Almería, donde ya había pequeños grupos de almerienses, que saludaban efusivamente a los Reyes al paso del Mercedes. Cruzaron el seco cauce del Río Andarax, y la Térmica, entrando ya en la zona habitada del barrio del Zapillo, donde sus aceras estaban abarrotadas de personas, que saludaban y vitoreaban a los Reyes a su paso.

En la Plaza de la Constitución, la gente ya iba llegando y, poco a poco, la misma se iba llenando de público, al igual que las calles próximas. Entre el tumulto de personas que accedían para ver en persona a los Reyes, algo que por primera vez sucedía en Almería, ya se encontraba Aitor, que en esta ocasión iba vestido elegantemente, con traje y corbata y el cabello bien peinado y engominado. Sorteando al numeroso público que empezaba a congregarse por las calles del centro de Almería, Aitor se iba acercando a la calle Solano, desde donde activaría el contenedor mortal.

Entre tanto, la comitiva real dejaba la avenida Cabo de Gata y giraba hacia la izquierda, tomando la carretera de Ronda en dirección a la otra rambla que atraviesa la ciudad. Todas las calles estaban repletas de público, que no sólo saludaban a los Reyes, sino que ondeaban banderas españolas a su paso. El estruendo del sonido de los coches y motos de policía, contribuía a la curiosidad de los almerienses, que pronto dejaban lo que estaban haciendo y se acercaban hacia las calles por donde pasaba la comitiva real. Incluso algunos balcones lucían banderas nacionales y algún que otro mantón de Manila.

Los agentes de la policía local, apostados en las intersecciones de las calles, facilitaban el paso de los vehículos que formaban parte de la comitiva y esto hacía, a pesar de que su velocidad no era muy elevada, que el paso de los Reyes fuera para muchos almerienses muy fugaz.

Antxon también se dirigía al parking de la Plaza de San Pedro, en el que desde primeras horas de la mañana había estacionado el vehículo que utilizarían para la huída. Conforme se iba acercando al aparcamiento, veía el enorme número de personas que, apresuradamente, se dirigían hacia la Plaza del Ayuntamiento y las calles adyacentes. ¿Cuántos de ellos morirían dentro de unos minutos, cuando su compañero hiciera explotar el contenedor? Pensaba para sí mismo, fríamente.

No sin mucho esfuerzo, Aitor consiguió llegar a la calle Solano. Allí aguardó unos minutos, confundiéndose como uno más de los que se habían desplazado para ver a los Reyes, hasta que el número de personas congregadas delante de él hizo imposible a los policías poder verle. Subió con toda naturalidad la calle y se introdujo en una vieja casa en semi ruínas, hasta donde llegaba el cable que habían instalado la otra noche Antxon y él.

El ruido que hacían los miles de almerienses congregados en las inmediaciones, era ensordecedor; Aitor pensaba que la gente del sur era mucho más escandalosa que la del norte. Sería por el calor. Asomó la cabeza, para ver si veía a Mikel, pero todavía no había llegado. Aprovechó para conectar el cable al dispositivo que activaría el detonador que explotaría el contenedor. Justo en ese momento, un chico de no más de 7 u 8 años pasó por la puerta y con la inocencia habitual de los niños, se quedó parado, mirando lo que hacía ese hombre.

-¿Qué haces? - Preguntó el chico a Aitor.

-¡Nada, vete de aquí! - Dijo algo alterado y sorprendido Aitor.

Pero ante la insistencia del niño que seguía allí clavado mirando a Aitor, éste tuvo que decirle que era policía y que estaba viendo esos cables. Se metió la mano en el bolsillo de su pantalón y se sacó un billete, aunque le dio el dinero sin mirar la cantidad que era. ¡Le había dado al chico un billete de cinco mil pesetas! El muchacho, igual que vino, se marchó

calle abajo, y Aitor prosiguió con su tarea sin prestarle demasiada atención al incidente, pero antes se asomó a la puerta y vio cómo el chico bajaba tranquilamente la calle. Al mismo tiempo divisó al fondo a su compañero Mikel, y volvió a dirigir la mirada hacia el chico mientras que pensaba que para qué preocuparse por él, si dentro de unos minutos moriría, destrozado por la explosión, junto a los varios cientos de personas que ahora se estaban congregando en los alrededores de donde se encontraba el contenedor, cargado con cerca de 100 k. de amosal.

La comitiva real se encontraba en ese momento subiendo la avenida Federico García Lorca. Posteriormente giró y entró en Obispo Orberá. Los Reyes saludaban sin descanso a los miles y miles de almerienses que habían salido a la calle a mostrar su cariño por esa familia que tanto había ayudado al país. Entre vivas y algún que otro olé, algunos padres alzaban a sus bebés para que los Reyes pudieran verlos.

Pronto la comitiva real llegó a la Puerta de Purchena, a escasos metros del Ayuntamiento. Allí ya estaban debidamente colocadas las autoridades civiles y militares; la corporación municipal en pleno, encabezada por su Alcalde; la compañía de honores de la BRIMT XXIII y un numerosísimo público que abarrotaba la plaza, en ella no cabía nadie más.

Mikel, un joven delgado y con más de 1'90 de estatura, no tenía problemas en poder ver la llegada de la comitiva real por encima de las cabezas del resto de las personas que tenía delante. De vez en cuando, miraba disimuladamente hacía donde estaba Aitor y, en un par de veces, vio su cabeza asomarse por la ruinoso puerta de la vieja casa. Aunque no aparentaba estar nervioso, en el fondo Mikel estaba deseando terminar con el asunto.

En el parking, Antxon esperaba sentado dentro del vehículo, escuchando la radio, que trasmitía en directo la llegada de los Reyes. De todas formas, no le preocupaba mucho esa transmisión; sabía que el estruendo de 100 k. de amosal al explosionar se oiría perfectamente en muchos metros a la redonda, y ello sería prueba del éxito de la operación.

Aitor, que ya había terminado de montar todo, se sacó del bolsillo de su chaqueta unos tapones para los oídos. Aunque sabía que estaría a salvo de la explosión, ya que se encontraba a más de 100 m del contenedor, y resguardado por viejas y consistentes casas, que amortiguarían la onda expansiva, no venía nada mal ser precavidos y evitar el dolor que le produciría, con toda seguridad, en los oídos, la tremenda explosión.

La comitiva real ya estaba llegando al Ayuntamiento, y las luces azules destellantes de los motoristas podían ser vistas al final de la calle Marín, justo en la Plaza del Monte. La gente, que aguardaba con verdadera ansiedad la llegada de los Reyes para poder verlos en persona, estaba más excitada desde que escuchaban el sonido de los vehículos policiales, señal de que los Reyes estaban muy cerca. Algunos, incluso dejaban su sitio para dirigirse, casi como un autómatas, lo más próximo posible a lugar de donde provenía ese estruendo.

Un joven policía nacional, que se encontraba de vigilancia en las proximidades, apostado detrás de las personas que esperaban a los Reyes próximas al fatídico arco de la Plaza de la Constitución, miró hacia su derecha y vio a un chico sucio y mal vestido, que en sus manos llevaba un billete de cinco mil pesetas. Se dirigió a él y le preguntó de dónde había sacado ese dinero. El chico le dijo que se lo había dado un policía que estaba arriba de la calle, jugando con cables. El joven policía, que precisamente era el encargado de evitar que nadie subiera o bajara por esa calle, miró hacia atrás y

por medio segundo pudo ver la cabeza de Aitor, que se había asomado para ver si Mikel hacía alguna señal.

Por su "póker" (transmisor de radio), el policía dio el aviso a su jefe y éste a su vez al resto de los compañeros encargados de la seguridad en la zona.

Jesús Torregosa y el comandante Gutiérrez, se encontraban cerca de la zona, cuando por sus respectivos transmisores escucharon la noticia.

-¡Atención, atención. Aquí Alfa 1, a todos los agentes: Alfa 37 comunica que en su zona se encuentra un individuo sin identificar, que dice ser policía y que lo han visto manipulando un cable!

-¡Alfa 5 para Alfa 1! ¡Alfa 5 para Alfa 1! - Decía Torregosa por su póker.

-¡Adelante para Alfa 5!

-¿Dónde se encuentra situado exactamente Alfa 37?

-Justo al principio de la calle Solano ¿Sabe dónde está?

-¡Afirmativo! Alfa 5 y Alfa 7 se dirigen hacia allí - Contestó Torregosa, mientras él y Gutiérrez emprendían una veloz carrera hacia esa calle.

Al llegar, el joven policía les indicó dónde había visto asomarse una cabeza. Precisamente en ese mismo momento que todos miraban hacia el lugar en cuestión, Aitor se asomó para ver si Mikel hacía una señal.

En esos instantes, la comitiva real hacía su entrada en la pequeña placita, frente al arco por donde accederían a la Plaza de la Constitución. Los motoristas y los coches de seguridad dejaron paso al Mercedes de los Reyes, girando hacia la calle Jovellanos, mientras los escoltas se bajaban rápidamente de los mismos y tomaban posiciones. Aquél se paró poco antes del arco, justo al lado del contenedor, que en ese momento estaba oculto por las numerosas personas que se encontraban allí.

Los Reyes bajaron del coche y comenzaron a saludar con la mano a los allí presentes, que empezaron a dar vivas a la Pareja Real y a llamar guapa a la Reina, mientras se dirigían a la Plaza del Ayuntamiento, seguidos muy de cerca por una docena de escoltas, que en todo momento no quitaban ojo a cualquier movimiento extraño de las personas que se encontraban allí en esos momentos.

Instintivamente, el comandante Gutiérrez miró en la misma dirección que lo hacía Aitor, y se fijó en que un joven bastante alto y delgado hacía un gesto con la cabeza hacia aquel individuo. Inmediatamente Gutiérrez salió corriendo hacia el joven, y un policía nacional le siguió automáticamente, apartando violentamente a la gente que había delante de Mikel. Sin mucho esfuerzo, el comandante Gutiérrez y el policía lo redujeron.

Torregosa, pistola en mano, subió rápidamente la calle; tras él lo hacían varios policías. Al llegar a la puerta, vio a un hombre arrodillado, que estaba a punto de pulsar el pequeño botón de una caja de la que salía un recio cable negro. Sin pensárselo, apuntó instintivamente su Beretta a la cabeza de Aitor y disparó varias veces. Aitor, todavía de rodillas, quedó paralizado varios segundos, mientras sus ojos y boca, completamente abiertos por la sorpresa, comenzaban a teñirse de la abundante sangre que comenzó a brotar de su cabeza. Lentamente, cayó de espaldas al suelo, quedando con las piernas y brazos abiertos. En su mano derecha todavía sostenía el disparador, que no pudo activar por la paralización de todo su cuerpo al recibir tres impactos del 9 parabellum en el cerebro, lo que engarrotó todos sus músculos y evitó una tragedia después de muerto.

Ninguno de los disparos efectuados por Jesús Torregosa fueron escuchados por el público, que en ese momento seguía gritando y vitoreando a los Reyes. Discretamente, la policía se llevó a Mikel del lugar y los que se percataron del incidente, no dudaron en felicitar a la policía.

-¡Eso, eso es lo que hay que hacer con esos chorizos roba carteras! - Gritaban algunas mujeres, confundiendo a Mikel con algún carterista descuidado.

Uno de los policías que acompañaba a Torregosa, que anteriormente había estado destinado en los Tedax (equipos especializados en la desactivación de explosivos) cogió el disparador y lo separó del cable, para evitar una activación fortuita del sistema.

Comenzaba a sonar la música militar, mientras el Rey y el Alcalde pasaban revista a las tropas allí formadas. Posteriormente, los Reyes saludaron a los concejales del Ayuntamiento de Almería, que esperaban alineados bajo los balcones del mismo, y a continuación, subieron al salón de plenos, donde el Rey leyó un discurso en el que, finalmente, daba por inaugurado el nuevo Ayuntamiento de Almería, tras su profunda restauración, y descubrió una placa conmemorativa. Finalizado el acto, los Reyes se dirigieron al balcón principal del Ayuntamiento y saludaron a los miles de almerienses allí reunidos, que no dejaban de vitorearlos, para seguidamente marcharse, por el mismo lugar por donde habían venido, dirigiéndose a las instalaciones del Club de Mar, donde asistirían a una comida de gala, con una representación de las personalidades más destacadas de la sociedad almeriense.

Mientras, Antxon estaba distraído escuchando la radio y algo extrañado de no oír la detonación del contenedor, lo que achacaba a los lógicos retrasos en este tipo de actos. Varios policías, pistola en mano, se colocaron a la derecha y a la izquierda del vehículo. Antxon hizo intención de sacar algo del cinturón y los policías dispararon varias veces sobre él, causándole la muerte en el acto. Durante el trayecto a comisaría, Mikel, que lloraba sin parar como un niño, facilitó a la policía todos los datos para la localización de Antxon y de los tres pisos que tenían alquilados, en donde en uno de ellos fue detenido el último integrante del comando. En ese momento, todos los miembros que habían participado días atrás en la preparación de la seguridad de los Reyes,

respiraron más aliviados, especialmente Jesús Torregosa, que a pesar del día tan movidito, durmió profundamente.

Nadie, excepto los que participaron activamente en las detenciones, llegaron a saber en realidad lo que había sucedido, incluídos miembros de la policía, a los que se le hizo creer la versión de un ajuste de cuentas, en una zona habitualmente plagada de "camellos". El fallido atentado se ocultó a la opinión pública, para evitar la conmoción que supondría, en ese difícil momento político, dar a conocer que los Reyes estuvieron a punto de ser asesinados durante su viaje a Almería.

Precisamente, debido a este secretismo, no hubo medallas, ni menciones especiales, ni felicitaciones públicas, para quienes desbarataron la acción terrorista. Nadie se acordó de Alberto, joven colaborador del CESID, pues sin su ayuda hubiera sido imposible seguir e identificar a los terroristas; aunque dos semanas más tarde, una cena en un apartado restaurante, servía para estrechar más aún la profunda amistad entre el joven colaborador y su amigo subcomisario; ni de Jesús Torregosa, que tantas horas dedicó al esclarecimiento del tema. Transcurridos varios días desde el 27, el subcomisario seguía con sus asuntos de contraespionaje, el comandante Gutiérrez, preparando los viajes de los Reyes desde el Palacio de la Zarzuela y Alberto, con sus estudios. Realmente, parecía como si no hubiera pasado nada y todo esto se tratase, simplemente, de una novela de ficción.



Nota final

Pura coincidencia

El día 27 de junio de 1991, Sus Majestades los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, visitaron la provincia de Almería.

Tras realizar un amplio recorrido por varios pueblos de la provincia, se trasladaron en helicóptero a la ciudad, para posteriormente dirigirse al Ayuntamiento de Almería, donde el Rey leyó un discurso y recibió la Medalla de Oro de la ciudad, inaugurando, más tarde, el Paseo Marítimo.

Tanto durante el recorrido de la comitiva, hasta su llegada a la Plaza de la Constitución, como durante el acto de inauguración, miles de almerienses vitorearon a los Reyes. Mientras tanto, cientos de policías, guardias civiles, policías locales, agentes del CESID y escoltas de la Guardia Real, velaban por su seguridad. Un gran despliegue policial, que no pasó inadvertido, pero que todos achacaron a las lógicas medidas que rodean cualquier desplazamiento de los Reyes de España, aunque algunos expertos calificaron como poco habituales.

¿Tenían alguna información especial?



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
DIPUTACIÓN DE ALMERÍA

ISBN 84-8108-226-0



9 788481 082265

Narrativa